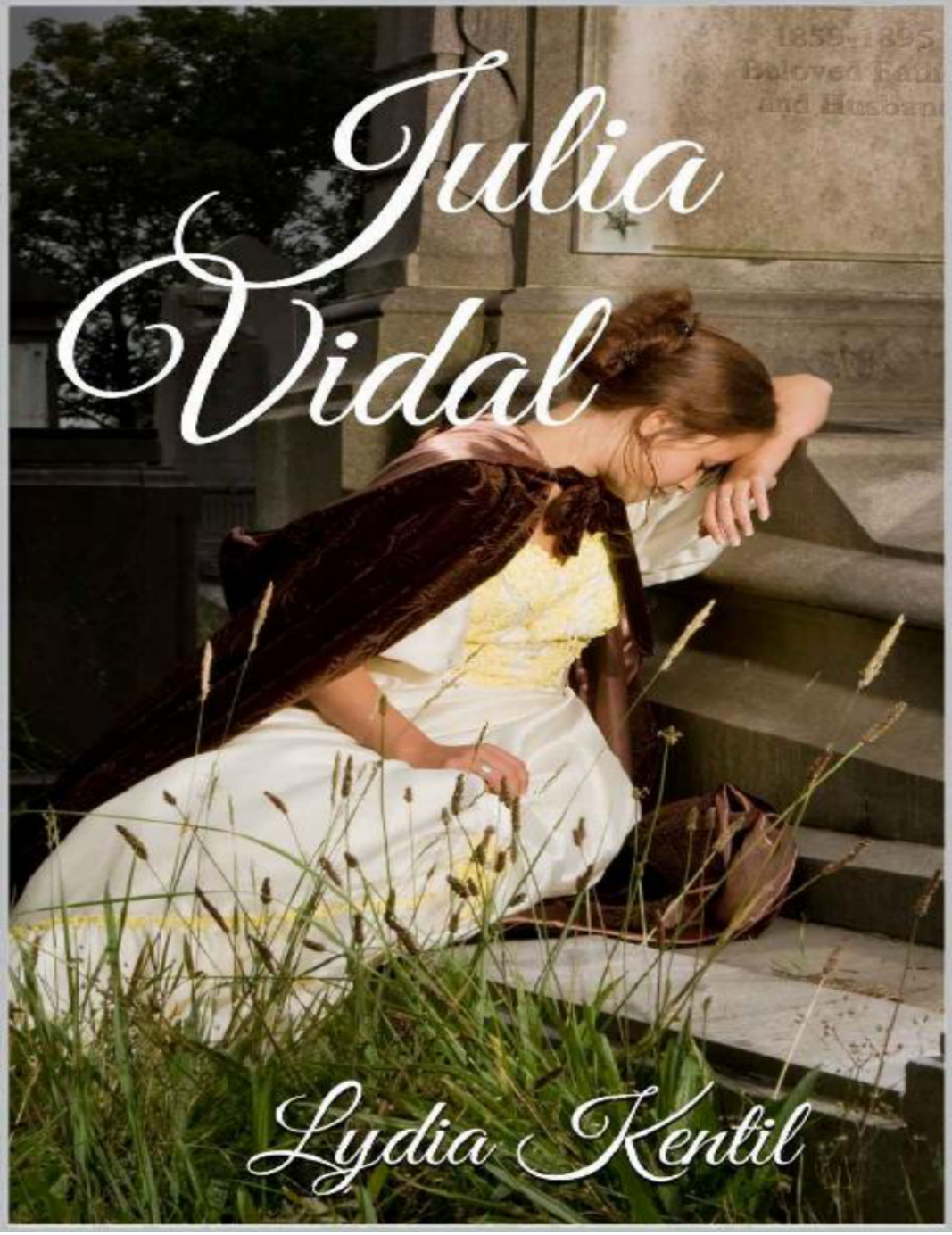
Julia Vidal
Lydia Kentil

(Registro de la Propiedad Intelectual nºB–1662–17)

Prólogo

Siglo XIX

Un río de sangre me bajaba de la cabeza y moría en el cuello, los zapatos se me atascaban en medio de los cuerpos de soldados muertos, miré a derecha e izquierda, con la punta de la bayoneta en alto. Los cañones escupían fuego, disparos de fusiles pasaban a mi lado, el corazón me latía con fuerza, allí, dentro del recinto amurallado de la Torre Gironella. Levanté la vista ante cientos de hombres que luchaban en la explanada y grité, blandiendo mi sable:

—¡Al ataque, mujeres de la Compañía de Santa Bárbara!

Atravesé el pecho de un soldado francés con la hoja de mi acero. Después me volví y las ocho mujeres de la Compañía que me seguían, cargadas con bayonetas y cestos, se desplegaron en medio del combate, escuchando como más de una gritaba

—¡Sí, Comandanta, Julia Vidal!

—¡Por la patria. Resistid hasta morir! —exclamé, mientras me agachaba rápidamente esquivando el golpe de bayoneta de un galo.

—¡Echemos fuera a estos malditos! —vociferó Juana de Santa Bárbara, y empujó con fuerza a un francés que cayó de una muralla.

—¡Por Girona! —gritó Rosa Prat, también de la Compañía arrastrando un fusil más largo que sus piernas.

Casi no notaba los brazos de tanto mover la espada y de pulsar el fusil. Los cabellos castaños se me escapaban sucios y sudados y me frotaban las mejillas. A cada empuje que hacía, abría la boca. En medio del griterío, una voz me hizo levantar la cabeza y a pocos pasos delante de mí vi al capitán Alejo Estruch. Fuerte como un roca, reía como un loco mientras fruncía el ceño y cortaba dos pescuezos franceses con su sable. Los ojos le brillaban como un felino, con una mano se rascó la barba, negra como el ébano y se giró rápido para herir a dos galos que le venían por detrás.

Di una patada a un francés y con el impulso caí junto a Alejo. De un disparo de fusil maté al francés que se me lanzaba encima embravecido. Manchada de sangre, no podía controlar el aire que me salía por la boca, me saqué de encima el cuerpo del soldado. Y Alejo Estruch me dijo:

—¡Julia Vidal! ¡Caramba, deja algún *cerdo* de estos para mí! —y con una mano me ayudó a levantarme del suelo. Aferrada a la bayoneta, lo miré exclamando:

—¡Cuidado, Alejo! ¡Detrás de ti!

Con la espada en alto el capitán se giró ligero y agujereó las tripas al francés que se le lanzaba encima. Entonces, Alejo me miró, saltó hacia mí, me cogió de un brazo y me dio un beso en los labios. Furiosa, le dí una patada en una rodilla y escupí al suelo.

—¡Déjame o te cortaré el cuello! —grité empujada por una ráfaga de viento. Y con la culata de mi fusil le hice un empujón que le lancé al suelo y aplastó a soldados galos. Di media vuelta, y otro francés enrabietado se me encaró. El hierro de mi espada crujió al chocar con su bayoneta.

Como recuerdo el fuego y la lucha de aquellos días de guerra, mi nombre es Julia Vidal, soy Comandanta de la Compañía de Santa Bárbara, la única superviviente de mi familia. Y no me puedo creer cómo empezó todo, el día 7 de febrero del año de nuestro Señor de 1808, en mi casa, en la calle *Ciutadans*, en la ciudad de Girona.

Capítulo 1

Yo me encontraba en el desván, el lugar más alto de la casa. Con la ventana abierta de par en par, encaramada sobre un montón de cajas, evocada en el umbral, con la vista fija en el cielo. Ni rastro de humo! Qué azul más radiante en medio las nubes y encima los tejados y chimeneas. Ningún cañonazo francés ensuciaba el horizonte. Ni siquiera el viento arrastraba olor a humo. Las rodillas me dolían de estar tanto rato allí apoyada. Hice un último vistazo, todo estaba en calma. Las campanas de la iglesia de Sant Feliu no sonaban; y si afinaba la vista podía ver que no había soldados a caballo apostados delante del Ayuntamiento, en la plaza del Vi. Así, que de un salto me descolgué hasta el suelo. Y con la cabeza baja salí del desván sorteando trastos viejos y muebles llenos de polvo.

—Julia, ¡¿dónde estás?! —escuché de lejos la voz de mi madre que me llamaba.

—¡Ya voy! —le respondí, y me levanté el borde de mi vestido de lana marrón para bajar la escalera que conducía al recibidor. Pasé la palma de mi mano por la barandilla de madera que no paraba de balancearse. Entonces, crucé el vestíbulo y abrí la puerta del comedor, donde se encontraban todas, mi madre y mis hermanas.

—Qué extraño; ¿cuándo llegarán los franceses? —dije pensativa mientras entraba en la habitación. Me froté los brazos con las manos, yendo hacia la madre. —No lo entiendo, ¿porque los franceses no nos atacan todavía ...?

—No llames el mal tiempo, Julia —me dijo mi madre seria, sentada en su sofá.

—Quizás no vendrán —dijo Inés, mientras daba vueltas a una almohada de borlas.

—Que sí, Inés; debemos estar alertas, los soldados de Napoleón pueden atacar Girona en cualquier momento —dije y suspirando me senté en el suelo junto a mi madre, sobre la alfombra, apoyando un brazo sobre el brasero de su sofá.

—Estos soldados sólo quieren que vivamos asustados —dijo Catalina, que iluminada por la luz de los ventanales caminaba con gran ceremonia con un libro en las manos, que leía en voz alta. Llevaba un vestido de algodón azul que le marcaba la cintura de avispa, siempre tan esbelta y con la raya al lado que le separaba la melena dorada ondulada. ¿Y por qué diantres la mía era castaña y aburrida? Ella tenía veinte años y yo diecinueve.

—No es verdad, Catalina –dije, mirando como la aguja de la madre subía y bajaba cosiendo un agujero en los calcetines de Magdalena. Levanté la cara, y le dije —Seguro que los franceses harán fuego cuando más tranquilos estemos.

—Julia, no hables más de eso —dijo Magdalena, de diecisiete años. Estaba sentada en un sofá, con una cuartilla sobre las piernas, terminando de retocar un dibujo y de vez en cuando se frotaba la nariz. Tumbada a su lado, estaba Inés, la más pequeña, tenía trece años, era delgada y de grandes ojos azules.

—Queréis callar, que no puedo concentrarme ... —dijo Luisa, que en una esquina del comedor estaba sentada en la punta de una silla y no paraba de resoplar y de estirar hilos de su telar de madera, donde desde hacía semanas intentaba bordar sus iníciales en un pañuelo. Luisa hacía poco que había cumplido catorce años.

—Por Dios, Julia, bastantes problemas tengo, deja estar ahora los franceses y rogamos a Nuestro Señor para que conserve Girona en paz —dijo la madre y se le cayó el dedal en el suelo, y yo diligente lo recogí.

—De acuerdo, no digo nada más —le susurré.

—Lo que me preocupa es que todavía ninguno de vosotras tiene prometido y mucho menos marido —añadió mi madre y movió las piernas como punto de levantarse de un salto del sofá.

—¡Oh, no, madre! —gruñó la Catalina y se puso el libro abierto delante de la cara, diciendo —Que quería leer más…

—Déjame hablar, Catalina. Mirad; sois cinco chicas —y despegó el dedo donde llevaba el dedal después de clavar la aguja en el cojinete —si no empezáis a espabilaros acabaréis todas solteras. Estoy muy preocupada, ya hace tiempo que os lo digo. No puede ser tan difícil encontrar un chico. Y rico, claro. Vosotras que sois las chicas más guapas de Girona, por el amor de Dios. Se acabó pintar, coser y leer, todas a la calle con el mejor vestido ¿ha quedado claro? Venga, que si

vuestro padre, en paz descanse, estuviera vivo, seguro que se enfadaría con vosotras para hacerme sufrir de esta manera —dijo, y haciendo un suspiro se apartó del frente un mechón de cabellos grises y agregó —Ah, que alguien se apiade de esta pobre viuda. Ni siquiera comemos carne ...

—Madre, tranquilízate ...—le dije yo flojito, y con una mano le froté el chal de lana amarilla que llevaba sobre el hombro. Pobre mamá, siempre preocupada, aunque era alta y obesa, todo le afectaba. La miré, su perfil serio, con el cabello enroscado en un moño bajo y las puntas de los dedos aplastadas por culpa de las agujas. Bajo el delantal, llevaba una falda marrón, con varios parches en los lados, decía que le gustaba porque no le apretaba el cuerpo y le ocultaba la barriga. La modesta renta anual que nuestro padre nos dejó cuando murió, ya hacía dos años, no era suficiente, sólo daba para tener dos vestidos nuevos al año por todas cinco hermanas y la situación cada vez se hacía más insoportable.

Mi madre, cogió una taza de leche de la mesita que tenía al lado, y con la cucharilla comenzó a remover la leche, golpeando los bordes con energía. Y dijo:

—Acabaremos en la miseria si una de vosotros no pasa por la vicaría en los próximos meses. ¿Que no me escucháis?

—Yo siempre, madre —le respondí, y levanté la cabeza y la miré a los ojos.

—Sabes que siempre te escuchamos, madre —contestó enseguida Catalina, con firmeza, y añadió con voz fuerte— Quiero continuar leyendo. ¿Qué pasa? ¿Acaso no leo bien? —le increpó, mientras movía el libro arriba y abajo delante de ella.

—No me faltes al respeto, Catalina— le dijo mi madre, mirándola fijamente y se le arrugó la nariz puntiaguda —Haz caso a tu madre, eres la más impertinente de todas tus hermanas.

—¡Estoy harta! Ya nos lo has dicho muchas veces que tenemos que encontrar prometido —dijo Catalina, y de una vez cerró el libro mientras caminaba a grandes pasos por en medio del comedor, protestando —La mitad de los hombres de Girona son unos burros.

—No digas eso, Catalina, no es verdad —dijo Magdalena y levantó la vista de su dibujo, para mirar a la Catalina —Además, yo estoy deseando casarme ... —y sin darse cuenta con el carboncillo se manchó de negro la cara rosada. Magdalena, ardía en deseos de

encontrar prometido, todas las mañanas me despertaba el olor de su perfume, el ruido del armario cuando lo abría buscando su mejor vestido y los golpes de cepillo en su pelo escarolado. Entonces, la veía ante el espejo pellizcándose las mejillas con los dedos, para enrojecerse un poco.

—Como somos pobres y sencillas, —continuó Magdalena mientras con un pañuelo se frotaba las manos sucias de carbón— no podemos ir a bailes de sociedad, ni a reuniones sociales donde van las mujeres que buscan un buen partido —y melancólica borró un trozo del dibujo.

—Deseo hacer tantas cosas antes de obedecer a un marido, — añadió Catalina y cruzó los brazos— siempre dentro de las cuatro paredes de esta casa de mala muerte.

—Y en casa vivirás hasta que no te cases —le dijo la madre, severa.

—Mamá, yo podría estar casi prometida —saltó de golpe Luisa, y con unas tijeras arrancó un puñado de hilos del telar.

—¿Con quién? De quién hablas, Luisa? —insistió la madre, y levantó las manos.

—De Pedro, el hijo del panadero —dijo Luisa e hizo una mueca divertida, como si aquello le hiciera más gracia que vergüenza. Dejó el telar en el suelo y sonriente, nos dijo —Mirad, cuando voy a la panadería él viene corriendo y me invita a sentarme — se le escapó una risa y añadió —siempre me pregunta cosas tan tontas ... y tartamudea que da pena. Me obsequia con un panecillo azucarado. Y lo peor de todo, es que es un palmo más bajo que yo.

—Y sin dinero en el bolsillo —añadió mi madre.

—Por cierto, me pidió permiso para poder acompañarme cada domingo a misa, pensé que era un chiste y le dije que no —y Lluisa se levantó de la silla y se dejó caer sobre un sofá haciendo ver que se desmayaba.

—Eso no es justo, madre —estalló Magdalena— Luisa sólo tiene catorce años, y ya tiene chico con el que ir acompañada. En cambio yo, que tengo diecisiete voy al oficio con mis hermanas —replicó Magdalena, alzando la espalda y abriendo la boca.

—¿Y qué pasa? —dijo con vehemencia Catalina, balanceando el libro— si tanto te molesta nuestra compañía ve sola a misa o a

caballo, si no te da una coz.

Magdalena, bajó la cabeza. Yo, me incorporé un poco, sentía calambres en las piernas después de tanto rato sentada en el suelo. Miré a Catalina, paseaba con las manos encajadas en la cintura y con los ojos verdes perfilados de largas pestañas. Yo en cambio, tenía los labios demasiado delgados, las manos siempre frías y era flaca y blanquecina. Me gustaba pasar horas encerrada en la cocina lavando platos y tazas. Era la única que me acordaba de regar los geranios del patio y de pasar la escoba por la despensa.

De repente Inés se levantó del sofá, y con las manos arriba comenzó a saltar:

—¡Chicas, chicas! —chilló Inés, corriendo hacia los ventanales. —Mirad, acaba de llegar el primo Ignacio ¡Está cruzando el patio de casa y lleva el violín! —y aplastó su nariz en los cristales mientras curvaba los labios sonriendo muy emocionada. Luisa, dio una patada a su telar para correr hacia los ventanales. Magdalena, se sacudió el delantal con diligencia, mientras mi madre susurraba, bajando los párpados:

—Ah, ¿el primo Ignacio, ahora? No tiene nada más que hacer que visitarnos cada dos por tres ... Y la despensa lo tenemos medio vacío.

¡Ignacio venía a visitarnos! Qué alegría, el corazón me dio un salto, las manos me empezaron a temblar sin poder evitarlo, a punto de caer me levanté de tierra tambaleándose como nunca. Me escuchaba la respiración acelerada. ¡Ignacio en casa! No me salían las palabras, qué vergüenza notar–me así, me mordí una uña mientras me quedaba inmóvil, de pie, junto a la madre, mirando como la Catalina separaba las cortinas para verlo llegar. Tranquilízate Julia, que ganas de llorar, ¿porque no conseguía sosegarme? Me bajé las mangas del vestido y me miré los zapatos, tenía un agujero en la punta. Estaba horrible. Me di la vuelta y detrás me vi reflejada en el espejo, que había colgado en la pared junto al sofá de mi madre. Tampoco estaba tan mal. No había heredado la nariz puntiaguda de mi madre, tenía los dientes blancos, llevaba el pelo recogido en una trenza que empezaba desde arriba la cabeza y me bajaba, como una cuerda, hasta la cintura. Venga, Julia, que Ignacio ni te mirará existiendo la Catalina. Me vi más pálida que nunca, los ojos redondos y oscuros no podía tenerlos más abiertos. Toda yo vibraba por dentro. Hice unos pasos adelante hacia los cristales mientras me retorcía los dedos de las manos. Vi como Ignacio cruzaba el patio, pisando unas picoteadas hojas de col que había por el suelo, e intentaba esquivar nuestras gallinas que siempre cacareaban cuando se acercaba alguien en casa.

Pobre Ignacio, tuvo que agacharse para no acabar degollado con el cordel de la ropa, donde colgaban nuestras medias y faldas, aún mojadas, bajo los árboles frutales.

Después, escuché unos golpes en la puerta de entrada de casa, Inés fue brincando hacia el recibidor y la maneta chirrió. Ignacio pasó el umbral de la puerta del comedor. Que atractivo estaba, con qué tranquilidad se movía. Como sonreía tímido, con sus ojos azules y el cabello rubio que le rozaba la nuca. Tenía veintiséis años, era alto y delgado, llevaba un traje de franela marrón, los zapatos bien lustrados y en la cara sin rastro de barba o bigote. Desde pequeños habíamos jugado y reído. Sus visitas daban luz a nuestra casa.

Todas mis hermanas lo rodearon, sobre todo Inés y Luisa que disfrutaban mucho con él. Pero le noté extraño aquella tarde, parecía que caminaba vacilante; y ¿que llevaba en una mano? ¡Un ramo de rosas rojas! Ignacio nos miró a todos con esa media sonrisa que nos tenía acostumbradas, siempre le habíamos visto introvertido y sensible. En la otra mano llevaba su maletín marrón, donde debía llevar el violín. Instrumento que tocaba con delicadeza. Hice un paso hacia él, Inés y Luisa no paraban de saludarlo en medio de risitas. Yo no sabía dónde ponerme ni qué decir. Con las manos juntas sobre el vestido, no dejé de mirarlo. Él dejó de caminar cuando fue delante de mi madre.

—Mis respetos, señora Vidal —dijo Ignacio y suspiró.

Mi madre, sin levantarse del sillón, inclinó la cabeza con ternura, y sonrió tan ampliamente que los ojos se le hicieron pequeños.

—¡Qué alegría, Ignacio! —le dijo enlazando las manos— oh, lamento no poder ofrecerte más que un poco de café con tostadas ...— y nos miró para añadir —Niñas, Magdalena, ¿tenemos mantequilla? — le preguntó y miró a Magdalena.

Al oír aquello, toda yo como que me desperté, la vergüenza se me fue y los huesos se me desentumecieron. Me adelanté con diligencia:

—No queda, madre –dije. Y rápidamente añadí —pero seguro que en la despensa puedo encontrar un poco de mermelada. Ahora vengo.

Ligera, fui hacia la cocina mientras escuchaba como Ignacio me decía tranquilo:

—Gracias, Julia.

Cuando regresé con la mermelada, Ignacio continuaba en el mismo lugar, con los pies quietos sobre la alfombra del comedor. Me fijé en su cara y parecía mareado. La frente le sudaba, tosió un par de veces y se separó un poco el cuello de la camisa. La verdad es que no me esperaba verlo así, si no sentado en el respaldo de un sofá diciendo algún chiste para así provocar nuestras risas.

—Primo Ignacio, ¿para quién son estas rosas? —le preguntó Inés, rompiendo el silencio.

—A mamá le dan alergia —añadió Luisa.

—Callad, niñas, —dijo mi madre, muy formal.

—¿Qué te pasa, Ignacio? ¿Estás enfermo? —le dijo de pronto Catalina.

Ignacio la miró, la cara se le palideció y respiró profundamente. Luego, observó a mamá y le dijo con voz ronca:

—He venido a pedirle la mano de su hija Catalina.

Capítulo 2

Quería casarse con Catalina. Noté un pinchazo en el corazón y el frasco de mermelada de albaricoque me resbaló de las manos y rodó por el suelo hasta los pies de Ignacio. Mi madre, se pinchó un dedo con la aguja de coser, se levantó de golpe del sofá, y con los ojos como platos tuvo que volver a sentarse porque las piernas le flaqueaban.

—¡Ignacio ...! Qué alegría me das —respondió mi madre, con un hilo de voz, quizás demasiado teatral.

Mi madre, levantó las palmas de las manos y las pupilas le resplandecieron. ¿Cómo no había pensado en Ignacio? castizo, buen chico y de padre adinerado. Mi madre, siempre había descartado a Ignacio como pretendiente porque éramos primos hermanos y hacía falta una dispensa de la iglesia. Demasiado lío de papeles. Y tampoco le acababa de gustar, demasiado pesado, demasiado apocado la había escuchado decir alguna vez.

—Dios mío, sí, sí, sí puedes casarte con Catalina. Y cuanto antes, —contestó la madre, gozosa y añadió con rapidez— tienes mi bendición y mi consentimiento. Ignacio, guapo —se echó hacía delante y le cogió fuerte una mano. Ignacio se encorvó sin saber que decir. Entonces, mi madre suspiró y miró a Catalina, diciendo— Mírala, ahí la tienes de preciosa —y señaló con el dedo índice a Catalina, que se había alejando unos pasos y estaba de pie delante de los ventanales recibiendo los suaves rayos del sol que daba luz a su melena rizada.

Agachada en el suelo, con el frasco de mermelada entre las manos, vi como Ignacio no dejaba de mirar a la Catalina. Con las risas de fondo de Luisa, los suspiros emocionados de Inés y las miradas de envidia de la Magdalena, lloré por dentro mientras me levantaba muy despacio del suelo.

—Catalina ...— musitó Ignacio, mientras le temblaban ligeramente los pétalos de las rosas, que desprendían un aroma que perfumaba el salón. Turbado, Ignacio se acercó unos pasos a la Catalina, que escuchaba con las cejas arrugadas, sin decir nada. Hasta que Luisa dijo con diligencia, mientras abrazaba una almohada del sofá:

—Vamos, Catalina, dile que sí.

—¡Quieres callar, Luisa! —saltó nerviosa Magdalena y con energía le cogió el cojín de las manos.

—Niñas, basta —se enfadó la madre, las miró con firmeza, y añadió— Vamos, dejémoslos solos. Vámonos.

De repente mi madre se levantó del sofá, y de un tirón nos cogió del brazo a Magdalena ya mí, y salimos caminando hacia la puerta del comedor, mientras Luisa y Inés nos seguían con tímidas risas. Empujada por mi madre, rápidamente giré la cabeza para mirar a la Catalina, que estaba inmóvil delante de Ignacio, con los brazos cruzados ante el pecho y los labios apretados.

—Venga, callaos ... —dijo mi madre, cuando todas ya estuvimos fuera del comedor.

Mamá levantó una mano mientras cerraba la puerta y todas nos apiñamos a un lado del recibidor, cerca de la puerta. Aunque había una ventana con visillos, la entrada estaba penumbrosa. Yo me encontraba de pie junto a un mueble. No me podía mover si no quería hacer caer un jarrón de porcelana. Tenía a mi madre al otro lado que no me soltaba del brazo y Inés por detrás que me susurraba cerca de la nuca:

—¿Ponemos la oreja en la puerta ...?

—Calla, Inés —le dijo mi madre, que delante la puerta, se inclinó un poco y miró por una rendija que había en la madera, cerca de la manija. Después de aguzar los ojos unos momentos y de poner la oreja, se incorporó y me dijo: —Julia, mira tú, a ver qué pasa ... A mí me duelen los huesos —y se puso las dos manos en la espalda y bajó los párpados de los ojos.

—Pero, mamá, –murmuré.

—Date prisa —me respondió y me dio unos golpecitos en el hombro con la palma de la mano.

—Es vergonzoso —dijo la Magdalena, que se había sentado en una silla junto al paragüero.

—¿Enciendo el quinqué, madre? —preguntó Luisa, y levantó por el asa una lámpara de aceite.

—Queréis callar —repitió mi madre preocupada.

Ante la confusión, me agaché y metí el ojo muy cerca de la rendija, estrecha y alargada. Las pestañas rozaban la madera, y un poco de polvillo me hacía parpadear de vez en cuando. Miré; Catalina tenía las manos encajadas en la cintura y hablaba con un tono de voz decidido. Ignacio estaba quieto, callado, cabizbajo, con el ramo de rosas que le rozaban las rodillas. Ella caminaba nerviosa cerca de Ignacio y él aprovechaba para coger suavemente su mano, pero ella la retiraba. De repente, vi que la Catalina venía hacia la puerta y yo, rápidamente me levanté, diciendo:

—Apartaos, que sale Catalina.

Cuando ella abrió la puerta, todas la miramos sorprendidas, sobre todo mi madre, que tuve que ayudarla para que no cayera del susto. Catalina, se apretó el nudo del pañuelo que llevaba en el cuello mientras Ignacio salía del comedor, con la vista fija en los ladrillos del suelo.

—Bueno, siento molestar; buenas tardes ... —dijo Ignacio, con un hilo de voz, y cogió el sombrero mientras con los dedos se sacaba el sudor que le bajaba del frente. Catalina, le abrió la puerta de casa, y Ignacio se marchó mientras ella le hacía una sonrisa forzada, diciendo:

—Buenas tardes, Ignacio. Cuando Ignacio estuvo fuera, todas miramos expectantes a Catalina, sin saber qué decirle. La madre, que le temblaban los labios, rompió el silencio, diciendo:

—¿Se puede saber qué le has dicho?

—Que ... —musitó Catalina, con las manos juntas detrás el vestido.

—¿Qué le has dicho? —insistió mi madre, cada vez más contundente, y caminó delante de ella.

—Pues que no me quiero casar con él ...— respondió, con las mejillas rojas.

—¡Que Dios nos ayude! —exclamó mi madre exaltada y levantó las manos.

—Le tenías que decirle que sí —dijo Inés con los ojos como platos.

—¿Por qué? ¡si no lo amo! —estalló Catalina y con la frente arrugada y los ojos enrojecidos salió corriendo hacia las escaleras, que

conducían al piso de arriba.

—¡Estás loca! Te arrepentirás toda la vida —le dijo mi madre mientras Catalina subía los escalones muy nerviosa y escuché como no paraba de sollozar. Yo apoyé las manos en la barandilla de la escalera, miré a la Catalina. Y le dije, tranquila:

—Madre, déjala.

—Acabaremos pidiendo por las calles por culpa de ella —continuó mi madre y una sofocación le encendió la cara. Haciendo tambalear toda la escalera, Catalina huyó con las manos que le tapaban la cara. Yo me levanté un poco el borde del vestido, y me precipité corriendo detrás de Catalina, mientras hacía golpes con los zapatos contra la madera de los peldaños.

—Ya hablaré yo con ella.

—Ve, —dijo mi madre y dio media vuelta volviendo el comedor, mientras se airea los pómulos acalorados con un abanico, que sacó del bolsillo de su delantal.

Jadeante, llegué a lo más alto. Antes de pasar la curva que hacían las escaleras, vi cómo se balanceaba la puerta de la buhardilla, Catalina acababa de entrar. Diantres, en mi escondite. Respiré profundamente delante del umbral, levanté la vista al techo y miré las tejas y las vigas llenas de telarañas.

—Catalina, ¿dónde estás ...? —dije al entrar. Pasé por un estrecho pasillo, rodeado de trastos viejos, que yo misma había hecho. En medio la penumbra y el olor de polvo, seguí la claridad de la única ventana, que se encontraba en el fondo de la habitación. Y allí, donde yo tenía mi mirador, Catalina estaba sentada sobre un enorme baúl, lleno de ropa andrajosa, mientras no dejaba de frotarse las lágrimas con los puños de su vestido.

—Déjame sola, Julia —me dijo, cuando me miró de reojo. La luz del sol pasaba a través de los cristales agrietados de la ventana, alumbrando la figura encogida de la Catalina, que escribía en el polvo del suelo con la punta de uno de sus zapatos. Pasé por encima de unos botes de conserva vacíos y fui hacia ella y la abracé. Le puse las palmas de las manos en cada mejilla y le dije, mirándola fijamente:

—Catalina, yo te entiendo.

—Pero mamá no —musitó ella y se encogió de labios.

—Cuando no tenemos dinero se pone muy nerviosa, ya lo sabemos —le dije y le saqué las manos de la cara entristecida. Después me senté a su lado, sobre el baúl, y nuestras largas faldas se frotaron suavemente.

—Como si mamá lo supiera todo ...—suspiró Catalina, y escondió los zapatos bajo el vestido, y añadió melancólica —si supiera que yo quiero a otro chico ...

—¿Ah, sí? ¿De qué chico hablas? —le pregunté. Aquello me hizo levantar la frente y mirarla a los ojos.

—De acuerdo, te lo diré a ti, Julia, —me dijo mientras me cogía las manos. El Cielo venía en mi ayuda. ¿Podía ser verdad que la Catalina amara a otro hombre que no fuera Ignacio? Escuché como Catalina cogía aire y se le escapaba una tímida sonrisa, hasta que me susurró —Estoy enamorada de un soldado.

Me quedé helada.

—De un soldado ni más ni menos. ¿Acaso es del Regimiento que llegó hace semanas a Girona? —y me acerqué a ella.

—Sí —respondió ella y bajó la cara.

—Pero, ¿donde os habéis conocido?

—¿Te acuerdas del baile de la fiesta mayor en la plaza de Cataluña?

—¿Es el chico con el que estuviste bailando? —le pregunté sin dejarle terminar la pregunta.

—Sí. —añadió emocionada —Y cuando vamos a comprar al mercado él viene a mi encuentro.

De repente una fuerte explosión hizo callar la voz de Catalina. Extrañadas, miramos las paredes y el suelo que se movieron ligeramente, ¿un terremoto? Una segunda explosión, como un trueno lejano nos hizo latir el corazón. Yo me levanté corriendo del baúl y trepé sobre las cajas para llegar hasta la ventana y asomarme a ver qué pasaba. Un pensamiento no me huía de la cabeza. ¡Los cañones de los franceses! Abrí la ventana y un hedor a humo bajaba del cielo. Procurando no perder el equilibrio sobre las cajas, saqué el torso fuera y vi unas nubes negras como el carbón que se extendían por encima los tejados. No estaban muy lejos. Vi de donde salía el humo de las

detonaciones, de atrás de la Catedral, en las murallas. Una serie de cañonazos me ensordecieron.

—¡Julia, baja, baja! —me gritó Catalina y con una mano, que le temblaba, me tiró del vuelo de mi vestido. Ante aquel estruendo, cerré los ojos y encogí el cuello. Y por querer cerrar la ventana caí al suelo, las cajas se volcaron. Me arañé las piernas con unas aristas de madera.

—¿Estás bien? —me chilló nerviosa Catalina. Me levanté y me quité unas bolsas de encima. Moví la cabeza afirmativamente y cogí a Catalina por un brazo, y las dos salimos corriendo de la buhardilla.

Capítulo 3

Como en una tormenta a fuera todo retumbaba. Yo no dejaba de mirar las paredes por temor a que se derrumbaran y sin soltar el brazo a la Catalina, que miraba confundida. Bajamos las escaleras con tantas prisas, que casi tropezamos.

—¡Madre, los franceses! —grité con voz ronca y de un empujón abrí la puerta del comedor.

Cuando entramos, la Magdalena, Luisa y Inés no dejaban de dar vueltas en el sofá de la madre, que con las manos en el aire, chillaba:

—¡Cerrar los postigos ahora mismo!

—Son los cañones de los franceses, madre, sabía que vendrían —le dije jadeante ante ella.

—¡Dios mío, apiádate de nosotros! —exclamó mi madre, juntó las manos y abrió los ojos mientras Inés, a punto de estallar a llorar, se abrazó a su regazo.

—Mirad cómo está el cielo de oscuro —observó Magdalena, aplastando la piel de la cara en los cristales de los ventanales.

—¡Sal de delante de la ventana, Magdalena! —le dijo mi madre y exaltada corrió hacia allí, arrastrando el chal por el suelo—He dicho que cerréis los postigos! —y con un brusco golpe de mano cerró uno de los porticones interiores de la ventana. Y con aquel choque se hizo el silencio en la habitación, todas callamos, sólo se oían de fondo las detonaciones que hacían vibrar los cristales. Quietas, con los ojos bien abiertos, vimos como la luz del día se iba apagando y las tinieblas despacio se metían dentro de casa. Sobre todo, después de que hubimos cerrado todos los postigos. Qué negrura. Y fuera qué resonar de explosiones. No veía nada, clavé las uñas en unas velas que había en un cajón y en encendí una con las pocas brasas que quedaban en la chimenea.

—Aquí, aquí ... —me dijo Catalina y cogió un poco de mi lumbre para encender los cirios del candelabro que había sobre la mesa del

comedor. Luisa dejó el candil junto al sofá de mi madre y Inés se sentó en el suelo delante la chimenea mirando como yo ponía dos troncos sobre el carbón caliente.

—Parece que han parado ... —dijo Magdalena, y levantó la cara. Sus pupilas brillaban con la luz de las velas. Todas escuchamos, las explosiones habían enmudecido por unos momentos, no se oía nada, sólo nuestros latidos acelerados. Magdalena, tropezó con una silla y escuchamos otro estallido de lejos.

—¡Recemos el rosario ahora mismo! —exclamó la madre y se dejó caer en el sofá y sacó nerviosa las cuentas de un rosario. Magdalena se incorporó, se sentó al lado de Inés, vi que se cogían de las manos y se abrazaban. Yo, agachada junto al fuego de la chimenea, empecé a rezar en voz alta padrenuestros y avemarías con mi madre. Catalina y Luisa también oraban deambulando por el comedor. Acerqué el hombro en la pared, el olor a cera derretida y leña chamuscada me mareaba. Las cañonazos parecía que se acercaban cada vez más, el suelo temblaba y las patas de las sillas. Oía que los cristales crujían y veía como la taza de mi madre vibraba. A la media noche, llegó la paz y mi madre se durmió con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, a mí los párpados ya me cerraban, cuando oí la voz de Catalina y sus suspiros en una mejilla:

—Julia, Julia ...

Las pinzas de hierro para remover el calor me resbalaron de los dedos, encogida ante mí, Catalina me miró pálida y silenciosa.

—¿Qué quieres ...? —le respondí, y levanté la espalda, más desvelada.

—Oye, Julia, no le digas a mamá lo que te he dicho antes, lo del soldado ... ya sabes.

—Sí, no sufras; no se diré —le dije, mientras Catalina se sentaba a mi lado, en el suelo, cerca de la chimenea y muy cerca de mí. Le froté las manos y las tenía frías y le temblaban.

Suspiré un par de veces, que extraño, sentía que ese era el momento para contarle a Catalina el sentimiento que hacía años que me atormentaba. Y como mi madre roncaba y todo, le musité al oído:

—Tú tampoco le digas que a mí me gusta Ignacio ...

—¿Qué dices? —dijo ella más fuerte y le nació una sonrisa. —Ya

no me sabe tan grave haberle dicho que no.

—Ya, pero yo no le gusto.

El suelo estaba caliente, nos sentadas junto al fuego de la chimenea. Catalina me miró, las llamas le dibujaban sombras en la cara. El olor a leña y el humo me hizo toser, ella me cogió los dedos sucios de hollín y me dijo:

—¿Y cómo sabes que no le gustas a Ignacio?

—No seas tonta, te quiere a ti. Te lo acaba de decir, ¿no? —le dije.

—Sí —me respondió ella, me dejó los dedos y se sacudió la falda.

—Pues ya está. La verdad es que no sé porque te lo he dicho. Él no se fijará jamás en mí. Qué le vamos hacer. —dije y suspiré con sequedad, sin mirarla. Entonces, cogí una rama pequeña, que me molestaba debajo de una pierna y la partí con las manos. Me sentía ridícula. Sólo se escuchaba el lento crujir de los troncos, ella me observaba, hasta que le dije, curvando los labios:

—Oye, y este soldado; ¿seguro que no te estará engañando? —y le hice un golpecito con el codo.

—¿Engañarme? ¿Por qué tendría que hacerlo? —levantó la voz y movió los pies.

—No sé, los soldados como los marineros, una chica en cada puerto. ¿Y si es un creído?

—¿Cómo te atreves a decirme eso? Él es diferente, Julia. Estás muy equivocada —me dijo, y arrugó las cejas, se apartó un palmo de mí y me miró desafiante.

—De acuerdo, sólo quería ayudarte.

—Mejor que durmamos, estoy cansada —dijo de golpe y se volvió de espaldas a mí, y apoyó una mejilla en la pared.

—No te enfades ahora —le susurré desplegando una manta de cuadros que extendí sobre mis piernas.

—Estoy bien, buenas noches.

Me tumbé un poco hacia ella y le di un beso en el hombro, sobre el traje, y después ella, de perfil, me miró de reojo y me sonrió.

A la mañana siguiente, las bocas de los cañones habían enmudecido completamente, hacía mucho frío, la chimenea se había apagado y mi madre nos hizo preparar el desayuno a toda prisa. Casi no quedaba leche, abrimos los postigos, el día era gris, el patio, la calle, todo parecía en calma, pero mi madre no nos dejó salir fuera en todo el día. Qué martirio, apoyada delante los cristales mirando como las hojas del cerezo temblaban con el viento. Por la noche Catalina salió a dar un poco de pan mojado a las gallinas. Pasamos dos días de reclusión, me moría por pisar la hierba del patio. Hasta que un mediodía, atareada en la cocina:

—Mamá, no quedan legumbres ni queso —dije, removiendo delante los fogones una sopa hecha con hojas de col y una patata. Noté como el sudor me goteaba por la barbilla, y aunque llevaba el cabello bien atado en la coronilla, unos mechones me molestaban. Me arremangué la camisa hasta el codo y resoplé.

—Ni tampoco tenemos harina —añadió Luisa, que estaba a mi lado y metía los dedos dentro de un bote de conserva buscando restos de confitura, refunfuñando —¿y sin harina como haremos galletas, mamá?

—Come un trozo de pan —le respondió mi madre, que envuelta en su chal de lana y con una cofia en la cabeza, entró en la cocina y acercó la nariz dentro de la olla de sopa que hervía. Yo levanté una cuchara, y le dije.

—Sin harina no podemos hacer pan, madre.

—Vaya, pues habrá que ir al mercado a comprar —suspiró ella.

—¡¿Puedo ir yo, madre?! —gritó desde el comedor Catalina.

—¿Y yo? ¿Y yo? —saltó Inés, que salió de detrás de la puerta de la cocina.

—No me agobiéis —se quejó mi madre— que no me hace ninguna gracia que tengáis que salir de casa —dijo, mientras echaba unos pellizcos de sal en la sopa.

—Venga, mamá —le rogó Inés, y se colgó de uno de sus brazos.

Mi madre no contestó y muy seria, sacó unas llaves del bolsillo de su delantal y salió hacia la entrada. Me emocioné al oír el tintineo de las llaves y las prisas de mis hermanas que fueron detrás de ella. Saqué la sopa del fuego, me sequé con un trapo la cara sofocada

mientras escuchaba como mi madre giraba la llave dentro la cerradura de la puerta. Fui corriendo hacia allí, la puerta estaba abierta, un aire fresco me restregó las mejillas y me sacudió la falda.

—Mirad, parece que el sol quiere salir —observó Magdalena, sacando la cara detrás del hombro de mi madre.

—Que ganas tenía de salir fuera —dije y caminé satisfecha hasta el lavadero.

—No hay humo ...— añadió Inés mirando el cielo nublado. Mi madre se me acercó y en la palma de una mano me puso unas monedas y me dijo:

—Julia, ve tú a comprar, que sabes más lo que falta en la cocina —me miró y suspiró— Te doy los últimos ahorros que nos quedan. Sobre todo, vigila no los pierdas y que no te estafen.

—De acuerdo, madre —le respondí apretando las monedas y con la otra mano me deshice el lazo del delantal.

—¡Yo la acompaño, madre! ¡Vámonos, Julia! —exclamó emocionada Catalina, y me di la vuelta para mirarla. De un salto se puso delante de mí, debajo de un brazo balanceaba una cesta de mimbre y en la cabeza llevaba un pañuelo rojo atado debajo del mentón que le resaltaba la gran sonrisa de sus labios.

—Si te sobran monedas, compra un poco de tocino —me dijo mi madre.

Afirmé con la cabeza mientras cogía el sombrero de paja, que Catalina me dio con rapidez. Diantres, qué prisa tenía por irse, Catalina me tiró de un brazo hacia la puerta del patio. Lancé el delantal a Magdalena, y después de alisarme el pelo con una mano, me encasqueté el sombrero en la cabeza. Corriendo, Catalina y yo estiramos de la asa de hierro de la puerta de madera, en el muro, hecho de piedras y yeso que rodeaba el patio.

—¡Volved corriendo a casa si escucháis cañones! ¡Inmediatamente! ¿Me oís? —nos dijo mi madre, y levantó un brazo con firmeza, cercada por Magdalena y Luisa que nos miraban resignadas.

—¡Sí, madre! —contesté, empujada por Catalina.

Capítulo 4

Cuando el barro de la calle ya nos había ensuciado los zapatos, escuchamos la voz sofocada de Inés, que salió corriendo de casa. Me di la vuelta y de una patada Inés cerró la puerta mientras se ataba un pañuelo en la cabeza y jadeaba levantando los brazos:

—¡Julia, Catalina, esperadme! ¡Que yo también voy!

—Pues anda rápido —le dije— que no tengo ganas de volver tarde.

Catalina no la miró, la sonrisa no se le borraba y no dejaba de mirar abstraída todo lo que la rodeaba, la gente que pasaba cerca nuestro. La calle *Ciutadans* era estrecha, dos carros pasaban justo, y las fachadas de las casas, se alzaban oscuras y frías a ambos lados del callejón. Tuvimos que sortear un par de charcos en medio del empedrado y me pareció que llovía levemente. Las patas de un asno me salpicaron cuando cruzaban la plaza del *Vi*, Inés caminaba unos pasos delante de nosotras, Catalina a mi lado balanceaba el cesto y yo no dejaba de escuchar el alboroto que crecía a medida que llegábamos a la plaza de las *Cols*.

El mercado iba lleno de gente y de alboroto, nos metimos en medio de los toldos, debajo estaba repleto de capazos con fruta y verdura fresca, jarras llenas de leche, botas de cobre con vino, sacos de harina, cereales y legumbres . A Inés se le iban los ojos con los dulces, bandejas con bizcochos, panecillos azucarados y confituras.

—¡Mirad qué judías, qué habas! No encontraréis de más frescas en toda la comarca de la Selva! —gritaba una mercadera de cara tostada y cortada por el viento y el sol.

—¡Acercaos todas aquí, mujeres, bacalao salado, arenques! —no paraba de decir con voz fuerte un campesino, secándose la frente sudada con una boina, bebiendo de vez en cuando sorbos de agua de un cántaro que le colgaba de un brazo.

Nosotros no parábamos de mirar todo lo que nos rodeaba. Dejé pasar un carro cargado de paja, la mula que guiaba no dejaba de gemir, media docena de cerdos la seguían, y detrás ovejas y gallinas

que huían de un cercado. Olía a excrementos del ganado. No veía donde comprar el tocino, ni tampoco donde estaban Catalina y Inés; miraba adelante, y todo eran cabezas de gente. Diantres, ¿cómo podía haber perdido de vista a Inés? ¿Y Catalina?

—Aceite de linaza, para la luz de casa, que en invierno pronto se oscurece, venga, animaros a comprar —decía otra vendedora, que me miró con ojos ansiosos ofreciéndome su mercancía.

De repente, alguien me tiró de la falda, me giré, era Inés que me pidió mientras cerraba los ojos:

—Julia, compramos unos panecillos azucarados, me muero de hambre, —y me tiró de la ropa, y me empujó hasta la parada de los dulces.

—Ni pensarlo —le dije seria— que tenemos muy pocas monedas, las justas para comprar lo que necesitamos —le respondí con decisión, e intenté sacar su mano de mi falda, diciéndole —Ayúdame a buscar a Catalina, que no la veo.

—¡Mira–la, está allí! —exclamó Inés y señaló con el dedo unos metros delante —En frente a la parada de sombreros ... —dijo, haciendo una mueca.

—¡Estoy aquí! —dijo Catalina, levantó un brazo y nos miró satisfecha, luciendo en la cabeza un sombrero. Era una capelina preciosa, de color azul, de alas anchas y con un ramillete de flores rojas debajo, que le frotaban una mejilla. Respiré profundamente. La única parada que había en toda la plaza de tejidos y complementos y Catalina allí. Tenía que haberlo imaginado. Rodeada por blusas de lino y camisones de hilo que se mecían en unos colgadores, Catalina dio una vuelta sobre sí misma. Con los puños cerrados, me acerqué a ella, que me dijo:

—Julia, ¿verdad que nos sobrarán unas monedas? —gruñó Catalina, enroscándose en un dedo la cinta de raso que colgaba del sombrero que llevaba puesto.

—No, Catalina, —le contesté, delante de ella, observando una mesa llena de sombrillas, mantillas, pañuelos y pamelas de todo tipo. Entonces la miré fijamente y le dije— Ya lo sabes, mejor deja el sombrero.

Ya tenía dolor de cabeza, ya estaba enfadada. ¿Por qué tanto suplicar para comprar cosas que no necesitábamos? Me puse una

mano en el bolsillo del vestido, y con la punta de los dedos froté las monedas que me había dado mamá. Con tantos tirones de Inés estaba a punto de desgarrarse mi vestido, la multitud no paraban de gritar, y sentía como las suelas de mis zapatos pisaban las hojas secas de los chopos que custodiaban la plaza.

—Ya te pago yo el sombrero, chica presumida —dijo de pronto una voz fuerte que se le escapaba la risa y giré la cara. Detrás de Catalina vi a un hombre, un escalofrío me recorrió la espalda, era un soldado, se le veía arrogante, fuerte, con una presencia que me impresionó. Y sin nada de vergüenza, le puso las palmas de las manos sobre los ojos de Catalina.

—Alejo Estruch —musitó Catalina y le subieron los colores a la cara.

—Premio para la señorita —le dijo él, se giró y la miró a los ojos.

Le hizo una leve reverencia y un beso en una mano. Entonces se giró y me miró a mí. La mirada de sus ojos marrones me intimidó. Con la espalda bien recta el observé, crucé los brazos sobre la cintura y con el ceño fruncido no le dije nada. Diría que era dos palmos más alto que Catalina, tenía unas patillas, largas y oscuras, que casi le cruzaban las mejillas. La sombra de una barba le tapaba unas anchas mandíbulas, llevaba el pelo atado en la nuca con una cinta. Y bajo un grande sombrero bicornio, unos pelos negros se le retorcían en el frente. La hoja de hierro de una espada le brillaba en el cinto y unas botas le llegaban hasta las rodillas. Las hombreras doradas en la casaca azul lo hacían destacar en medio de tanta gente.

—¡Oh, gracias, Alejo! —suspiró Catalina, y sonrió conmovida mientras con ambas manos doblaba suavemente las alas de la capelina.

Inés no pudo evitar abrir la boca, mientras miraba el militar de arriba a abajo.

Él se separó un poco de Catalina cuando nos vio allí delante. Sonrió a Inés y luego me miró a mí. Tenía los dientes muy blancos que contrastaban con la piel tostada de su cara. No me gustó como me miró, demasiado fijamente.

—¿Y estas chicas, quienes son? —dijo el soldado, dando un paso hacia mí.

—Son mis hermanas, Julia y Inés —se adelantó Catalina.

—¿Tú eres Julia? —me dijo, sin quitarme los ojos de encima.

—Sí. ¿Y tú? —respondí decidida.

—Alejo Estruch, teniente del real cuerpo de Artillería. Del regimiento de Ultonia —contestó y se puso firme.

—Encantadas de conocerte —dijo rápidamente Inés, y lo miró embelesada mientras se me colgaba de un brazo.

—Un placer —le respondí tranquila y desvié la vista de él, que todavía me observaba. Que incomoda me sentí. No sé si Catalina se dio cuenta, pero no tardó en ponerse delante Alejo y le dijo, moviendo las manos y las pupilas con una ternura desconocida:

—¿Nos vamos a dar una vuelta, Alejo? Sólo un momento —dijo ella eufórica, y se hizo un enorme lazo en el cuello con la cinta roja que colgaba del sombrero.

—De acuerdo, —le respondió él y Catalina riéndose encantadora lo cogió del brazo y se lo llevó en medio de la multitud de gerundenses que iban y venían en la plaza. Cuando los perdimos de vista, Inés me tiró de los brazos y estalló:

—¡Qué soldado! Es guapísimo y parece muy valiente. No me extraña que Catalina esté enamorada de él.

—Te has quedado boquiabierta.

—Mirando el uniforme, y el alto que era. Tú sí que has sido un poco estirada con él. Y mira que fresca Catalina, se ha ido de paseo, y nos deja con la compra por hacer —dijo Inés, sin poder dejar de mirar si todavía los veía de lejos.

—Cállate de una vez, que me estás poniendo nerviosa —hice una pausa, le puse las palmas de las manos en el hombro, y le pregunté, mirándola a los ojos— ¿Cómo sabes que está enamorada de él?

—Pues —dijo Inés indecisa, removiendo la nariz— os oí el otro día por la noche como hablabais sentadas junto a la chimenea.

Al oír aquello cerré un momento los ojos. Unos campesinos cargados de sacos pasaron detrás de mí y me empujaron. Firme delante de Inés respiré profundamente y le dije, contundente:

—No se lo digas a mamá.

—¿Por qué? Si es muy divertido —dijo Inés e hizo un chillido eufórico. Entonces dio un salto y me pisó un pie mientras me suplicaba— Compramos un panecillo azucarado. Venga, sé buena, Julia.

—Mira que eres pesada Inés —le dije, mientras la cogía de la mano y la arrastraba en medio de la multitud y de los toldos.

De pronto tuve que girar la cabeza al oír un ensordecedor repicar de tambores y el crujir de unas bayonetas. ¿El ejército? Mercaderes y campesinos dejaron pasar una veintena de soldados de Girona, que causando gran confusión cruzaron por un lado del mercado. Las herraduras de los caballos, que precedían la comitiva, aplastaron unas patatas y lechugas que cayeron al suelo. Inés y yo nos tuvimos que apartar mirando como las bestias soltaban el vaho. Estiré el cuello tanto como pude para verlos, la emoción se me metió dentro mirando las filas de hombres firmes y como el aire movía las plumas rojas en sus sombreros negros. Iban dirección a las murallas. ¿Y el teniente Estruch? Distraído con Catalina ...

—Inés, Julia. ¿Qué hacéis aquí?— escuché de golpe una voz en medio el alboroto y detrás de mí. Una mano me rozó un brazo suavemente.

El capazo me resbaló de las manos al sentir la cálida voz de Ignacio, que me recorrió el cuerpo de arriba abajo.

—Julia, ¿que se te ha perdido por aquí? —me dijo y me miró a los ojos mientras me cogía el cesto del suelo y me lo dio lentamente. Mis dedos tocaron los suyos, enrojecida, bajé la vista al cruzarme con su mirada. Ignacio estaba delante mío. Sentía calambres en las piernas. Incliné la cara y le contesté:

—A comprar algo de comida ...

No me salió ni media sonrisa, el corazón me latía muy fuerte. ¡Y no llevaba mi mejor vestido! Qué rabia. Me quité el sombrero de la cabeza, y con las alas de paja, un poco rotas, me hice viento en la cara. Unos mechones alborotados se me engancharon a los labios.

—Pues yo también —me dijo Ignacio y levantó un saco con pan.

—¡Primo Ignacio! —exclamó Inés, que había estado embobada mirando una bandeja con jarras que chorreaban chocolate. Decidida se puso delante de él y añadió, mirándolo morruda—. Hace días que no vienes a casa —suspiró y enseguida añadió— Catalina es mala,

¿verdad que sí?

—No ...— respondió Ignacio y bajó los párpados y la sonrió.

—Venga, Inés, calla —me adelanté yo con rapidez y me puse delante de ella. La miré encogiéndose de cejas y apretando los dientes. Mira que tener que salir a hablar de aquello. ¿Por qué no se había quedado en casa? así habría tenido a Ignacio para mí sola. No me gustaba como lo hacía sonreír. Quizá si yo fuera charlatana como Inés, Ignacio ya se habría fijado en mí. Que ridícula, Inés sólo tenía trece años, pero a él le hacía gracia, lo sabía. Aunque estaba más pálido iba elegante. Sobre los hombros llevaba una capa que le abrigaba hasta las rodillas y atado al cuello un pañuelo rojo, que parecía de seda y calzaba unas altas botas de piel.

—¿Habéis venido solas? —nos preguntó.

—No, —se apresuró a decir Inés.

—Catalina también ha venido, está dando una vuelta con un soldado.

Al oír aquello, a Ignacio le subieron los colores a la cara, yo solté un soplido mientras le daba de un golpe la cesta a Inés. Pero aquello no la detuvo y continuó:

—Pero no sufras, primito —y le cogí con firmeza las manos, como diciéndole que ya era suficiente.

—¿Ah, no? —dijo él intrigado.

Y de un tirón Inés se deshizo de mis manos, y le dijo:

—Puedes casarte con Julia, a ella sí que le gustas.

Se me cortó la respiración, Ignacio despegó las cejas y sonrió. Inés me miró y soltó una risa, y me señaló unos panecillos azucarados. Furiosa, encogí la frente y sin poder frenar abrí una mano y le di una bofetada en una mejilla. Ya estaba harta, ya se había pasado. Y me fui corriendo, abriéndome paso en medio de la multitud. Una lágrima me resbaló y escuché como Ignacio me dijo:

—No te vayas ...

Un carro lleno de paja y dos mulas que gemían me hicieron parar. Me giré, Ignacio estaba detrás de mí, me cogió de un brazo con

suavidad, toda yo temblaba por dentro. Tragándome los sollozos le dije, ronca de voz, que me dejara, por favor. Hice un paso adelante, él no me soltó del brazo. ¿Por qué sólo veía compasión en sus ojos? Las piernas me temblaban, los gritos del mercado me mareaban, los olores de la comida. Podía notar la respiración de Ignacio detrás de mí. Julia, ¡lánzate a sus brazos!

De repente giré la cabeza al oír un ruido extraño, la gente comenzó a caminar empujando y mirando hacia arriba confundidos. ¿Qué pasaba? El sonido se hizo más fuerte, hasta que una serie de explosiones, que hicieron temblar el suelo, estallaron cerca de la plaza. Las fachadas de unas casas se rasgaron y las piedras rodaron junto al río Onyar. Atónita, miré el cielo manchado de humo negro y noté como se esparcía un olor a quemado. Ignacio me miró serio. La sangre se me congeló en las venas. Escuchamos más detonaciones, me tapé los oídos con las manos, viendo como todo el mundo miraba hacia el cielo. De golpe se hizo el silencio, mercaderes, agricultores y gerundenses callamos como muertos, con los ojos clavados sobre unos tejados y el oído alerta. Las explosiones continuaron una tras otra aún con más fuerza. En medio de la multitud, vi una vieja vestida de trapos, de dientes rotos y con los labios de llagas, que hizo un grito espeluznante.

—¡Son los franceses! Los *cerdos*, los *cerdos*, ya están aquí, huid por vuestras vidas! —y echó a correr lanzando al suelo un saco de manzanas que rodaron por el suelo. Por momentos el mercado se convirtió en un nido de correderas para ponerse a cubierto, dentro de las casas, gritos, la verdura pisada, las mujeres escondiendo los niños, mesas por tierra, caballos de tiro resoplando desbocados.

Me di la vuelta y Inés estaba ante nosotros. Sin dudarlo, le cogí de un tirón la mano y corrimos bajo unas bóvedas de piedra de la plaza, donde mucha gente se ocultaba. Ignacio nos siguió mientras del cielo bajaba una lluvia de fuego. Las piedras saltaban de los muros y la zona porticada donde nos encontrábamos perdió una columna en un cañonazo, el polvo me hacía toser.

—Venid a mi casa —nos dijo Ignacio decidido, empujando hacia él a Inés, que lloraba.

—No, Ignacio, le he prometido a mi madre que volveríamos —dije enérgica, abriendo los ojos en medio del humo y sin dejar de tirar del brazo de Inés.

—Julia, ¡¿y Catalina ?! —exclamó Inés.

—¡Catalina! —grité y levanté la cara en la explanada de la plaza, buscándola, con una mano agarrada a una columna de piedra. El mercado destrozado, mercaderes tumbados en el suelo, otros que huían y gritaban. Volví a llamar a Catalina, el estallido de los cañonazos franceses no dejaba oír nada. Hasta que la vi de lejos. Iba sola, tropezó con unos sacos que había por el suelo, la capelina aplastada le caía sobre los ojos.

Levanté los brazos y ella me vio. Esquivó unos cántaros rotos, se levantó un poco la falda sucia y corrió hacia nosotros. A medida que se acercaba, vi que tenía las pupilas las enrojecidas. Corrió hacia el porche y Inés y yo la abrazamos.

—El teniente Estruch ha tenido que marchar a luchar al frente —nos dijo con la voz cortada, mientras de lejos se escuchaban disparos de fusiles.

Capítulo 5

Casi perdí un zapato en nuestra huida hacia casa, notaba unos arañazos en las piernas, las manos de Inés, frías como el hielo, no dejaban de cogerme el brazo. Tuve que tirar de ella un par de veces cuando las piedras y maderas de la calle la hacían caer al suelo. Catalina corría a mi lado, acelerada. E Ignacio más atrás, nos seguía. La gente pasaba por nuestro lado corriendo, unos atrapados bajo las piedras, otros cargados con rocas y palos iban hacia los baluartes a luchar. El fuego de las explosiones se escapaba por las ventanas y puertas de las casas, las paredes se hundían. La humareda y el polvo no me dejaba ver nada y aquel olor tan fuerte a chamuscado. Los cañones no paraban de escupir, el suelo temblaba y las orejas me iban a estallar. Por unos momentos parecía que el fuego callaba, pero volvía de nuevo a agujerear los muros y a perseguir a la gente.

—Daos prisa —dije, tirando de Inés y corriendo bajo el cobijo de unos edificios. Catalina me cogió la otra mano y cruzamos muy rápido la plaza del *Vi*, donde del Ayuntamiento salieron filas de soldados gerundenses, con casacas azul marino, robustos como olivos, con los fusiles en alto y las espadas a punto. Verlos me serenó. Se levantó el viento, el pelo castaño se me deshacían del recogido, tenía las mejillas calientes y me notaba los labios cortados. Me giré, Ignacio caminaba unos pasos detrás de nosotros. Con la capa medio abierta, las botas sucias de hollín y la cara expectante, me exclamó:

—¡Mira! —y con un dedo señaló nuestra casa, en la calle *Ciutadans*. En medio la humareda que corría por la calle, afiné la vista y pude ver que el muro de casa había caído, sólo aguantaba la puerta de madera, a un lado. Arranqué a correr hacia allí con la boca abierta y dejando a Inés y Catalina atrás. Con las dos manos empujé la puerta del muro, que cayó al suelo, delante de mis pies.

—¡Madre! ¡Magdalena, Luisa! ¡¿Dónde estáis ?! —grité, saltando por encima de la puerta calcinada. Levanté la cabeza, miré la casa, estaba en pie, pero de una ventana de arriba salían lenguas de fuego que se comían la pared. Era en el dormitorio de mi madre. ¡Fuego! Cerré los puños y me clavé las uñas en las palmas. Salía humo del tejado. Crucé el patio casi sin aliento, las hierbas tenían el polvo de la

ceniza. Abrí la puerta de casa de golpe y con el impulso choqué contra la pared. Hice un grito, nadie contestaba. En el recibidor no había nadie, jadeante corrí hacia las escaleras y en el piso de arriba golpeé la puerta del dormitorio de mi madre.

—¡Contestad! ¡Luisa, Magdalena!

Entré en el dormitorio. El fuego subía por una pared, y había un agujero enorme en el tejado, por donde se veía el cielo. Dos vigas colgaban del techo, el polvo y el humo no me dejaban ver bien. De repente vi a la Magdalena, que resoplaba, y hacía fuerza con los brazos intentando levantar un tronco que sobresalía de la cama de mi madre. Corriendo fui hacia ella, pisando tejas y escombros:

—¡Julia! —chilló Magdalena al verme. Tenía los brazos sucios de hollín y la cara desencajada y roja—Ayúdame ... Madre está ...

De golpe los brazos de mi madre salieron de debajo de las sábanas, me miró, dijo mi nombre mientras gemía. Tenía la cabeza hundida sobre un cojín, polvoriento de yeso, levantó un poco el cuello, tiró unas mantas y una viga gruesa como el tronco de un árbol cruzaba la cama y le aplastaba las piernas.

Me puse al lado de Magdalena y poniendo las palmas de las manos debajo la viga tiré con fuerza. Magdalena también empujó arriba. Pero la traviesa no se movió. Respirando acelerada, levanté la cara, las llamas de fuego se escapaban por la ventana y corrían por el suelo, a punto de llegar a las patas de la cama de mi madre. Escuché como Magdalena temblaba. Dejé la viga. Y decidida, arranqué de un tirón unas cortinas que colgaban del techo. Con ellas azoté el fuego, y con las sacudidas enseguida apagué la hoguera del suelo. En ese momento, entraron corriendo Catalina y Inés, nerviosas, tosiendo y con las manos arriba. Ignacio arrugaba las cejas preocupado. Lancé las cortinas y Inés las cogió de un salto.

—¡Da golpes al fuego! —le dije mientras volvía a la cama de mi madre y ella, moviendo la ropa, azotó las llamas de la ventana con energía. Ignacio y Catalina fueron hacia el lecho de mamá.

—Hemos de levantar la viga —nos dijo Magdalena, que agotada intentaba levantarla arriba. Alrededor de la cama, la Catalina y la Magdalena encajaron las manos bajo la traviesa por un extremo, y Ignacio y yo por el otro. Haciendo mucha fuerza conseguimos levantar el tronco y lo dejamos caer al suelo en medio unas baldosas rotas. Inés, consiguió frenar las llamas, y con la ayuda de Ignacio y Catalina,

que empezaron a lanzar cubos de agua, el incendio se apagó.

Mientras tanto, Magdalena y yo abrazamos a mamá, que nos dijo:

—¿Y Luisa? ¿Dónde está ...? — y nos miró angustiada.

—No es aquí ... Id a buscarla ... No os preocupéis por mí, id.

—¡Luisa! —gritó fuerte Inés y dejó en el suelo las cortinas, buscando por la estancia.

—Creo que estaba en la cocina, limpiando ... —dijo Magdalena, cogiendo una mano de mamá. Entonces, cerró los ojos, se mordió los labios y añadió —No la he visto desde antes del bombardeo.

Sin pensarlo nada, salí corriendo hacia la puerta, pisando piedras aplastadas y madera quemada. Miré a Inés que sollozaba debajo su delantal y me seguía. Bajé los escalones de dos en dos, casi no podía respirar, las lágrimas se me amontonaban en las pupilas, notaba que Inés me seguía. La puerta de la cocina estaba un palmo abierta. Delante los fogones, tumbada en el suelo, boca abajo, vi a Luisa, inmóvil. Un charco de sangre salía de debajo de su cabeza. Antes de entrar dije:

—Inés, tú no entres ... —y rápido cerré la puerta, escuchando como Inés acababa de bajar la escalera.

—¡Julia, Julia! Déjame entrar —gritó Inés y con los nudillos comenzó a dar golpes en la puerta, que se tambaleó, mientras oía como ella lloraba.

Junto a una lámpara de aceite, y rodeada de ollas y cacerolas Luisa estaba muerta. No respiraba. En una mano agarraba una cuchara de madera, un río pequeño de sangre le bajaba por un lado de la frente, le manchaba el vestido y le chorreaba hasta el suelo. Me agaché ante ella, mientras escuchaba los golpes de Inés en la puerta. La incorporé ligeramente, los brazos le caían sin aliento, con el rostro lívido y los ojos cerrados. Sólo tenía catorce años. Le di un beso en la frente y luego la tapé con un mantel.

—¡Abre la puerta Julia ...! —se lamentaba Inés, y escuchaba como arrastraba las palmas de las manos en la madera.

Me levanté con lentitud, empujé la manija de la puerta y salí. Inés estaba arrodillada en el suelo, y con la cabeza baja, le dije con un hilo de voz:

—No entres, está muerta.

El corazón se me deshacía por dentro, y como si una fuerza extraña se me llevara, salí afuera, en el patio, donde la oscuridad de la noche se lo tragaba todo.

—¡No te vayas! —me gritó Inés, de pie en el umbral de la puerta de casa. Me di la vuelta para mirarla, de lejos, su figura estaba llena de sombras, parecía Luisa, pero era Inés. En muchas cosas eran clavadas, delgadas, altas, muy blancas de piel, de largos cabellos, rubios como espigas de oro.

No contesté a Inés, me dolía la cabeza, me sentía sin fuerzas, pero no podía dejar de caminar. Pisé la puerta destrozada del muro y con unas aristas se me desgarró el borde del vestido. Al salir a la calle me apoyé en una pared, pero los empujones de la gente que corría me arrojaron al suelo. Me levanté, siguiendo las personas, calle arriba, donde se oía un tiroteo. De lejos vi como unas hogueras ardían, y alumbrando la calle, podía escuchar como unas casas se derrumbaban y muchos gritaban en medio de columnas de humo. De unos hombres que iban cargados con palos y horcas, escuché que en la torre Gironella estaba librando la gran matanza.

Sudaba, la melena castaña se me deshizo del recogido. No sabía dónde iba, seguía a la gente, respiraba tan deprisa que me dolía el pecho, sobre todo cuando caminé por la subida de Sant Feliu, donde arriba estaba la iglesia. Levanté la cabeza, el campanario silencioso, sin palomas. Toqué con los dedos las piedras de la enorme entrada, eran frías pero regias.

De repente una mano gorda y peluda me cogió de un brazo con brusquedad. Me di la vuelta y se me escapó un grito; era un hombre barbudo, con los dientes carcomidos y la ropa rasgada, muy asqueroso.

—¿Qué haces, chica? ¿Solita ver Nuestro Señor? —me dijo, rió muy fuerte y me tosió en la cara. Y un olor a vino repugnante me hizo cerrar los ojos.

—¡Déjame! —y le oí chirriar los dientes con energía y me deshice de su mano. Pero él me cogió de nuevo con un arrebato de furia. Obeso y fuerte, me arrastró hasta dentro de la iglesia. Yo le di golpes y bofetadas hasta cansarme, parecía que mis golpes le divertían. Hasta que ya no podía más, abrí la boca y le di un mordisco en un brazo. Él hizo un gemido y me empujó.

Bajo la pila del agua bendita y la luz de una vela, caí al suelo. El hombre intentó arrancarme el vestido, yo le arañé la cara con las uñas, los gritos ahogados brotaron de mi cuello pidiendo auxilio. De una patada le di con la suela de uno de mis zapatos en la cara y le sangró la nariz. ¡Padre! Afuera, el bombardeo lo hacía retumbar todo, vi a gente que entraba en el templo, pero nadie se paraba. Hasta que la hoja de una espada cortó con fuerza el cuello del hombre y la sangre le brotó. Levanté la cabeza del suelo, con el pelo alborotado y la falda desgarrada: Era un soldado de los nuestros, muy alto, imponente, con casaca y capa azul oscuro. No le veía muy bien la cara con la poca luz de los candelabros encendidos. Los tacones de sus botas repicaban a cada paso que daba, levantó el acero de nuevo y con un movimiento rápido le clavó la punta del arma en el pecho. El hombre que agonizaba, se revolcó por el suelo hasta que escupió sangre y murió.

Con palpitaciones, me saqué un mechón de la cara y me levanté del suelo. Con las manos temblorosas me tapé los agujeros en la cintura de mi vestido. No veía bien el soldado, todo eran penumbras dentro de la iglesia. Noté que perdía el sentido cuando vi luz en la capilla del patrón de San Narciso. Me tapé la cara con las manos y caí de rodillas.

—¿Estáis bien? —me dijo el militar.

—Sí ... —respondí y caí completamente de cara al suelo desmayada.

No sé cuánto tiempo pasó, sólo recuerdo que los soplidos de un caballo me hicieron abrir un poco los ojos, todo lo veía nublado. Unos brazos robustos me cogían, no dejaba de notar el galope del caballo y toda yo me movía, aunque los brazos me tenían bien sujeta contra su pecho. Levanté la vista, llevaba la capa atrás y veía cómo le brillaban las hombreras, que tenían un fleco dorado. Levanté más la cara y vi el perfil del hombre, era el teniente, el soldado de Catalina, Alejo Estruch. Tenía la nariz más recta y afilada que había visto nunca y los labios tan delgados que ni se le veían. Los cabellos eran negros como las alas de los cuervos, y le frotaban las orejas. Los ojos se me cerraron de nuevo, mirando las sombras de su barba que le cubría las mandíbulas y se le empalmaba hasta las patillas.

Capítulo 6

Cuando desperté, estaba tumbada en mi cama de casa, tapada de mantas y sábanas, con un paño mojado en la frente y la claridad del día entrando por la ventana. Había un vaso de leche en la mesilla de noche, y sentadas, bordeando la cama, mis hermanas me miraban. Inés con las manos juntas y los ojos rojizos rezaba, Magdalena tenía un plato de agua para irme mojando el paño, y Catalina, muy cerca de mí, no me quitaba los ojos de encima, como si quisiera decirme algo. Después oí la voz de la madre, que dijo preocupada:

—Doctor, dese prisa ...

—Sí, ya subo, señora Vidal —escuché la voz con carraspera del médico.

—Piense en mis piernas —le dijo ella.

Vi a un viejo jorobado, de pelo blanquecino y bigote erizado, que haciendo esfuerzos, puso el balancín de mi madre al lado de mi cama. A continuación, Magdalena y Inés se levantaron enseguida y vi que llevaban en brazos a mamá y la sentaron en el columpio.

—Doctor, no sabe cómo le agradezco que haya venido, sin la medicina no podía soportar el dolor de las piernas, Dios se lo pague —dijo mi madre con voz preocupada. Entonces me cogió las dos manos, una la tocó con sus labios secos y con el otra me acarició el pelo.

—Mirad, Julia ha abierto los ojos. Ha vuelto en sí —dijo Catalina de pronto y levantó las cejas y me puso las palmas de las manos en las mejillas. Su frialdad me desveló del todo.

—Julia, hermana —me dijo Inés con ternura, haciéndome un beso y apoyó sus manos en las sábanas— no vuelvas a marcharte de casa.

—Te hemos estado buscado por todas partes, —dijo Magdalena, y me sacó el trapo mojado de la frente. Quise incorporarme un poco pero ella me lo impidió suavemente, diciéndole me—: No te muevas, descansa.

—Julia, hija, ¿cómo estás? —me dijo mi madre con voz ronca, muy emocionada, parecía que reía y lloraba a la vez.

—Bien —contesté flojito.

—Tienes una madre que no puede caminar, pero estoy viva menos, y tú también, Julia, cuando ya te daba por muerta, como mi pequeña Luisa, que en el Cielo esté —dijo y se secó unas lágrimas que le resbalaron por encima de las ojeras que bordeaban sus ojos. Tenía los párpados desinflados y le caían sobre los ojos. Continuó, apretándome fuerte la mano –No vuelvas a marcharte sola de casa nunca más, mucha suerte has tenido que el señor Alejo Estruch te encontrara y te volviera a casa. Dios lo bendiga a este santo hombre.

—El chico de Catalina —dijo Inés, y miró qué cara hacía Catalina y más flojito añadió —nos dijo que un hombre quería violarte ...

—Ya lo sabemos eso, Inés, no es necesario que nos recuerdes algo tan feo —le dijo mamá, poniéndose seria —¿que quieres, que Julia llore? Basta de desgracias, por favor.

—Y te faltan tres botones del cuello —continuó Inés.

—He dicho basta del tema, —dijo con un tono fuerte mamá, y me dejó las manos e hizo un golpe con la palma de una mano sobre el reposabrazos del balancín. Con lo que asustó el mismo médico, que le cayó el monóculo del ojo.

—Bueno, señora Vidal, la chica ya se encuentra mejor ... —dijo el doctor, que me miró y arrugó la nariz. —Bueno, tengo que irme al hospital. Y usted no haga esfuerzos con las piernas.

—Si tuviera una silla de ruedas sería maravilloso, si no mis hijas se hartaran de llevarme arriba y abajo.

—Ya le he dicho antes que tengo muchos heridos que me esperan. Sin embargo, como se que no me dejará tranquilo, ya le haré llegar una silla del hospital, pero no le aseguro nada. —y se ajustó un sombrero negro casi hasta las cejas. Entonces inclinó la cabeza— Que tengan buenos días.

Todas el miramos mientras el viejo pasaba el umbral de la puerta, cogido al mango de un bastón, y refunfuñando:

—A ver si alguna de estas chicas es bastante valiente de venir a desinfectar heridas. En el hospital faltan manos, faltan muchas manos.

—Qué dice ahora, doctor Roig. ¿Y qué sería de mí? —se adelantó mi madre, y nosotros nos quedamos calladas.

—Señora, hay muchos heridos y los franceses volverán —dijo el hombre y salió de la habitación con la espalda curva y aferrado a su maletín negro. Magdalena lo acompañó hasta la puerta de abajo.

Yo le habría dicho que sí enseguida, a Magdalena le provocaba arcadas la vista de la sangre, Inés quizás era demasiado pequeña y Catalina se puso pálida como un vaso de leche. Además, sin el visto bueno de mamá, no haríamos nada. Me separé un palmo la manta que me abrigaba hasta el cuello, intenté incorporarme un poco y miré a Catalina, estaba extraña. No había dicho nada en todo el tiempo, parecía que tenía los labios pegados y los ojos más pequeños.

Me dormí hasta el mediodía, sola en la habitación la humedad me llegaba a los huesos, notaba como el frío corría por la casa, debía entrar por el agujero del techo del dormitorio de mamá. Las paredes estarían negras y calcinadas. Tenía hambre, los cañones estaban callados. De lejos sentía el llanto de mis hermanas diciendo el nombre de Luisa. Al cabo de un rato, me di la vuelta y de repente vi a Catalina sentada en una silla a mi lado, con las manos una encima de la otra, como si estuviera esperando que me despertara.

—¿Has estado aquí todo el rato? —le dije.

—Sí, te hacía compañía. —me dijo intentando hacer una sonrisa que no le salía. Encima de la falda, debajo las manos, tenía un libro, que levantó — También leía la Biblia, pero me cuesta concentrarme.

—No me extraña —le respondí mientras me frotaba un ojo adormilado con los dedos.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, con ganas de levantarme y de comer algo.

—Queda poca leche y pocos cereales...

Suspiré, levantando la cabeza de la almohada y separé un poco las sábanas. Ella me miraba, siguiendo mis movimientos, hasta que me dijo:

—Como no tenemos mucha comida, mamá ha enviado a Magdalena a escarbar en el patio, a ver si encuentra los nabos que plantamos hace tiempo, no muy lejos del lavadero —hizo una pausa,

tomó aire, mientras me ayudaba a sentarme en la cama— Me alegro de que estés mejor, no me extraña que te encuentres bien después de que Alejo te cogiera en brazos.

—Fue una suerte que apareciera.

—Si hubieras visto cómo te miraba anoche... —y sonriendo de una manera forzada continuó— llevabas la ropa bastante desgarrada, y tú te piensas que eres fea ... bueno, un poco bonita de la cara sí que eres — hizo una pausa— cuando no estoy soy yo, claro.

Después se movió de la silla, se acercó más a mí, y la silla de mimbre crujió ligeramente. Yo no dejé de mirarla.

—Y te llevó sobre su caballo... Suerte que te lo presenté en el mercado sino quizás no te hubiera conocido y tal vez se lo hubiera pensado antes de ayudarte.

—Qué cosas de pensar, Catalina —le dije, encogiendo las cejas.

—¿El qué?

—Nada, que estás celosa, ¿verdad?

—¡Para nada! —exclamó y de repente se levantó de la silla, cruzando los brazos delante del pecho. Fue caminando lentamente hasta delante de la ventana, donde los rayos del sol del mediodía iluminaban con fuerza. La vista se le perdió mirando lejos, a través de los cristales, y después de unos instantes de silencio, musitó—: Sólo me dolería mucho que empezaras a quererlo tanto como yo lo amo...

—No sufras por nada de eso —le dije con resolución, esbozando una sonrisa, y me levanté de la cama con tanta rapidez que las sábanas tocaron al suelo. Llevaba puesto mi camisón, largo y blanco, de cuello camisero y mi cabellera bajaba hasta la cintura como una cascada. Me acerqué a Catalina, le puse las palmas de las manos en un hombro— Por nada del mundo me fijaría en el chico de mi hermana ... Además, tú sabes, que a mí me gusta Ignacio.

No sé si la convencí del todo, pero a la hora de comer, cuando todas estábamos sentadas alrededor de la mesa, no parecía muy nerviosa. Comíamos en silencio un cocido de pan, donde cada dos cucharadas podíamos encontrar algún garbanzo y una judía cocida. Aunque habíamos encendido la chimenea del comedor, continuaba haciendo frío. Las cortinas estaban abiertas para que entrara la luz y así no gastar aceite de linaza para las luces, pero aún había polvo de

ladrillos sobre los muebles y trocitos de ceniza. Aunque el comedor estaba bien, yo lo veía como envejecido, lleno de recuerdos, los cojines de borlas rojas sobre los sofás, donde antes se estiraba Luisa bromeando, la alfombra marrón, donde Ignacio nos tocaba el violín, mientras abría y cerraba suavemente sus ojos azules, mirándonos a todas.

Sólo se oía como nuestras cucharas frotaban los bordes de los platos del caldo, procurando que no quedara jugo al fondo, Inés ya había terminado y repasaba todo el plato con una corteza de pan seco. Yo la miré y viendo con qué ganas roía el pan, le pasé mío, se lo dejé debajo su servilleta. Mi madre, que se había hecho un moño en la nuca y un flequillo canoso le rozaba la cara, iba abrigada con su chal de lana gris gastada. Y con los codos sobre la mesa, no paraba de mirar dentro de su plato, hasta que dijo, cortando el silencio.

—Magdalena, muy bueno el caldo; pero, ¿y los nabos? Por más que los busco, no veo ninguno... —mientras removía la sopa con la cuchara.

—No he encontrado, —le respondió refunfuñando Magdalena, e inclinó la cabeza con disgusto— y me he roto dos uñas buscando en el ...

Magdalena no terminó de hablar cuando escuchamos una explosión muy lejana, parecía un cañonazo, hubiera asegurado que había estallado al otro lado de Girona. Ni me moví, Catalina dejó caer la cuchara mirándome con susto, Magdalena arrastró las patas de la silla, y Inés se levantó y fue corriendo hacia la ventana, diciendo:

—¿Lo habéis escuchado? ¡Ya vuelven, ya vuelven, los franceses!

—¡Siéntate ahora mismo, Inés! —le gritó mamá, que se había cogido fuerte al borde de la mesa por sí volvían más explosiones.

—Tranquilas, ha sido lejos de aquí —dije quieta, con las orejas alerta.

—¡Oh, no! Allí hay humo ... —dijo Inés y miró a través de los cristales. Todas nos quedamos mudas, Inés se sentó, Magdalena no podía estar más lívida, le temblaba la mano cuando cogía la cuchara. Había demasiado silencio, sólo se oía un airecillo, que entraba por las rendijas de las ventanas y el fuego que iba quemando poco a poco dentro de la chimenea del comedor.

—Padrenuestro que estás en los cielos... —empezó a susurrar mi

madre. Uniendo cada una las manos para la oración, rezamos en voz alta, acompañando a mamá, que sacó un crucifijo del bolsillo, y le dio un beso en la cruz mientras de vez en cuando bajaba los párpados. Después de diez padrenuestros, oímos unos golpes muy fuertes en la puerta de entrada de casa, que daba al recibidor. Yo me levanté decidida y en el vestíbulo vi como la puerta temblaba. Alguien desde fuera estaba dando golpes con los puños. La llave cayó de la herradura y escuchamos los gritos de un chico.

—¡Abran la puerta!

—¿Quién eres? —dije, y me acerqué a la puerta.

—¡No abras, Julia! —exclamó mi madre, desde el comedor y oí como le caía el plato de comida al suelo.

—¡Son los franceses, seguro! —añadió Inés y vi cómo se escondía debajo de la mesa.

—¡Abra, por favor! —dijo la voz con diligencia —Llevo la silla de ruedas para la señora Vidal, me envía el doctor Roig!

Sin pensarlo, puse la llave en la cerradura y abrí la puerta. En el umbral, delante de mí, había un chico de unos dieciséis años, con los bajos de los pantalones andrajosos y los hombros de una chaqueta llena de polvo y yeso. Dejó en el suelo una silla de ruedas, grande y pesada. Entonces se quitó la gorra y se rascó el cabello polvoriento y rizado que tenía. Me miró agotado mientras se secaba con una manga el sudor de la frente.

—Ya era hora —dijo resoplando, y frunció los pocos pelos de un bigote.

—Mamá, te traen la silla de ruedas —dije y miré pensativa al chico, que entró en el comedor arrastrando la silla.

—Dios me ha escuchado —dijo mi madre abriendo los ojos y dio un gemido.

Inés salió de debajo de la mesa, Magdalena y Catalina se levantaron de la mesa mirando al visitante que dejó la silla y sacudió la gorra en el marco de la puerta.

—Bueno, dejo aquí la silla, tengo que irme que el doctor me espera en el hospital —resopló el chico.

—Dale las gracias... ¿Cómo te llamas? —le preguntó mi madre.

—Abelardo —respondió mientras se rascaba una oreja y suspiraba —Vosotras estáis bien aquí, en el hospital sí están mal. Todos los heridos gimen y esperan su turno en las literas o tumbados en el suelo. Cuando me he ido el doctor estaba amputando las dos piernas a un soldado... —cogió aire y continuó— Pero donde hay más héroes es en el castillo de Montjuïc, me han contado que los soldados pierden los miembros cerca de los cañones, agujereados por la maldita pólvora francesa.

—Vengo contigo —dije con determinación. Y de dentro de un armario del comedor, saqué una capa larga de pana rojiza. Sobre la cabeza me puse la capucha y el resto se deslizó por la espalda. Con las cintas me hice un nudo en el pecho.

—No vayas, Julia –me dijo mi madre y le temblaban los labios.

—Quiero ir, madre: ayudar.

Mamá me miró fijamente, sabía que no quería que me fuera, nos quería a todas juntas en casa. Pero si no hacíamos frente al enemigo, ¿qué sería de nosotras? Tras la muerte de Luisa una parte de mí había huido con ella. Mi madre me alargó un brazo para cogerme la mano. Me acerqué a ella, la abracé y le di un beso en una mejilla.

—Madre, estamos en guerra, Girona nos necesita. No sufras por mí, volveré por la tarde, sólo voy a ayudar al hospital.

Todas me rodearon, mirándome expectantes. Inés me tocó las manos con ternura, Magdalena cerró los ojos y Catalina corrió a mis brazos, diciéndome con los ojos enrojecidos:

—No seas loca, quédate, te pueden matar ...

Yo lo tenía claro, quería irme. Una fuerza me empujaba hacia fuera. No tenía miedo, no me encogería ante la sangre y los gritos, quería trabajar hasta cansarme curando a un soldado y a otro. Nos abrazamos, ellas llorando y yo decidida. Hasta que mirándolas a todas, les dije:

—¿Alguna quiere venir conmigo?

—¡Yo! —saltó Inés.

—Tú te quedas —dijo con firmeza mi madre, y cogió una mano de

Inés con energía.

Me agaché para coger una cesta, cuatro trapos y un cántaro. Entonces, fui hacia el chico, que de pie junto a la puerta, me esperaba balanceando la gorra impaciente. Magdalena y Catalina sentaron a la madre en la silla de ruedas y me siguieron hasta el recibidor. Inés sollozaba bajo un brazo y mamá no la dejaba ir de la mano, Magdalena empujaba la silla de mamá, que en medio de todas apretaba los labios para no gritar. Catalina me miraba alzando las cejas. Salí afuera, en el patio. Y con la puerta abierta, ellas se acercaron.

A pocos pasos de cruzar el muro, envuelta en mi capa encarnada, miré el cielo gris y unos tejados destrozados. Entonces oí la fuerte voz de mi madre, que me llamó:

—No volverás, Julia! ¡Me dirán que estás muerta! ¿Me escuchas?

Me di la vuelta, y vi como mamá hacía un golpe en el hombro a Catalina, y le dijo:

—Ve con ella, Catalina.¡¿No te da vergüenza, dejarla marchar sola!?

Sin dejar de caminar detrás del chico Abelardoo, vi como Catalina, tras recibir la sacudida que le dio mi madre, vino corriendo hacia mí.

Capítulo 7

Me giré y Catalina iba tres pasos detrás de mí, con la cabeza baja. Unos mechones de cabellos dorados le cruzaban las mejillas. Llevaba un pañuelo anudado al cuello, las manos en los bolsillos de su vestido de hilo marrón y caminaba siguiendo las huellas que dejaban mis zapatos en la arena de la calle. Delante mío iba el chico Abelardoo, con una brizna de hierba en la boca, los ojos clavados al final de la calle y dando golpes a las rocas que encontraba al paso. Yo, cogida a mi manto, caminaba contra el viento y encogía el frente si olía bancos de humo o escuchaba bombas.

Oí gritos de gente, niños hambrientos que lloraban en las esquinas. Unos campesinos, con carros y bueyes, pasaron cerca de nosotros. Cuando llegamos al puente de madera de San Francisco, donde bajo sus tres arcadas fluía silencioso el río Onyar, vimos pasar un pelotón de hombres que salían de la plaza de las Cols.

—Son voluntarios catalanes, de la Cruzada Gerundense —nos dijo Abelardo, todo emocionado— Unos fieras en la lucha —y escupió al suelo la brizna de hierba y levantó los brazos para saludarlos.

Los voluntarios, que parecían guerrilleros, iban vestidos de paisano, cargados con trabucos y espadas, se les veía altos y forzudos. Daban gritos y cantos de alegría, algunos estaban heridos, e iban sentados sobre dos mulas. Pasado el puente, los voluntarios fueron hacia el barrio del Mercadal y nosotros hacia la plaza del Hospital. Allí, varias casas habían sido derribadas y la gente sacaba las piedras de dentro con las manos. El viento arrastraba el humo de los cañones y fusiles y las hojas de unos chopos crujían al lado del portal del hospital de Santa Catalina. La fachada era ancha y de piedras grandes.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja a Catalina y me acerqué a ella. Me asintió con la cabeza y levantó la vista para poder ver bien la enorme hospital, que era de ventanas enrejadas y de aspecto imponente.

Entramos a un amplio patio interior, y por lo que vi, desde allí, se accedía a diferentes salas. Al fondo, había unas escaleras. Con nosotros también entraron unos heridos; se respiraba olor a medicinas,

a polvo, a aguardiente. Unos sacos de comestibles tapaban un poco la entrada de una de las salas, donde se escuchaban gemidos y voces. Abelardoo nos llevó dentro de aquella sala, tras dejar pasar a dos sacerdotes, que iban con largas sotanas negras, cabello blanco y con unos aceites en las manos. Al verlos me impresionó.

—Volvamos a casa, Julia —dijo Catalina, me cogió de un brazo y me miró con ojos suplicantes.

—No, que ya hemos llegado.

Me soltó del brazo y yo me apresuré a seguir al chico. Me quité la capucha de la cabeza por el calor, la sala era muy grande. Respiré hondo, olía a sudor y a orina. También a aguardiente, y a vinagre. Debía haber cien heridos en la sala, la mayoría soldados, tumbados en camas, camillas, encima de mesas, tumbados en el suelo, esperando para ser atendidos. Dos o tres hombres con bata blanca trabajaban con los pacientes de las tablas, también había mujeres con delantales que ayudaban.

El chico Abelardoo me condujo por un pasillo que cruzaba la sala, el suelo estaba sucio de huellas de sangre, había botas de soldados, ropa rasgada y alguna botella de aguardiente vacía que rodaba cerca de mis pasos. No sabía si Catalina caminaba detrás de mí, yo miré delante buscando con la vista el doctor Roig, que había venido a casa. Abelardoo, se acercó a una mesa, donde encima había tumbado un soldado malherido y a su lado frascos de aguardiente, vendas y paños. También bisturís, tijeras y agujas. Atareado allí había un hombre. Me fijé en su cara y esperando reconocer al médico, me sorprendí de ver que era Ignacio, el primo. Detrás de él, curando otro soldado, estaba el doctor Roig. No dejé de mirar a Ignacio. Unos sofocos me pusieron la cara muy roja y se me deslizó la capa del hombro.

—Ignacio, ¿qué haces aquí? Soy Julia...

Me acerqué a la mesa y le miré los ojos azules. Llevaba una bata blanca manchada de rojo. Estaba muy serio, con la vista fija en el pecho sangrante del soldado, con unas pinzas en una mano. Con la punta cogió un trozo de bala. Trabajando de doctor ¿él?. Sabía que estaba estudiando la carrera de medicina. Las luces de la sala le hacían brillar el cabello rubio ondulado, estaba blanco, más delgado que días atrás, el sudor le bajaba por el rostro marcado por el cansancio. Aún así su serenidad me cautivaba.

—¿Julia ...? —dijo cuando vio mis manos sobre la mesa, sucia de

sangre. Tranquilo, dejó las pinzas y levantó la vista mirándome.

—Sí, soy yo —le dije y le sonreí levemente y se me humedecieron las pupilas de los ojos.

—¿Y tus hermanas? Catalina, Inés... ¿Están bien? —me dijo y yo indecisa me acerqué a él y le toqué los brazos. El hubiera abrazado fuerte si la vergüenza me hubiera dejado y así poder oler su olor y notar el tacto de su ropa. Él me sonrió un poco, y con los dedos manchados de sangre, sólo me frotó suavemente las manos por encima.

—Sí, estamos bien, gracias, Ignacio —respondí viendo como unas gotas de sudor le bajaban por la frente. Me separé un poco de él al ver que se dispuso a coger una aguja e hilo y comenzó a coser la herida del soldado, diciendo:

—Aquí estoy, haciendo de cirujano, sin haber terminado la carrera. ¿Por qué haría caso a mi padre? — respiró a fondo y dijo–: Quería venir un día de estos a visitaros, pero no saldré nunca de aquí. No paran de llegar heridos. Llevo tres noches sin dormir, a veces no siento ni los brazos —me dijo mientras lo observaba como cosía la herida.

Sin poder evitarlo y al ver que tiraba del hilo para terminar, cogí unas tijeras y le corté el hilo. Entonces, decidida cogí una botella de aguardiente y eché un poco sobre la herida cerrada.

—Julia, ¿qué haces? —me dijo él sorprendido y se secó las manos con un paño —Muy bien. Deberías haber venido antes ayudar.

—Buen trabajo —dijo ajetreado el doctor Roig, que levantó la cabeza de detrás unas literas, terminando de vendar el brazo de un herido. Después, me miró a mí, con el monóculo puesto, que le hacía tener un ojo más grande que el otro y dio un par de palmas — ¡Venga, señorita, adelante, a trabajar, a trabajar!

Me levanté las mangas con diligencia y me até a la cintura un delantal blanco, que saqué del interior de mi cesto. Y enseguida ayudé a levantar la cabeza de un soldado que estaba tumbado en una cama y le sangraban varios lados de la cara. Mientras le secaba las heridas con un paño, observé a Ignacio. Él no me miraba, continuaba secándose las manos. De repente le cambió la expresión, levantó el mentón. ¿A quién había visto que se le desvaneció la firmeza de los ojos? Miró lejos, hacia el fondo de la sala. Me di la vuelta y vi a Catalina, acababa de entrar, caminaba vacilante por el pasillo, custodiado de camas. No dejaba de mirar a derecha e izquierda y se frotaba los labios con la

punta de los dedos, turbada, como si se hubiera perdido. Vi, que varias manos de soldados, moribundos, le querían tocar la falda, para que los ayudara, y ella se apartaba, como asustada. Viendo que debía estar sufriendo, levanté un brazo y moviéndolo, grité, no muy fuerte:

—Catalina, estoy aquí. Aquí!

Ella cuando me vio, vino hacia mí. Ignacio no dejaba de mirarla. Dejó el trabajo. Indeciso no sabía si ir caminando hacia ella. Con una mano seca se alisó hacia atrás el pelo que húmedo que le caía en al frente. Y con los labios entumecidos le sonrió con ternura. Catalina cuando vio a Ignacio, levantó la barbilla, más atrevida, parpadeó sus ojos color miel y caminó los pasos que le faltaban para llegar donde nos encontrabamos Ignacio y yo.

—Julia, ¿porque caminas tan deprisa? Me has dejado sola... —dijo ella, ya delante de mio.

—Es que eres muy lenta —le dije, sin dejar de curar la cara del soldado, que tenía los ojos cerrados —Venga, dame vendas.

—No sé si sabré... —susurró Catalina y sin quitarse las manos de los bolsillos de su vestido miró con angustia los útiles que tenía encima las sábanas de la cama del soldado.

—¿Pues por qué has venido? —le dije con un tono seco y rompí con los dientes un trozo de venda.

Ella no tuvo tiempo de contestar, porque cuando levanté la vista, vi a Ignacio de pie detrás de ella y le puso una mano en el hombro.

—Hola Catalina... ¿Cómo estás? —le dijo, con un brillo en los ojos y con un leve temblor al hablar.

—¡Ignacio, primito! —se le escapó a ella, demasiado infantil, la verdad. Y con la risita que hizo cuando se volvió, parecía una tonta. Pero, ¿qué quería? ¿Hacerse la coqueta con él? Le había dado calabazas. O tal vez la bata blanca lo hacía más atractivo. Yo no podía soportar como él la miraba. Continué con mi trabajo, limpiando heridas, dando agua, pero sin decir nada, eso sí, escuchando como Catalina le decía:

—¿Y no te da miedo eso de ser médico? Tanta sangre...

—Hombre, un poco, pero ya me he acostumbrado. De hecho, lo prefiero a salir fuera y cargar de pólvora un cañón. Ya estaría muerto,

seguro —dijo pensativo, mientras miraba como el chico Abelardoo y yo le poníamos sobre la mesa otro soldado herido. Cuando le quitaron las botas al moribundo, vimos que tenía una pierna agujereada de disparos, el hombre procuraba aguantar el dolor arrugando la cara, sucia y sudada. Me llamó la atención la casaca del soldado salpicada de sangre. Y sin dudarlo le abrí la chaqueta, donde bajo la fina ropa de una camisa, toda empapada de sangre, había más disparos de fusil y varias heridas graves.

—Le han bien acribillado... —dije, después de abrir los botones de la camisa, procurando no hacerle daño.

Miré a Ignacio, en la frente se le volvían a pegar los pelos sudados, observé el pecho del paciente que respiraba con dificultad y le chorreaba sangre de la boca.

—Se han de ir sacando una a una todas las balas, ¿no? —pregunté y cogí las pinzas de en medio del instrumental quirúrgico, sin quitar los ojos de las heridas abiertas. Aunque tenía calor, aguanté para no decaer de la impresión, ni dejar que las piernas ni la cabeza me fallaran.

—Sí, pero eso es trabajo de médico, tú dale agua —me respondió Ignacio pálido, a mi lado, y cogió un bisturí— Estas heridas de aquí diría que son de bayoneta o de sable — entonces, hizo un corte con las tijeras, el soldado gimió y estrujó con fuerza un paño, lanzando al suelo unas botellas. Yo le puse agua en la frente. Catalina bajó los párpados, estremecida. Y antes de desmayarse se alejó unos pasos y apoyó la espalda a una pared que hacía esquina en la sala, rodeada de baúles y utensilios de enfermería.

Con mucho cuidado, Ignacio fue extrayendo los restos de balas del pecho del soldado, donde también vi trocitos de ropa que había arrastrado el proyectil. Di sorbos de leche tibia al paciente para que se fuera recuperando y miraba de vez en cuando a Ignacio admirada por su sangre fría. El sudor me chorreaba por las mejillas, había poca ventilación en la sala, aunque los ventanales, que llenaban las paredes, estaban bien abiertos. No podía dejar de notar el aire caliente y viciado que se iba acumulando hasta llegar al techo y me hacía rodar la cabeza. Me aguantaba las ganas de vomitar viendo como Ignacio aproximaba los bordes de las heridas para que cicatrizara y entonces yo las cubría con una venda. De repente, un grito de dolor del soldado hizo que este escupiera la leche con sangre. Ignacio le miró los ojos, le tocó el pulso y después de unos instantes, me dijo, dejando la aguja sucia de sangre.

—Está muerto.

Apoyé las dos manos sobre la mesa, sin decir nada. Me costaba respirar. Ignacio se secó las manos con un trozo de bata, salpicada de sangre, mientras decía, abatido y resoplando:

—Si es que no vale la pena, tantas vidas perdidas; ¿por qué? ¿Por la patria? Yo me río de la bandera, y me da igual si el General Álvarez de Castro me quiere colgar ¡que me cuelgue! —rió cínico que parecía que deliraba.

—Sí que vale la pena —le dije, recobrando la fuerza. Y me acerqué a él y le miré los ojos —y morir si es necesario, todo por nuestra libertad. No nos arrebataran lo que es nuestro ¿que no te das cuenta?

—Déjame —me dijo con un tono seco, no lo había visto nunca así, enrabietado, melancólico y bajando la cabeza. Me miró fijamente a los ojos—. ¿Qué sabes tú de mí, y de mis pensamientos? —y de debajo de la mesa, en medio de otras botellas de vinagre y aguardiente, sacó una botella de vino, diría que era vino, a juzgar por el olor que se escapó al sacar el tapón de corcho. Entonces se dio la vuelta, con la espalda un poco curvada, y escuché como hacía tres o cuatro tragos de la botella. La voz me salió entrecortada:

—¿Por qué bebes ...?

—Son demasiadas cosas... —me dijo arrastrando las palabras. Entonces me miró con los ojos nublados, hizo un par de tragos más y tapó la botella. La dejó caer al suelo, rodando bajo la mesa. Hice unos pasos atrás, con las manos húmedas me froté la frente, no sabía qué pensar de él. Hubiera llorado como una loca allí delante y al mismo tiempo la hubiera abofeteado. Él me esquivó la mirada y me dijo mientras se le encallaba la voz:

—Si te duele lo que ves vuelve a tu casa... Y si de verdad me quieres, por tu bien, olvídame. Moriremos todos en esta guerra, te lo aseguro.

—No, tenemos que resistir —le dije decidida y bajé la cara susurrando—Tú no me quieres, ¿verdad?

—No lo sé ... pero eres valiente, Julia ...

Ignacio dijo mi nombre con ternura, nunca lo había hecho, se me acercó lentamente, ¿me quería besar? El corazón me latía a mil, los tobillos me temblaban. Me frotó el pelo con una mano. Estaría ebrio.

Sus ojos azules se perdían en medio de los míos color marrón. No podía ser. Me hubiera lanzado a sus brazos de saber que sólo me quería un poco, en medio de filas y filas de hombres agonizando. Donde el aire fresco no pasaba, el olor de aguardiente cada vez se hacía más irrespirable. El hedor de excrementos de los soldados, la sangre pegada por todas partes, pero de pie ante mí, estaba Ignacio, su atractivo me hacía perder el norte.

En ese momento una serie de cañonazos hicieron retumbar todo el hospital, detrás nuestro una pared se derrumbó, dejando una abertura enorme. Ignacio y yo caímos al suelo, las piedras estallaban una encima la otra, aplastando a todos los heridos. Afuera se veía la ciudad en lucha. El sol anaranjado no podía traspasar la humareda creciente que lo envolvía todo y que iba entrando en la sala. No veía nada. El ruido ensordecedor del fuego de la fusilería y los cañones me hacían taparme los oídos. Los gritos dolorosos de los enfermos intentando huir sin fuerza de las camas. Me intenté levantar, apartando una tabla que me había caído encima. Un cura se acercó, arrastraba los bajos rasgados de una sotana y alzó una cruz de madera. Los pocos cabellos blancos que tenía se encrespaban con el humo y el viento.

—¡No tengáis miedo, el Señor es nuestro pastor! —dijo con energía por la sala. Me miró y me ayudó a levantarme, sin parar de gritar con voz grave a todos los que habían sido perseguidos por la pólvora, estirados por el suelo—. El Señor no deja nunca a sus ovejas. ¡No desfallezcáis!

Me puse de puntillas, y con los dedos sucios de una mano toqué el crucifijo de madera del cura y le dije:

–Gracias, Padre.

Levanté más la cabeza, no veía a Ignacio en medio de tanto polvo, humo y gritos. Caminé hacia la pared agujereada, pisando ladrillos, yeso, trozos de camas y muebles. Ayudaba a los heridos que encontraba por el suelo, en medio de los escombros, quemados, con los miembros escampados, y magullados por la fuerza de los cañones. ¿Y la Catalina? No la veía. De repente, cuando estaba agachada sacando piedras de encima de un enfermo, noté que una mano me daba unos golpes en la espalda:

—¡Chica, ayúdame! —dijo detrás de mí la voz enérgica de una mujer.

Me di la vuelta y ante mí, en medio del humo, una señora me miraba impaciente, diría que era un palmo más alta que yo, de constitución reforzada. Dos cicatrices le cruzaban las mejillas, por el pecho le colgaba un cinturón de cuero con fusil y bayoneta, la punta de esta le salía por detrás de la espalda. Agarrado a su cuadrada cintura, llevaba un delantal con un bolsillo donde asomaba el mango de un cuchillo. Unos pequeños ríos de sangre le bajaban de la frente, los ojos escondidos bajo los párpados, y unos mechones castaños encima. La miré confusa, rodeada por el destrozo. Y le dije, moviendo una mano para separar el humo y verla mejor:

—¿Qué le pasa?

—Tengo que subir esta munición y víveres al castillo de Montjuic. –y bajando la vista señaló con el pie una camilla llena de bolsas y sacos. —Allí es un infierno. Venga, vamos.— Entonces se agachó, cogió un extremo de la camilla y la levantó— Mi compañera acaba de morir bajo de aquellas piedras.

—¿Eres de las que llevas soldados heridos en las literas? —le pregunté, y me fijé que lucía una cinta roja atada en el brazo izquierdo, por encima del codo, que se movía con el aire.

Ella movió la cabeza afirmativamente. Dejé el enfermo acostado en la cama, y sin pensarlo mucho, cogí el otro extremo de la camilla. Como pesaba, debía haber fusiles y todo. No sé cómo fui tan tonta de acompañarla, pero era tanta la miseria que me rodeaba, el calor me ardía el cerebro y me estremecía pensar de recoger los miembros de los enfermos en medio de las piedras.

Capítulo 8

Cogí el otro lado de la camilla, y nos descolgamos por el hueco del hospital, unos pedruscos casi me hicieron tropezar. Afuera, en la calle la gente corría, algunos a luchar, cargados con azadas y ganchos, y otros gritaban, huyendo con pánico, en carros y mulas. Aunque nos daban empujones, la mujer caminaba como si hubiera hecho ese camino muchas veces, saltaba ligera sobre los obstáculos que encontraba.

—Cogeremos un atajo, montaña a través.

Resopló y tirando de la litera me llevó por un sendero que estaba en medio de dos casas, casi tapado de setos y arbustos con espinas, que nos arañaron las piernas. Ella ni se giraba para mirarme, yo hacía esfuerzos para seguir su paso, observaba la hoja de su bayoneta en el hombro. Y escuchaba como la munición dentro de los sacos repicaba con los vaivenes de la camilla. Una de las bolsas rodó hasta el suelo y salieron unas vendas, aguardiente, trozos de pan y unas manzanas. Lo recogí todo con rapidez y continuamos con la marcha. Después de un rato subiendo pendiente arriba, dejamos atrás el tumulto de la gente y las fachadas de las casas. Escuché un tiroteo y los estallidos de cañonazos que venían de arriba la montaña. Cuando más nos acercábamos al cerro, las copas de los robles y nogales que rodeaban el sendero, se empezaron a verse todo chamuscados. Al poco, la mujer me dijo, después de sólo oírla respirar profundamente.

—Me llamo, Francisca Rives, ¿y tú?

—Julia Vidal —le respondí, y levanté la litera con fuerza.

—Soy Comandanta de la cuarta sección, la de Santa Eulalia. Y tú, ¿de qué sección eres?

—De ninguna. ¿Qué quieres decir? —le dije.

—¿No eres de las nuestras? ¿Una voluntaria de la Compañía de Santa Bárbara? —dijo más fuerte, primera vez que giró la cara para mirarme y la vi como levantaba las cejas toda sofocada por el esfuerzo.

—No —le respondí seria.

—Ostras, te he tomado por una de las chicas del Batallón. Te he visto tan atrevida curando a los soldados, que he pensado que eras de la Compañía de Santa Bárbara —hizo una pausa y volvió a mirarme— Que burra soy, si no llevas la cinta roja en el brazo. Perdona, Julia Vidal. Bueno, ahora no te asustes cuando lleguemos al castillo de Montjuic, que allí combaten cuerpo a cuerpo.

—Estaré bien —le dije frunciendo la frente al mirar lejos unas masías derribadas.

—Yo desde que perdí mi marido cogí su fusil, su munición, y cuando toca la alarma de ataque soy la primera en ir al baluarte. Cuando disparo es él que lo hace, no yo. Por Girona.

—Sé que quieres decir —le respondí.

De repente Francisca redujo la marcha hasta que se paró. Hizo un rápido movimiento con la palma de una mano, tocó el bolsillo del delantal donde la empuñadura del cuchillo sobresalía.

—Alguien nos sigue ... Si es un loco que quiere atracarnos le corto el pescuezo aquí mismo.

Unas zarzas se movieron y Francisca, como un oso, se lanzó sobre las plantas, donde escondido debajo había alguien. La mujer sacó el cuchillo y acercó la hoja del arma al cuello de la Catalina, que hizo un grito. Estaba debajo los setos, tumbada en el suelo, boca abajo, con las manos cogidas a unos matorrales y las uñas llenas de tierra negra.

—¡Francisca, quieta! ¡Es mi hermana! —exclamé al ver la larga hoja de la navaja. Dejé la camilla al suelo, y fui corriendo hacia la mujer, pasando en medio de arbustos que se me pegaron a la ropa como una mala cosa.

Catalina, pálida como un cadáver, levantó la cara, nos miró, tenía las pupilas rojas, la piel llena de arañazos, sucia de hollín y salpicada de sangre. El cabello dorado le caía sobre la frente, despeinado, polvoriento y atado de mala manera en la nuca. Puse las dos manos sobre el hombro de Francisca, que se agachó para coger a Catalina, que con los ojos bien abiertos miró como brillaba el hierro afilado del cuchillo.

—Ha ido de un pelo que no le hago un corte en el cuello. —resopló con fuerza la mujer, hinchando el pecho, y se puso de pie y miró a

Catalina. Guardó la navaja y se encajó las dos manos en la cintura, diciendo— Hubiera jurado que era un ladrón que quería cogernos las provisiones.

Catalina se levantó cohibida, nos miró, y a punto de estallar a llorar, cerró los ojos y se lanzó a mis brazos.

—Julia, ¿por qué me has dejado sola? —gimió— Mira que tengo en el brazo, ha sido una de las piedras del hospital ... —y se arremangó la camisa y me enseñó un corte donde brotaba un poco de sangre, pero nada grave. Le puse una mano en la espalda, mientras ella no paraba de sollozar abocada a mi hombro.

—No te he visto en el hospital —le dije—. Mejor que te hubieras quedado ayudando al doctor Roig y dando agua a los enfermos —y le separé unos cabellos que se le habían pegado en la humedad de los labios.

—No quiero volver al hospital, me da mucho asco la sangre.

—Lo tienes que soportar.

—Ya, eso tú, que estabas con Ignacio a tu lado, ya os he visto. —y se le escapó una mueca que enseguida borró de la cara.— Nos matarán a las dos, Julia, quiero volver a casa —me dijo mientras yo le ataba mi pañuelo de hilo, que llevaba al cuello, encima del arañazo.

—Caramba chica, vuelve tú sola a tu casa —estalló a regañadientes Francisca, que había estado escuchando mientras revisaba los víveres de la camilla.

—Yo me quedo, Catalina —le dije y me separé unos pasos de ella para coger el otro extremo de la litera. Después miré adelante, sobre las copas de unos pinos. El cielo era gris, respiré profundamente— Estoy ayudando a esta señora a subir unas provisiones hasta el castillo de Montjuïc. Si quieres acompáñanos.

Francisca y yo, sin decir nada más, continuamos caminando por el sendero. Levantamos con fuerza las provisiones. Y mientras miraba como las suelas de mis zapatos aplastaban hierbas y piedras, Catalina me dijo nerviosa:

—No puedes hacerme esto, Julia —y se acercó a mí.

—¡Vamos, cállate! —dijo enfadada Francisca. El tono de voz fuerte de la mujer resonó en el bosque, e impresionó a la misma Catalina,

que resignada comenzó a caminar detrás de mí.

A medida que nos acercábamos al castillo, sentíamos más fuerte los disparos de fusiles y las explosiones de los cañones. Lejos, en medio de la floresta, me pareció ver uno de los muros. Los ruidos y gritos de los soldados se intensificaban cada vez más, parecía que ya los teníamos delante, golpes de sable y gritos que estremecían. Temblando como una hoja, Catalina me dijo:

—Tengo miedo, Julia...

—Yo también, pero quiero continuar, si quieres vete a casa —le respondí.

De repente, después de salir del amparo de los árboles, se abrió delante nuestro una gran explanada verde con desniveles, y allí, estaba el castillo de Montjuïc.

Tuve que levantar la cara y el cuello para poder ver sus torres y murallas que rodeaban el fuerte, eran tan altas que se perdían hacia el cielo, hechas con miles de rocas y piedras. Los fosos que custodiaban el castillo eran anchos y profundos, con agua. Aunque la pólvora de los cañones en las murallas, no paraba inundándolo todo de humo y fuego, el castillo se mantenía imperturbable. Los ojos me brillaban, hubiera jurado que ni Dios, en un ataque de furia, no hubiera podido derribar aquel castillo.

Entramos por un puente de madera que cruzaba un foso, un escalofrío me subió por la espalda. De golpe de una muralla cayó el cuerpo de un soldado justo a mi lado, lanzó un grito y le vi la cara de muerte, aplastado dentro del pozo. Cuando entramos en el castillo olía a pólvora, un humo negro se extendía como la peste y los cañones estallaban como si fueran truenos. Corrí detrás de Francisca, escuchando detrás nuevos disparos. Nos protegimos bajo unas arcadas de piedra, que rodeaban el patio de armas del castillo, una explanada muy grande, de forma cuadrada y con baluartes. Donde cientos de soldados y paisanos luchaban con soldados franceses que habían conseguido entrar en el castillo.

—¡Julia Vidal! —me llamó Francisca ante el alboroto.

Me acerqué a ella y me dijo:

—Mira, el castillo tiene cuatro torres de defensa: San Juan, San Daniel, San Narciso y San Luis. Nosotros tenemos que ir a la de San Daniel a dejar las provisiones. Allí nos esperan unas mujeres de la

Compañía.

—Vamos pues —le respondí y cogí fuerte los bastones de la camilla. Con la vista fija en la plaza. Qué matanza, cuerpos por el suelo, crujían sables y bayonetas, catalanes y franceses se atacaban con furia, podía ver sus expresiones enardecidas, como desafiaban a la muerte con indomable bravura. Cerré un poco los ojos por el humo de los fusiles y me giré al notar que alguien me apretaba el vestido por detrás. Agachada tenía a Catalina, que se había puesto el chal, y se tapaba la cabeza y parte de la cara, como si aquella ropa de lana pudiera protegerla del fuego. La miré decidida y ella se levantó.

—Tenemos que cruzar el patio de armas —dijo Francisca.

Parecía que era imposible cruzar la plaza. Francisca, a zancadas, saltó a la explanada con la camilla y me arrastró a mí y detrás a Catalina. Recibí golpes por todos lados, los hombres vociferaban como animales y escupían tragos de sangre. La punta de una espada casi me rozó una pierna, me di la vuelta para mirar a Catalina y un francés me dio un golpe en la espalda con un trabuco. Catalina corría agachada y chillaba.

Por fin salimos del patio y rápidamente Francisca nos condujo a la torre de San Daniel. Una fortificación no muy grande y medio derribada. Francisca al verlo, apretó los labios, dejó la litera en el suelo y entró en la torre gritando:

—¡Carmen! Rosa Maria Alsina,¿dónde estáis? ¡Joana Solà! ¡Contestad!

—Vigila las provisiones, Catalina —le dije, y dejé la camilla al suelo y me precipité hacia el baluarte.

Un oscuro pasillo se abrió ante mí, Francisca iba con el fusil en la mano. Todo eran penumbras, polvo, olor a humedad, tenía que ir con cuidado para no resbalar y hacía mucho frío. Al final del corredor un montón de piedras y ladrillos taponaban la entrada de una puerta. Oímos unas voces que gritaban sofocadas:

—Estamos aquí, atrapadas. ¡Ayuda!

Al mismo momento, en medio de la oscuridad del corredor, se oyó el grito rabioso de un hombre. Este levantó un fusil y con la poca luz que había en la torre, disparó e hirió el hombro de Francisca, que cayó al suelo.

—¡Es un francés apestoso! —bramó Francisca— Julia, coge mi fusil! —y de un puntapie me pasó el arma por el suelo, y sin pensarlo lo cogí con precisión. Como pesaba, el fusil era tan largo que si lo ponía derecho era más alto que yo. No sabía cómo se disparaba, Francisca estaba herida y la figura tenebrosa del francés sobre los escombros me puso furiosa. Le brillaban los dientes a la luz de una antorcha. Haciendo un esfuerzo, levanté la puntiaguda bayoneta y con resolución se lo clavé en el estómago. El francés se lanzó al suelo como si estuviera poseído, estaba vivo, no se lo había clavado suficiente fuerte. Me temblaban las manos, no sabía cómo acabar con él. Con los ojos bien abiertos, cogí una piedra del suelo y se la lancé en la cabeza. El gritó y luego le lancé otra, hasta que ya no oí sus gritos resonando en el oscuro corredor. Me dolía el pecho de respirar tan acelerada.

—Bien hecho, Julia Vidal —dijo Francisca, arrastrando por el suelo la pierna herida. ¿Había sido capaz de matar a un francés? Lo toqué con la punta del zapato y parecía muerto. Había matado a un hombre, pero era un francés y eso lo cambiaba todo.

—Veo que ya sabes defenderte sola —dijo de pronto una voz de hombre, fuerte y vehemente. Busqué con la mirada en medio las sombras del pasillo. Un estrepitoso disparo me ensordeció, que estalló en el pecho del francés del suelo, rematándolo. Había un hombre, un soldado a pocos metros de mí.

—Vete a tu casa, chica —me dijo, impetuoso.

—¿Quién eres tú? Y no te acerques —le respondí seria y acalorada y le apunté con el fusil, sin perderlo de vista en medio las tinieblas del túnel.

—Eh, quieta —me dijo, y con la punta de un sable, que levantó suavemente, tocó mi fusil y me apartó hacia un lado. Desconfiada y decidida di un paso atrás, entonces volví a levantar el fusil, y con determinación, preparada para cualquier ataque, le dije:

—¿Eres de los nuestros? ¿Catalán? Contesta, que no te veo bien y aún te mataré como este francés de aquí.

—De Barcelona —me respondió y oí que sonreía por lo bajo. De repente le vi cómo le brillaban las hombreras doradas del uniforme. Aquel detalle me hizo retroceder.

De golpe, retumbaron unas bombas a fuera en el patio, la torre se tambaleó. Con una fuerte detonación, se abrió un agujero en el techo

del pasillo, casi sobre nosotros, y como ratas se descolgaron dos hombres que proferían insultos violentos. Entonces, el militar que tenía delante, levantó ligero su fusil y con dos disparos mató a los dos asaltantes, que cayeron tumbados a sus pies.

—¿No me reconoces, Julia?

Arrugué las cejas y pensé que era un bruto, para él disparar no era nada complicado, hubiera jurado que disfrutaba con la matanza y se enorgullecía de matar franceses uno tras otro. Alejo Estruch, el chico de Catalina. Sí, era él, la voz grave, cínica, los movimientos bruscos.

—Menos mal que me lo has dicho —le dije y apreté el fusil.

—O ya estaría muerto como este cerdo, ¿verdad? —me dijo y con presteza cogió la antorcha que había en la pared y con una bota pisó la cabeza sangrante del francés que yo había apedreado.

—Pues sí —le respondí y sin perder tiempo continué sacando piedras de delante de la puerta donde las mujeres habían quedado atrapadas.

Capítulo 9

Los dedos y las uñas me empezaron a sangrar a medida que iba sacando piedras, la tos no me dejaba en paz, arrodillada ante el montón de rocas y granito que arañaban la piel. Las mujeres de la Compañía, atrapadas gritaban pidiendo ayuda. Veía muy difícil que pudiéramos salvarlas. Francisca tumbada en el suelo, se había rasgado un trozo de vestido para vendarse la herida de la pierna.

—Así no conseguirán nada —dijo Alejo Estruch dando un par de patadas a las rocas que cerraban la salida a las mujeres. Llevaba las botas con terrones de barro y sangre. Levantó polvo y le dije, impaciente:

—A golpes no las sacaremos, teniente.

—Capitán. Me han subido de grado, esta mañana precisamente.

—¡De acuerdo! —y lo miré como caminaba tranquilo.

—Así no saldrán —me insistió él.

—¿Pues dime qué podemos hacer? Y rápido, antes de que estalle otra explosión —le dije resoplando mientras sacaba piedras y piedras.

—Mis hombres me esperan en los cañones, a las murallas del castillo.

—¡Vete pues! No pierdas tiempo —le respondí con desprecio.

Si las mujeres de la Compañía fueran franceses, seguro que nos ayudaría para luego cortarles el cuello. Debería haberle dado un puñetazo. Diantres, dejar morir a unas pobres mujeres, voluntarias, patriotas. Lancé una piedra en la oscuridad del pasillo, y gruñí:

—Ya saldremos solas.

—Déjame terminar de hablar —me dijo y con la antorcha encendida en una mano se agachó hasta llegar ante mis ojos. Me miró fijamente, diría que incluso demasiado, y demasiado tiempo. Yo lo miré de reojo con las manos llenas de granito. Pero podía notar como

él no me quitaba los ojos de encima, de los cabellos, de los labios, y me sentí incomoda.

Decidido, el capitán se giró lentamente y de un puntapié levantó unos sacos vacíos del suelo, detrás de él. Lo miré intrigada, dejando de sacar escombros. Me aparté de las mejillas unos mechones de pelo despeinados y le observé. No sabía muy bien si se reía de mí, pero tenía unas facciones endurecidas que me daban miedo. Con las llamas de la antorcha le vi un corte, ya seco, que le cruzaba una ceja y unos dientes muy blancos que le contrastaban con la piel tostada.

—Un poco de pólvora y fuera —me dijo y de repente puso el tacón de su bota sobre un barril de madera, que no le llegaba a las rodillas. Entonces, aguzó los ojos y me miró fijamente.

—¡Un barril de pólvora! ¡Sí! —grité y me levanté de repente.

El capitán abrió la tapa del barril y dejó caer un poco de pólvora dentro, haciendo como un pequeño rio con la arena negra hacia el montón de rocas que taponaban la puerta. Entonces entre los dos escondimos el barril lleno de pólvora en medio de los escombros.

—Muy bien —dijo Francisca, que dolorida arrastraba la pierna herida, y se acercó al montón de piedras y exclamó fuerte a sus compañeras:

—¡Apartaos de la puerta, deprisa!

De un tirón le cogí la antorcha de fuego al capitán y acerqué las llamas a la pólvora del suelo, que prendió fuego al instante. Cuando la lumbre llegó al barril una fuerte explosión hizo saltar todas las piedras. Espirales de fuego y humo ahogaron todo el corredor. Suerte que Alejo me cogió de un brazo porque el estallido me lanzó hacia arriba. Ambos, corriendo, caímos tumbados de cabeza al suelo. Una lluvia de chispas y piedras encima nuestro. Cerré los ojos, un silbido me ensordeció los oídos. Golpes de piedras por el cuerpo. Levanté los párpados, tenía arena en las pestañas. Abrí los ojos poco a poco, el polvo, el humo y una hoguera en las rocas no me dejaba ver nada. Tosí y cerca de una oreja oí la voz del Alejo Estruch y su acelerada respiración.

—Caramba, esto era trabajo mío.

No le dije nada, me estaba frotando los ojos.

—Nos ido de un pelo —gruñó. Noté que me puso una mano sobre

la espalda y me rozó la camisa, hasta que me tocó una mejilla. Su piel me rozó. Me estremecí molesta, le cogí la mano, la saqué de mí con brusquedad, empujándolo un buen trecho.

—¿Qué haces? —le increpé.

—Tranquila, es que no veía nada —me dijo y escuché como se le escapaba la risa. Tenía la cara negra. Lo miré muy fría, no me fiaba mucho de él.

—Francisca, ¿cómo estás? —grité y levanté la cabeza del suelo mientras me sacudía el polvo de la camisa.

—Estoy bien, Julia —me respondió Francisca desde un lado del pasillo.

Pero cuando todavía no nos habíamos incorporado del todo, la voz nerviosa de Catalina se escuchó por el corredor. No sabía dónde estaba, pero se encontraba allí, a unos pasos de nosotros, escondida en la penumbra. Oía como crujían las piedras cuando tropezaba y sus sollozos resonaban en la galería.

—Julia, ¿qué ha pasado? ¿Dónde estás...? ¿Porque tardas tanto a salir? —gimió Catalina.

Alejo Estruch encendió una mecha, se levantó de mi lado, lanzando unos trozos de escombros al suelo. Levanté la vista, me sacudí el traje y miré a Catalina, que hizo un grito de sorpresa:

—¡¿Alejo, qué haces aquí ?!

Él no la contestó ni yo tampoco. Ambos fuimos hacia el agujero que habíamos abierto con la pólvora y las tres mujeres se asomaron. Llenas de polvo pero con la boca abierta por la emoción salieron, una tras otra, tosiendo. Me dieron un fuerte abrazo y entonces corrieron hacia Francisca con los brazos en alto emocionadas. La explosión había dejado el corredor medio destrozado, la puerta derrumbada. El aire estaba muy cargado, no se podía respirar, ni andar sin caerse.

—¡Salgamos, que la torre se derrumbará! —gritó el capitán Estruch viendo como las paredes del pasillo comenzaban a tambalearse con el estallido de más cañonazos. Con el fusil de Francisca cargado al hombro, no paré de esquivar obstáculos. Cogí a Catalina de la mano y huimos corriendo de la torre de San Daniel.

Justo cuando salíamos a la plaza del castillo Alejo hirió a un

francés con el trabuco. Luego, profirió un grito y se lanzó, con el sable en alto, encima de dos galos que luchaban con un campesino, que levantaba una estaca. Las mujeres de la Compañía de Santa Bárbara ayudaron a Francisca herida a caminar hacia las arcadas de piedra que rodeaban el interior del castillo de Montjuïc. Mientras, Catalina y yo de pie ante la plaza, mirábamos la sangrienta batalla donde resistían soldados y voluntarios cuerpo a cuerpo, donde los gritos y la sangre me hacían cerrar los ojos.

—¡Julia, ven con nosotras! —me llamó Francisca, y levantó un brazo donde llevaba la cinta roja atada, mientras sus compañeras cogían la litera— ¿Quieres ser la Sargentina de nuestra sección?

No pude contestar, porque Catalina, que tenía cara de haber llorado todo el rato, me estiró con energía del brazo, me empujó a la plaza y me lanzó en medio del combate.

—¡Mala, eres mala! —me gritó furiosa, subiendo un escalón.

Caí encima de dos soldados muertos, que tumbados en el suelo, aligeraron mi caída.

—¿Te has vuelto loca o qué? —le gritó también, con tono vehemente.

—¡Sí, por tu culpa! —volvió a llamarme, y se agarró a una de las gruesas columnas de las arcadas.

Me levanté, rodeada por la batalla, tropecé con la culata del fusil que llevaba y ella me dijo, fuera de sí:

—Vete con Alejo, ya que no puedes dejar de perseguirlo. ¡Ladrona, que eres una ladrona! ¡Quieres arrebatármelo, lo quieres para ti! —y se agachó para coger una piedra que me lanzó con todas sus fuerzas.

—¡Yo no he hecho nada! — exclamé, esquivando la piedra, y dejando pasar un soldado francés que corría con todo el cuerpo quemado.

Ella se arrastró las dos manos abiertas por la cara y luego los dedos en medio de los cabellos, anudados y sucios. Le cayó el chal, las pupilas le brillaban, no era ella, me miraba fijamente, parecía que la acción de la lucha de los combatientes no la atormentaba. Quería fulminarme con la mirada.

—¡Te odio, te odio! —dijo, haciendo chirriar los dientes.

Y en medio del ruido de los golpes de las armas y la artillería, un disparo perdido de fusil, fue a parar en el pecho de Catalina. Sin dejar de agarrarse con los brazos y las manos a la columna, herida fue bajando lentamente hasta el suelo. Arrastró media cara por la piedra, los labios se le pegaban y las pupilas le subieron arriba. Yo al verlo, me puse las manos a la cabeza y corriendo salí del patio. Cogí a Catalina antes de que llegara al suelo. Había manchado con una franja de sangre la columna de piedra.

—Catalina, estoy aquí... —le dije, y la cogí en brazos con cuidado. Le aparté la melena que le bajaba por el pecho, tenía la ropa del torso empapada de sangre— Perdóname si te he hecho algo que te ha dolido, perdóname... —al ver que las extremidades le caían sin fuerza y levantaba y bajaba los párpados lentamente. Unas pinchazos, a la altura del corazón, me oprimieron, los ojos se me enrojecieron, la cogí en brazos, gritando:

—¡Francisca, compañeras, ayuda!

Habían desaparecido. Sólo veía soldados y más soldados, catalanes y franceses, casacas azul marino y blancas, muertos, vivos, bramando como fieras. En alto pistolas, sables y granadas, corriendo y guerreando con frenesí en la plaza. Y donde el humo de la fusilería y los cañones, arriba en las murallas, escupían con estremecimiento al campo enemigo. Buscando con la mirada a derecha e izquierda, no veía a las mujeres de la compañía de Santa Bárbara, no veía ni al capitán Estruch, eran demasiadas cabezas, demasiados hombres peleando, demasiados sombreros tricornio, y no distinguía a nadie. No sé si eran los nervios, o la prisa, pero mi hermana se desangraba y una voz dentro de mí, me susurraba que era mi culpa.

Capítulo 10

Con Catalina en brazos, me senté en el suelo, encima de uno de los peldaños que bajaban hasta la plaza. Le arranqué la camisa haciendo saltar los botones, tenía el vestido sucio de sangre, el disparo le había impactado en el lado izquierdo del pecho. La miré a la cara, tenía los ojos un poco abiertos, casi no levantaba la cabeza y el color de la piel cada vez era más pálido.

—Catalina, tranquila…

—Julia ...

Me dijo con un susurro, y poco a poco con una mano me tocó el centro del pecho. La miré a los ojos, suavemente con los dedos le quité unos mechones que le rodeaban la mirada. Si hubiera tenido una botella de aguardiente, se la habría vaciado encima, pero la bala había entrado, y había que sacarla. Las manos me temblaban, quería gritar pero sentía como si me hubiera tragado una piedra, tenía los ojos colapsados de lágrimas. Catalina no, Dios mío, no te la lleves. Miré a derecha e izquierda, en medio el fragor de la batalla, no veía a ninguna mujer de la Compañía de Santa Bárbara. Los gritos de los soldados y las explosiones me martilleaban la cabeza.

Con fuerza, rompí los bajos de mi delantal blanco, y até la ropa alrededor de la herida. De repente en medio de los gritos, de la sangre que lo cubría todo, y de los movimientos bruscos de los soldados, mis ojos vieron un caballo. Un caballo tumbado en el suelo, que relinchaba con las patas atrapadas bajo unas ruedas de carro destrozado. Se encontraba en el patio, no muy lejos de nosotras, a pocos metros. Sin pensármelo, dejé poco a poco a Catalina tumbada en el suelo.

—He visto un caballo, Catalina, vuelvo enseguida y nos vamos de aquí.

Ella hizo un gemido y apoyó una mejilla sobre la losa del suelo, junto a los escalones de piedra. Yo, como una chispa de fuego, salté a la plaza, esquivando las peleas y aguzando los ojos con el humo de la artillería. No tardé en llegar delante del caballo. Al verme el animal

levantó el cuello peludo y unas orejas tiesas. No paraba de relinchar como un loco, daba coces a las ruedas del carro y las largas crines le tapaban los ojos. Puse una mano sobre el pelaje marrón de su lomo, salpicado de manchas blancas.

—Vamos, chico, que tú puedes —le dije, y estiré de las riendas que arrastraba por el suelo. Entonces, con energía, levanté las ruedas por un lado, y la bestia, que no paraba de dar patadas con las pezuñas, logró ponerse en pie y con el impulso las ruedas cayeron hacia delante. El caballo liberado, bramó con ansia, me miró, parecía que se lamentaba, le veía los dientes a cada relincho. Diría que era un caballo de carga porque no era muy alto y los arneses le colgaban del cuello. Se alborotó las crines moviendo el cuello. Con una mano le bajé las orejas, y corriendo tiré de las riendas hacia la Catalina.

Al mirar hacia allí, me pareció ver un francés ante mi hermana, que continuaba tendida en el suelo. Sí, era un galo maloliente, que reía con locura y le apuntaba con el filo de su bayoneta. Al ver aquello, la sangre me corrió con rabia por las venas.

El hubiera estrangulado allí mismo. Empuñé el fusil que llevaba colgado en la espalda. Y después del gran esfuerzo que hice para ponerme la culata bajo el brazo, empujé el gatillo con el dedo, pero el arma no disparó. Ostras, ¿necesitaba pólvora para lanzar la bala? ¿Y por qué llevaba un fusil si no sabía manejarlo? La bayoneta pinchaba como una mala cosa, así que cogí carrerilla, y sin soltar las riendas del caballo, corriendo le di al francés con la punta de la bayoneta en la barriga. Esta vez sí que había pinchado fuerte, ya no me daba miedo, el corazón ya no se me encogía. El hombre ni gritó, sólo cayó al suelo, con la hoja de la bayoneta hundida hasta las tripas.

—Le has matado... —dijo Catalina con voz temblorosa, me miró desde el suelo, estaba extrañada, como si pensara: Julia se ha transformado en alguien capaz de matar.

—Da igual, es un francés —le respondí. Y notando como el hocico del caballo me rozaba el hombro, cogí en brazos a Catalina, que me miraba asustada y dolorida. ¿Y ahora como subiríamos las dos al caballo? No podía perder tiempo, la herida le manchaba el vendaje que le había puesto. Yo sola no podía, se me escapó un grito de impotencia, todo el mundo luchaba. No podía con Catalina en brazos.

—Ya te ayudo —dijo la voz de una chica, detrás de mí. Y se puso delante una de las mujeres de la compañía que habíamos salvado en la torre. Era la más joven, la reconocí enseguida, llevaba dos trenzas

morenas enroscadas en los laterales de la cabeza, los bordes de los ojos los tenía negros por el humo. Arrojó al suelo la azada que llevaba, y se me acercó, cogiendo en brazos a Catalina.

— Sube tú primero.

Con energía, sin saber muy bien cómo hacerlo, puse un pie encima los restos de unas rocas y la otra pierna la levanté hasta el lomo de la bestia. Me cogí a una rienda que colgaba y haciendo fuerza trepé encima del animal. Diantres, qué sensación allá arriba, como si nada pudiera pasarme, sí, era un gran caballo de tiro. Confié en él, se le veía resistente y fuerte, acostumbrado a labrar o a estirar de los carros. La chica de la Compañía, me dio a Catalina y la senté delante mío, con las piernas a un lado del caballo, y la cabeza la apoyó en mi hombro haciendo esfuerzos para mantenerlo levantado.

—Es mi hermana, si no la llevo al hospital se morirá —dije.

—Ves por el atajo —me respondió la chica y me ató a la muñeca una cinta de raso, roja, bastante ancha y de unos dos palmos de largo — Así tendrás preferencia. Bienvenida a la Compañía de Santa Bárbara. Gracias por salvarnos la vida.

—De nada —y enseguida grité con resolución: ¡Arre caballo! ¡Arre!

Con fuerza empujé de las riendas, la cinta se desplegó, el animal levantó la cabeza relinchando, y saltó fuera de la plaza. Me cogí fuerte para no caer. Qué bien se estaba en alto, sus jadeos me pusieron la piel de gallina, sus anchas pezuñas, rodeadas de pelo, resonaban al galopar bajo las arcadas de piedra, que bordeaban el patio de armas. Un escalofrío me subía por los brazos cuando tiraba de los arneses, y él corría encima de soldados muertos. Catalina apoyaba la cara en mi pecho, su respiración me subía hasta el cuello. El caballo corría cada vez más, como el viento. Le di golpes con las piernas en el vientre, me silbaban los oídos, el cabello me huía de la frente, y me costaba no perder el equilibrio.

Cruzamos el puente hasta salir del castillo de Montjuïc, los cascos repicaban en la madera, saltaba obstáculos y los pisaba, un francés corrió detrás nuestro, y cuando se acercó lo suficiente como para cogernos el caballo, le di una patada con el pie en la misma cara, y cayó al suelo. El animal no paraba de dar tirones.

—Catalina, ¿cómo estás?

—Bien... —respondió ella, y levantó muy poco la cara y me miró.

—Aguanta, ya llegaremos —le dije, y levanté el rostro para exclamar–: ¡Corre caballo!

Con un brazo rodeaba a Catalina y con el otro tensaba las riendas. Dejamos atrás el castillo, galopábamos campo a través hasta empezar a bajar la montaña de Montjuïc. Cuando el caballo vio el bosque corrió como desbocado, sin seguir el sendero. Se adentró bajo los robles, pinos y encinas, y corrió con ímpetu por en medio de las zarzas que crecían con libertad, y convertían el bosque en una trampa mortal, de cuatro palmos de espinos, arbustos, malezas, que no dejaban pasar y cortaban la piel. Parecía que la bestia no sentía dolor cuando las ramas le rascaban las patas, y las cintas de espinas se le enroscaban hasta las rodillas. La pendiente también le impulsaba a galopar con fuerza hacia abajo, mientras yo tiraba de las riendas, para frenarlo.

–¿Dónde está el sendero? —me quejé.

Agaché la cabeza para esquivar las ramas de unos pinos, que me iban directos los ojos. Olía a hierba y a tierra húmeda, no había maneras de frenar el caballo, lanzaba terrones de tierra, nos estrellaríamos. Una piedra, muy grande, escondida bajo las zarzas, hizo caer de rodillas al suelo al caballo, que bramó asustado. Me cogí al cuello y a las crines del animal, Catalina y yo continuábamos encima del caballo, sólo veía espinas y matorrales. Catalina estaba acurrucada en mi regazo.

—¡Diantres! —vociferé —¡Levántate, levántate caballo! Vamos, arriba!

Si caía completamente estábamos perdidas. Las rodillas del caballo se hundieron en el suelo, unos ríos de sangre le resbalaban de las patas. Los insectos que vivían bajo la manta de las malas hierbas, volaron con la sacudida.

—No me dejas alternativa, caballo —y sin dudarlo, cogí una rama y empecé a picar las patas de la bestia, mientras resoplaba–: ¡Levántate de una vez, vamos...! ¡He dicho que te levantes!

Relinchando como un desesperado, agotado, le caía la saliva de la boca. ¿No tenía fuerza para levantarse?

De repente se sacudió las crines, se levantó, poniendo las cuatro patas con firmeza en el suelo. Yo, sudada, lancé la rama, noté como la sangre de la herida de la Catalina me ensucian la camisa. El caballo continuó bajando montaña abajo, le quedaba más energía. Al cabo de

un buen rato de ir al galope, cogida a la bestia como un nudo, protegiendo con mi cuerpo a mi hermana, que por momentos empeoraba, vi un claro en el bosque. Catalina estaba pálida, callada, no se movía, yo la miraba, y me fijaba en sus ojos semi cerrados. Vi unas casas, sí, un grupo de casas bombardeadas, que recordaba haber visto cerca del hospital. Dios mío, gracias. Besé el cabello de Catalina mientras el animal cabalgaba hasta la plaza del hospital. Todo eran montones de escombros, casas sin paredes y techo, gente buscando un cubierto. No se oían explosiones, todo estaba más calmado, pero desolado. Menos mal que el edificio del hospital continuaba en pie. El caballo hizo un resoplido, las babas le bajaban del hocico hasta el suelo, tenía las patas con sangre, estaba reventado. Confundido, y sin poder frenarlo cruzó la puerta y entró galopante en la entrada del hospital.

—¡So, sooo! —el grité.

Pero él sin hacerme caso, dio un par de vueltas relinchando, las herraduras resonaban en la sala, bastante grande, con baúles y sacos en las esquinas. Sentados en sillas y en el suelo, con la espalda apoyada en las paredes, hombres y hombres heridos, uno al lado del otro, lo rellenaban todo. Varios de ellos se levantaron al ver al caballo dentro, alzaron sus muletas. El animal hizo un último resoplido y se desplomó en el suelo con gran estrépito, en medio de la sala. Levantó una nube de polvo. Ya no podía más. Una pierna me quedó atrapada bajo su lomo, tenía la mano blanca de coger tan fuerte Catalina, el murmullo de los enfermos que se lamentaban me enturbió la cabeza. Sofocada y con un ansia que me consumía, empujé el animal con la otra pierna.

—¡Por todos los Santos! Señorita Catalina.

Me di la vuelta y era el chico Abelardoo. Nerviosa, y sin querer me arañé con las uñas una mejilla mientras le decía:

—Abelardoo, rápido, ¿dónde está el doctor Roig? ¿Y Ignacio?

Con su ayuda, conseguí sacar la pierna de debajo del caballo, mis brazos cogieron a Catalina, que estaba tumbada sobre mí, y procurando no hacerle daño me levanté.

—Ven, te llevo con el doctor —me dijo el chico.

Entramos en otra sala llena de camas y enfermos, era la misma que había estado ayudando a Ignacio a curar los heridos. ¿Dónde estaba Ignacio? Le busqué nerviosa con la mirada, en medio de hombres

moribundos, no se podía ni pasar rodeada de las camas y mesas, el inconfundible hedor del hospital me mareó. Sé que iba sucia y desgarrada. Toqué con una mano la cara de la Catalina, y le dije, con voz más calmada:

—Catalina, Catalina, mira, ya hemos llegado, ya te lo decía yo que enseguida llegaríamos... Ahora te curarán, ya lo verás...

Al fondo de la sala me pareció ver a Ignacio, agachado delante de una mesa, trabajando. Sí, seguro que era él, la bata blanca llena de sangre, no podía ser otro, el cabello rubio, alto, delgado. Fui corriendo como una loca hacia él, dos lágrimas me resbalaron por la piel y grité:

—¡Ignacio, Ignacio! Tienes que curar a Catalina, por favor.

Cuando estuve a unos pasos de la mesa, mis gritos le hicieron levantar la cara. No era Ignacio, era otro médico. ¡Qué desgracia! Estaba desesperada. Las piernas se me deshacían, hubiera vociferado pero ya no tenía fuerzas. El hombre de la bata, al verme arrugó unas cejas canosas y abrió todo lo que pudo unos ojos pequeños. Fui hacia él agotada, enseguida me cogió a Catalina y la tumbó sobre la mesa, donde operaba, junto a otro herido.

—Tiene una bala en el pecho... Es mi hermana, por favor, sálvela —le dije y apoyé las dos manos en el borde de la mesa para no caer al suelo. La cabeza me caía hacia delante, me notaba muy débil. El médico examinó a Catalina.

—A ver —me dijo mientras revisaba la herida, después, le tocó la muñeca y musitó— Demasiado tarde, lo siento, pero está muerta.

Al oír aquello de golpe perdí el conocimiento.

Capítulo 11

No sé el tiempo que estuve inconsciente, pero me desveló el traqueteo de un carro. No había abierto del todo los ojos cuando escuché una voz dulce y una mano me tocó la cara. Con la punta de los dedos me secó unas lágrimas que me habían resbalado hasta el cuello.

—Julia, hermanita, ¿cómo estás? Soy Inés...

Era Inés, la tenía agachada delante de mí, me miraba atentamente a la cara. Que tierna se la veía, con un pañuelo amarillo atado el cuello, las mejillas más delgadas y no tan rosadas como antes, salpicadas de pecas. El flequillo, rizado y rubio y los ojos muy grandes, pero con las pestañas húmedas de llorar.

—Inés, eres tú ... —le dije, levanté una mano, sucia de hollín y le acaricié las largas trenzas doradas que le colgaban hasta la cintura.

— Me he escapado de casa para venir a buscarte —me dijo.

Las dos nos miramos a los ojos, ella me cogió de las manos, las tenía gélidas y la abracé. Sentía que me empujaba un sentimiento muy profundo, con Inés allí. La cara se me hundía sobre su chal de lana, y sollocé:

—La Catalina ha muerto.

—Ya lo sé...

Nos apretamos tan fuerte, una con la otra, lloramos juntas, noté su barbilla en mi hombro. En su ropa, podía oler una mezcla de los olores de casa, el humo de la chimenea, las medicinas de mi madre, los rosales del patio.

Catalina estaba muerta, muerta, no dejaba de repetirme como si todo se tratara de una pesadilla. Levanté la vista para observar: Estaba sentada sobre un carro de campo, donde unas mujeres y unos niños, estaban acurrucados sobre montones de paja. No decían ni pío, andrajosos y con la mirada perdida. Mientras, un viejo azotaba y

maldecía con voz áspera a dos bueyes que tiraban de la carreta. Me fijé que a un lado, dentro del carro, había un montón de cadáveres, tumbados, uno encima del otro, sucios de sangre y humo, muertos, a juzgar como la cabeza y las extremidades les caían hacia el suelo y la gran palidez de sus cuerpos. Sentado al lado, estaba el chico Abelardoo, con las mangas de la camisa arremangadas hasta el codo, con una brizna de hierba en la boca y el pelo alborotado. De repente, tumbada junto a los muertos y de Abelardoo, vi el rostro sin vida de Catalina, muy lívida, con los ojos cerrados, manchada de sangre. Inés se dio cuenta de que la había visto, y mientras yo me incorporaba, arrastrándome hacia la Catalina, me dijo:

—Abelardoo lleva a enterrar a todos estos muertos, pero a Catalina...

—¡A Catalina la enterraremos en casa! —la corté decidida, mientras notaba la frialdad del rostro de Catalina en la punta de mis dedos.

—Sí —me dijo ella. Se puso de rodillas a mi lado y delante de Catalina, le apartó un mechón de la frente y le dio un beso despacio.

Una de las ruedas del carro crujió, todos nos fuimos hacia un lado, el carro pasaba encima de piedras y esquivaba árboles caídos, escombros de las casas y muebles. Apenas habíamos salido de dar una vuelta en la plaza del hospital.

—Estás más delgada —le dije a Inés, al cogerla de una mano. Estaba seca, le noté todos los huesos de la mano y del brazo.

–Madre nos obliga a comer ratas cocidas, pero yo quiero nunca —murmuró, con la cabeza baja, y con el entrecejo fruncido continuó—: En casa, ya no si puede estar, Julia. Madre se ha vuelto loca, ella y Magdalena ya se han comido dos gatos. El día que las vecinas se enteren de que uno de los gatos era de ellas nos matarán, y dejarán de querernos dentro de su bodega subterránea, cuando hay bombardeos.

Escuché a Inés sin decir nada, mis ojos nebulosos miraban como nos alejábamos del hospital. Veía como la gente, cada vez más pequeña, iba quedando lejos. Me llamó la atención un hombre, que salió en medio de la multitud. Y empezó a correr detrás del carro. Sólo veía una silueta, el polvo que levantaban las ruedas y las mulas no me dejaba ver. Entramos en el puente de San Francisco, que cruzaban el río, dirección a la plaza del Vi. El hombre seguía detrás nuestro, seguía sin distinguirlo bien, pero cada vez se acercaba más, hasta que

agotado levantó un brazo y gritó:

—¡Eh, Julia ...! ¡Julia ...!

Me pareció que decía mi nombre. Dejé de mirar enturbiada cuando vi que unos cabellos rubios le brillaban con los últimos rayos del sol, y la longitud de una bata blanca no lo dejaba corre mucho. Rápida, me senté en el borde del carro, dejé caer mis piernas hacia abajo, y alcé los brazos con energía. Y guiada por un presentimiento, dije:

—¡Ignacio!

—¡¿Catalina está muerta?! —exclamó, respirando acelerado, levantando polvo.

—¡Sí! —le respondí, mientras las ruedas del carro hacían temblar las tablas de madera del puente. Él dejó de correr, la cabeza le cayó inclinada hacia el pecho, cerró las manos en puños y las rodillas se le clavaron en el suelo, respirando el polvo del carro. Yo, levanté una mano. De un salto bajé de la carreta y corrí hacia él, con la falda bastante desgarrada. Cuando estuve ante él le puse las manos sobre la espalda, ambos dentro de una nube de polvo, encima del puente, el viento me empujaba hacia él y podía oír como lloraba.

—Ven a casa con nosotras Ignacio ...

—No, déjame —me dijo serio, y de golpe se puso de pie, y cayeron mis manos de su cuerpo. Entonces me miró fijamente, con los ojos inyectados en sangre, muy sudoroso —Vete Julia, no te preocupes por mí.

—¿No lo entiendes? —el corazón se me aceleró, sentí que ese era el momento para liberarme de la piedra que arrastraba, así que nerviosa y sofocada, añadí— No podré dejar de preocuparme por ti, Ignacio, porque te quiero —y me levanté vehemente, más a su altura, respirando el olor del agua del río— y me da igual si me muero o te enfadas, sé que tú sólo amas a Catalina. Pero yo te amaré siempre —y una ráfaga de viento y humo me despeinó el pelo.

—Calla, calla —suspiró y añadió melancólico— Si fueras como ella... —y me cogió de un brazo, y me atrajo hacia él, sentía que el alma de la Catalina nos seguía, nos miramos fijamente a los ojos. Yo respiraba como si me faltara el aire, nos separaba un palmo el uno del otro, no podía saber qué pensaba él, ¿me odiaba, me quería? Él se acercó más a mí, parecía que quería darme un beso. Pero la voz de Inés me desveló:

—¡Julia, vuelve!——me llamó desde el carro.

—Ve con ella —me dijo Ignacio, y se separó de mí. Y sin decirme nada más volvió caminando al hospital.

Yo estaba inmóvil, descolocada ¿me habría besado? Como me latía el corazón. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Arranqué a correr hacia el carro, escuchando como el agua del río chocaba contra las vigas que sostenían el puente.

No tardamos mucho en llegar a la calle Ciutadans. No me lo podía creer, había vuelto a casa y una tristeza deambulaba por la calle como la peste. Gente muerta apoyada en las fachadas; algunas de las casas, apenas se aguantaban, las vigas a punto de caer, ventanas sin paredes. No sabía si estaban abandonadas, o la gente vivía callada dentro. Los bueyes del carro, pararon delante de mi casa, el muro del patio continuaba por tierra. Por suerte parte de la casa continuaba todavía en pie, igual como la había dejado. El tejado agujereado donde estaba el dormitorio de mi madre, los cristales de las ventanas agrietados, la chimenea no echaba humo, y el rosal trepador estaba seco sobre la puerta de entrada.

Las paredes habían pasado a ser grises. Respiré profundamente el aire y de un salto bajé del carro. De repente el relincho de un caballo me hizo girar, era el caballo de manchas blancas, del castillo. Estaba vivo, galopaba lentamente, como si arrastrara mil cadenas, resoplaba extenuado, huyendo de un grupo de gente. Cuando pasó junto a la carreta, cogí emocionada las riendas que aún le colgaban del cuello.

—¿De dónde ha salido este caballo? —dijo Inés sorpresa, y bajó del carro.

—Es un buen amigo mío —respondí y le hice una caricia al animal bajando las orejas con las manos. Él me reconoció. —No lo sueltes, — y le di las riendas a Inés, que las tomó con cierta indecisión.

El chico Abelardoo, arriba del carro, cogió a Catalina en brazos y me la dio. Las mujeres y los niños dentro de la carreta continuaban encogidos en medio del heno. Y nos miraron lánguidos, el viejo de voz rota, picó los bueyes y la carreta continuó calle abajo.

Con Catalina en brazos caminé hacia la puerta de casa, Inés me seguía tirando del caballo. Vi que el suelo del patio estaba todo labrado, imaginé que las chicas habían estado escarbando buscando de comer. Las malas hierbas continuaban saliendo por las esquinas, el cerezo rojo y el limonero sin hojas. El lavadero roto, los geranios

estaban aplastados y en el cordel de la ropa había unas medias retorcidas. Corría un poco de aire, que arrastraba un olor a chamuscado, el cielo estaba encapotado y el frío me llegó hasta los huesos. Dejé la Catalina estirada debajo el cerezo, sobre la hierba, después, levanté la cara y grité mirando hacia la puerta y las ventanas de casa:

—¡Mamá! ¡Magdalena!

—¡Salid, he traído a Julia ...! —dijo Inés y ató las riendas del caballo a una de las patas del fregadero. El animal se tumbó en el suelo, se meneó las crines y la cola. Corrí hacia la puerta. Las bisagras crujieron, los visillos de hilo en el cristales se movieron y vi la venosa mano de mi madre. Y más abajo las ruedas de su silla.

—Inés, si eres tú te daré una bofetada, por haberte escapado ¡mala hija! Mira que hacerme sufrir así —dijo mamá, y con dificultad hizo rodar la silla, que chirriaba, mientras ella empujaba la puerta hacia un lado para poder salir. Mi madre sacó la cabeza a fuera, tenía la nariz arrugada, los ojos se le habían empequeñecido y la boca se le encorvaba en todo momento hacia abajo. Yo me quedé quieta frente a ella, que al verme lanzó un grito:

—¡Julia!

Me lancé a sus brazos y ella lloró en mi pecho. Qué bramidos. Tenía la sensación de que algo había cambiado en mí. Y tan feliz que había sido cuando estaba sentada a su lado, viendo como subía y bajaba su aguja de coser. He vuelto madre, ya sé que pensabas que no me verías nunca más, pero he vuelto. No fue necesario que le dijera nada, enseguida vio a Catalina en el suelo, sobre la hierba, bajo el cerezo. Mamá se levantó de la silla de ruedas y cayó al suelo para ir hacia ella.

—¡Catalina, no ... Mi hija mayor, no ...! — y con las uñas, rasgó unos ladrillos del suelo.

Inés corrió a su lado y entre ella y yo ayudamos a mi madre a sentarse de nuevo en la silla. Inés le acarició para calmarla, pero mamá no dejaba de gemir muy fuerte, se tapaba la cara con las dos manos y los ojos se le hundían. Inés la abrazó con ternura, pero el llanto de mamá hizo salir a Magdalena de casa. La vi apoyada en el umbral de la puerta, muy débil, con su camisón blanco puesto, sudada y el cabello oscuro soltado por la espalda. Blanquecina de piel, dijo con voz ronca:

—Julia ... Catalina ... habéis vuelto ...

Mi madre se volvió al oír la voz de Magdalena, y dijo mientras se frotaba la frente con las palmas de las manos y un pañuelo le resbalaba por el cuello:

—La Magdalena está enferma, tiene fiebre, malditas las vecinas, ellas la han contagiado. Como sea la fiebre amarilla que corrió como la peste, las cojo por el cuello y las cuelgo. No nos verán más al pelo en su sótano, por más que lluevan bombas.

—Magdalena, —le dije sorpresa, yendo hacia ella.

—¡No te acerques a ella, Julia, que te puede contagiar! —gritó mi madre, temblando.

—¡Está enferma de comer ratas! —exclamó Inés, inquieta.

—¡Calla Inés! ¿Qué comemos entonces? ¡Nos morimos de hambre! —dijo mamá, alarmada, fuera de sí. Vio a Catalina en el suelo, se puso las manos en la cabeza y balanceó la espalda. Luego, de repente, sus ojos se fijaron en el caballo, marrón y con manchas blancas, que tumbado en el suelo, roía unos matorrales de hierba. Y mamá dijo, levantando los brazos —¡Bendito sea el Señor que nos ha traído este caballo para poder comérnoslo.

—El caballo no madre —le dije, y me levanté de un salto.

—¡Apártate inmediatamente aquí, Julia! —dijo con un tono de voz firme y arqueó las cejas. Los ojos de ella se me clavaron, con energía empujó las ruedas de su silla, que se metieron en medio de matorrales.

—Te he dicho que el caballo no, madre —le repetí, arrugue la frente y tiesa como una estaca me puse delante de ella, para no dejarla pasar hacia donde estaba el caballo.

—¡Sal, Julia! —volvió a gritar, y me apuntó con el dedo índice.

La tenía ante mí, las ruedas de la silla me presionaban la punta de los pies para que me apartara. ¿Qué había sido de la madre de antes? El mantón descosido le bajaba de los brazos, no se la veía tan obesa, la piel que le rodeaba los ojos era gris, las canas del pelo se le caían sobre las orejas y le faltaban dos botones de la camisa manchada de hollín. Me agaché a su altura y le musité:

—Madre, tranquilízate, por favor —le puse suavemente las dos

manos en la espalda, no quería que se enfureciera más. Entonces miré a Inés, que se acercó, y entre las dos, alejamos a mamá de la bestia. El caballo como si supiera que los gritos fueran por su culpa, se levantó relinchando y meneó la cola y las patas con impaciencia. Mi madre, me cogió tan rápido de los brazos que me arañó con las uñas.

—Dejadme, dejadme... —nos dijo más flojo, mientras me tiraba con impotencia de las mangas de mi vestido, hasta que sollozó, con la cabeza inclinada sobre mi pecho—Perdona, Julia, hija. .. Inés, ¿que no lo entendéis? no tenemos nada, nada para comer, moriremos de hambre ...

Inés y yo, empujamos la silla y sin soltar las manos de mamá, la llevamos dentro de casa. Magdalena, nos dejó pasar y se quedó sentada en un escalón a la puerta. El camisón se le pegaba a las piernas, delgadas como palos, parecía que había de desmayarse. Inés se quedó en el comedor con mamá, allí hacía más frío que fuera, la oscuridad y el olor a humedad lo abrumaban todo. Inés le dio el cesto de costura a mi madre y mientras le arreglaba el cabello con las manos, ella comenzó a tejer sin decir nada, cogía las agujas como si estuviera afilando dos cuchillos.

Yo volví a salir fuera, y al llegar al umbral de la puerta, me agaché hacia Magdalena. La vi mal, casi cadavérica, no era la de antes, miraba temerosa el cielo y entonces la calle. Su larga cabellera le colgaba delante el pecho, donde muchos rizos se le retorcían. Sin esperar la cogí en brazos.

—No, no, déjame, Julia, —gimió y movió la cabeza con debilidad.

—Te llevo a tu cama —y la cogí con energía.

Ella hizo un movimiento brusco, y se deshizo de mis brazos y cayó al suelo. A gatas, arrastró las rodillas y las manos, mientras gritaba y los sollozos le interrumpían la voz:

—¡No, Julia, que estoy enferma, no me toques! —y cuando me agaché para cogerla de nuevo, ella me increpó chillando —¿Qué no lo ves? Tengo la fiebre amarilla. Si me tocas te contagiaré. ¡Apártate! —me dio un golpe con una mano con tanto nervio que me arañó un brazo con las uñas.

—No te preocupes por mí, Magdalena —le dije, mirando como ella se movía desesperada y los pies descalzos se le ensuciaban de tierra. Sus arrebatos no me afectaron, di un paso hacia ella y suavemente la volví a coger en brazos.

—¡No, no! ¡Tengo la fiebre amarilla! ¡Vete! —gritó histérica— ¡¿Te quieres morir o qué ?! —y me miró fijamente a los ojos, con las pupilas dilatadas. El sudor le bajaba por los pómulos, la piel le dibujaba sombras en la cara, chupada. Le vi la lengua blanca cuando chillaba. Se le marcaban todos los huesos.

Agotaba y débil dejó de empujarme, sólo gemía. No pesaba mucho. Cómo coger un montón de ramas. Apoyó la cara en mi hombro, los pies desnudos le caían hacia un lado. La llevé a dentro, subí la escalera y yendo hacia nuestra habitación, escuché que susurraba:

—Si me muero lo que más me duele es no haberme casado o no haber tenido novio...— gimió. Respiraba de una manera exagerada — ¿por qué los chicos siempre iban ansiosos por Catalina? ¿Qué tenía ella que no tuviera yo? —y cerró los ojos—¿Sabes, Julia? Puedo ver cómo estoy paseando del brazo del chico más rico de Girona… bien engalanada, con un sombrero de plumas, zapatos de charol, unos pendientes de esmeraldas y un vestido de terciopelo azul... No sabes las ganas que tenía de casarme, más que vosotras, y dejar de ser pobre ...

Y diciendo estas palabras la tumbé encima de las sábanas de su cama, hundió la cabeza en la almohada y la oí como tragaba unas lágrimas. La tapé. En medio la negrura de la habitación, una vela escondida en la cera aún hacía luz; ¿y por qué siempre hacía tanto frío? Las ratas continuaban rascando las tejas con las patas, las escuchaba, el olor a pólvora no huía de dentro de casa. La cómoda descansaba por el suelo, las cortinas cubrían la ventana, nuestra ropa tumbada encima las camas. Me lavé la cara con dos dedos de agua que había dentro de una palangana y me llegó a la lengua el sabor de la sangre seca que llevaba. Salí del cuarto, después de cepillarme el cabello. Estaba segura de que Magdalena mejoraría si comía. Y en medio de aquel silencio sepulcral, en la cocina, lancé al suelo botes y cacerolas, los armarios estaban vacíos de comida, ni debajo de las cenizas de la chimenea había cáscaras de patata, ni migajas de pan en las esquinas. Entonces pensé en el caballo, ¡el caballo no!

Capítulo 12

Después de enterrar a Catalina, al lado de Luisa, me dejé caer al suelo agotada, sucia. El viento arrastraba un olor a podrido que venía de la calle, tenía las manos heladas, el cielo estaba en calma, el caballo dormía junto al lavadero. Las tripas se me removían por dentro, no teníamos nada para comer. La noche lo oscureció todo y rezando delante la tumba de Catalina me dormí, con la espalda hundida en medio de tierra y malas hierbas.

De madrugada me desvelé: el rocío goteaba de los arbustos y me mojaba las mejillas. Me levanté de un salto, al ver ante mí a dos mujeres. De pie, inmóviles, que no me quitaban los ojos de encima, como si llevaran rato esperando a que me despertara. Cada una llevaba una bayoneta, que apoyaban en el suelo y que los primeros rayos de sol hacían brillar. Que pequeñas se las veía al lado de aquel armamento, además, en medio de los pliegues de la falda se escondían la hoja de un sable, que les colgaba de un cinturón. Con nervio, cogían dos cestos y un cántaro. La más joven, era de piel rojiza y con unas trenzas tan gruesas que parecían cuerdas; la mayor, era vieja y arrugada, tendría cerca de sesenta años. Dios mío, como una abuela así podía osar perseguir franceses. Con el brazo que cogían los fusiles, llevaban atada una cinta roja que ondeaba suavemente con la brisa de la mañana.

—¿Eres Julia Vidal? —me dijo la más vieja, inclinando el fusil.

—Sí —respondí con determinación, las miré fijamente, me sacudí el delantal y encajando las manos en la cintura, les dije—¿Qué queréis de mí?

—Somos de la Compañía de Santa Bárbara y hemos venido a buscarte —dijo la más joven, dando un paso hacia mí. —¿Habéis venido a buscar mi cuello quizás? ¿Cómo os llamáis? —les increpé.

—Tranquila, yo me llamo Juana y ésta se Enriqueta Prat, somos de la Compañía de Santa Bárbara —respondió la chica mientras la jorobada me sonreía y vi que sólo tenía dos dientes delante.

—Francisca Rives ha muerto —dijo Juana bajando la vista— y

antes de morir nos dijo que tú, Julia Vidal, ocupes su lugar como Comandanta en nuestra sección de Santa Eulalia de la Compañía. Somos veinte y cinco voluntarias, y veinte y tres te esperan en la plaza del Mercadal, donde nos reunimos, para recibir tus órdenes.

Me quedé un rato en silencio, estupefacta.

—El Señor tiene a Francisca en el Cielo, podéis estar seguras— respondí.

—Era fuerte de cuerpo y alma —musitó Enriqueta Prat, haciendo el nombre del Padre.

—¿Vendrás con nosotras? —me preguntó Juana.

—Pero si no tengo ni fusil —les dije, tratando de sonreír.

—Por eso no te preocupes, te doy el mío, Comandanta —me dijo la voluntaria, y levantando el extremo del fusil que tocaba al suelo, lo dejó caer delante de mí. Entonces se descolgó un sable de hoja curvada que llevaba en un cinturón, sobre la falda.

—¿Y tú qué llevarás? —le dije.

—Eso —y sacó un cuchillo del bolsillo de su devantal.

— Veo que todavía llevas la cinta roja en el brazo.

—Ahora te recuerdo, tú me ayudaste a subir a Catalina al caballo —dije. Entonces me até más fuerte el nudo de la cinta que llevaba, mirando hacia la puerta de casa de donde sólo salía oscuridad— Vendría con vosotras para vengar la muerte de Catalina y de Luisa; pero ahora no puedo dejar a mi madre enferma y mis dos hermanas sin nada para comer.

—Espera, Julia Vidal —me dijo la viejecita, respirando a duras penas— anoche llegó a Girona un convoy con víveres, — y levantó un pañuelo que tapaba uno de los cestos: Qué alegría para los ojos ver que estaba lleno de comida, había legumbres, pan, queso, cereales e incluso me pareció observar unos trozos de bacalao seco. La barriga se me removió sólo de oler esa mezcla de olores, hacía semanas que no veía una rebanada de bacalao. Guiada por la alegría que ya me llenaba el estómago, me acerqué a Enriqueta Prat, le di un abrazo y también un beso en la frente.

—¡Inés, madre! ¡Comida, comida! ¡Salid!

Corrí hacia la puerta de casa, abriendo las manos. Pero antes de cruzar el umbral salió con la cabeza baja Inés, con rapidez la cogí de las manos y mirándola los ojos le dije:

—¿Tenemos comida, me escuchas? ¿Qué te pasa, Inés? —y al ver la cara que tenía, le puse las manos sobre las orejas, insistiendo, temiendo lo peor— ¿Qué ha pasado?

—Magdalena, no se despierta, la he ido a ver y no se despierta —murmuró y se iba frotando los ojos con los dedos— tiene las sábanas muy mojadas y la cara chupada. No se lo digamos a mamá.

Solté a Inés y sin decir palabra, como si alguien me acabara de pinchar el corazón, entré corriendo dentro de casa, subí la escalera haciendo tambalear la barandilla, subiendo los escalones de dos en dos, no podía ni abrir la boca para gritar: ¡Magdalena! Al entrar en la estancia, con las prisas, lancé una silla al suelo, como la vela ya no desprendía claridad, abrí de par en par los postigos de la ventana, y volaron hacia un lado las cortinas.

—Magdalena...

Entonces fui a su cama, la sacudí para que se despertara. Pero la cabeza le cayó atrás, no tenía color, los brazos no se le aguantaban, se perdían en medio de los cojines. No podía tragar saliva, hubiera vociferado pero hice un puñetazo sobre el colchón.

Sentía que me ahogaba, miraba a Magdalena y las lágrimas se me escapaban una tras otra. Le toqué las mejillas con las manos, los cabellos ya no los tenía húmedos por el sudor, no hervía su cuerpo, ya no le quemaba la frente. Lepuse la cabeza apoyada sobre la almohada, con las manos cruzadas en el pecho, encima el camisón blanco. Después de mirarla por última vez, cogí un extremo de la sábana y suavemente le tapé el cuerpo y la cara.

Me separé unos pasos de la cama y me acerqué al espejo del dormitorio, colgado en la pared, donde cada mañana las hermanas nos mirábamos y peinábamos. Estaba roto de un lado y un ojo se me veía cortado. Con los puños me sequé las lágrimas, sentía como me chirriaban las muelas. Saqué unas tijeras de dentro del cajón de la mesita que había debajo del espejo. Me deshice el moño y resbalaron como una cortina mi melena castaños hasta la cintura. Me separé mis cabellos en dos trozos, y con un par de cortes con las tijeras, los dejé cortos como un chico. Ondulados y hasta aún resplandecían en el suelo encima de los ladrillos, junto al lecho de la Magdalena. Después,

un pañuelo rojo, que era de la Catalina, me lo até en la cabeza, apretando fuerte un nudo en la nuca. Y de una pértiga saqué un chal marrón de hilo y me lo crucé en el pecho, con las puntas metidas debajo de la cintura de la falda. Sentía como si una antorcha de fuego quemara dentro de mí, las lágrimas las tenía secas, las manos ya no me temblaban. Sin hacer ruido salí, bajando los escalones con la mirada inmóvil, como si nada pudiera alterarme, ni siquiera las gélidas manos de mi madre. En el recibidor, sentada en la silla de ruedas, estaba mamá, que me tiró hacia ella:

–¿Cómo está Magdalena?

Sus ojos me atravesaron, hice un movimiento brusco para desembarazarme de ella, pero provoqué que sus dedos me estrangularan el brazo. Sólo la miré una vez, una fuerza me atraía hacia el mango de la puerta. Las ruedas de su silla chirriaron cuando caminé unos pasos hacia el umbral, no me soltaba.

–Madre, déjame, tengo que marchar –dije, con la cabeza alta, sin mirarla.

–¿Julia, donde vas? ¿Qué te pasa en los ojos...? ¿Te estás volviendo loca ...? –y me dió un tirón en el brazo que tuve que bajar la cara hacia ella. Me miró fijamente y con las palmas de las manos en mis mejillas, chilló– ¿¡Te has cortado el pelo, demente?!

–Sí –respondí, y me deshice de sus manos. Abrí la puerta con rapidez. Afuera, en medio la hierba aplastada, los árboles frutales desnudos y las piedras del muro destrozado, las mujeres de la Compañía: Enriqueta Prat y Juana, continuaban de pie donde estaban, con la vista fija en el suelo, apoyadas en el fusil. Mientras Inés, a pocos pasos de ellas, arrodillada ante el cesto de comida, daba un mordisco a un trozo de pan, que agarraba con las dos manos abiertas, empujándolo dentro de su boca.

La claridad de los primeros rayos de sol me hicieron cerrar un poco los ojos y corriendo fui hacia el caballo, que bebía agua de un charco. Cuando deshice las riendas que lo mantenían atado a una pata del lavadero, el animal se levantó relinchando. Le acaricié el morro y las orejas. Decidida, puse un pie dentro uno de los estribos y haciendo fuerza, cogida de las crines y las riendas, subí a su lomo. Allí arriba respiraba mejor, veía mejor, los tejados de las casas, las bocas de los cañones ensuciando el cielo. Con mis movimientos, se movió la cinta roja que llevaba de la Compañía, el caballo levantó las patas delanteras y resopló con energía, el corazón me latía como si galopara

dentro de mí.

–¡Arre, caballo!

Juana, se me acercó, alzándome mi bayoneta, para que la cogiera. Pero el arma cayó al suelo y la misma Juana también. La chica acababa de recibir el empujón de mi madre, que apareció detrás de ella, gritando fuera de sí.

–¡Dame este fusil a mí! ¡Qué te lo clavaré, descarada! –exclamó mi madre a Juana, y con el arrebato, cogió del suelo la bayoneta por la culata, y la levantó hacia la chica del Batalló.– ¡Has venido a buscar la hija que me queda! ¡Fuera de mi casa, las dos, malvadas! –y abría mucho la boca a cada exclamación. El pelo, más blancos que nunca, le brillaba y volaba con el aire. Inés, corrió hacia mamá, cargada con el cesto, y le dijo:

–Mamá, te equivocas, estas mujeres nos han traído comida.

Yo di una vuelta sobre el caballo embravecido, estirando de las riendas para que no saliera huyendo de allí. Con las pezuñas pisaba piedras y hierbas secas. Mi madre, sin mirar siquiera el cesto que le enseñaba Inés, con un golpe de bayoneta, lo lanzó al suelo y unas patatas y coles se esparcieron por el suelo. Confundida, bajó el arma, y levantó la vista para verme encima del caballo.

–Magdalena está muerta, ¿verdad? Puedo leerlo en tus ojos.

Juana aprovechó el momento y cogió la bayoneta y me la dio con rapidez.

–Sí –dije, y haciendo una pausa, muy firme sobre el caballo, añadí: –No sé si volveré, madre, porque que mi lugar está en el campo de batalla –y cogí al vuelo la empuñadura del sable que la Enriqueta Prat me lanzó. El caballo salió desbocado, saltó con fuerza las piedras rotas del muro de casa. No volví la cabeza para mirar atrás, aunque escuchaba los chillidos de mi madre.

Capítulo 13

Los gerundenses se desplomaban por las calles, el viento arrastraba el olor a podrido de sus cuerpos mezclado con la humareda de los cañones, que si no me fallaba el oído, ya vomitaban fuego. Por Magdalena muerta, volvía donde todos se degollaban hasta el último suspiro con la espada en alto. Caminaré hacia las puertas del mismo infierno por Catalina y Luisa. ¡Maldita sea el enemigo! El corazón me repicaba como un tambor. Disparos de fusiles bajaban de las murallas, las venas de las manos se me hinchaban al coger las crines del caballo y el cuero de las riendas. Con la espalda encorvada, siguiendo los vaivenes de la bestia, miraba adelante. Dos bueyes muertos, infestados de moscas, en la entrada de la plaza del Mercadal, y el caballo saltó sobre los animales. Y en medio un banco de niebla, ante la iglesia del Mercadal, vi un grupo de mujeres. Cargadas con cestos, cántaros, zurrones y fusiles. Enseguida me vieron, aunque varias curaban a voluntarios y soldados heridos, que estaban tumbados en el suelo. Otras limpiaban con trapos las hojas de sus bayonetas. Las patas del caballo levantaron una nube de polvo con la arena de la explanada, y todas las mujeres se me fueron acercando.

–Me han dicho que soy vuestra Comandanta! ¡Me llamo Julia Vidal! –dije fuerte, ya que el ruido de la artillería en las murallas, detrás del templo, aumentaba por momentos. Frené al caballo y todas me miraron, hasta que cuatro mujeres robustas, salieron de en medio de ellas, y una me dijo, encajando las manos en la cintura y alzando el mentón:

–Te esperábamos, Julia. Nosotras somos tus Sargentines y escuadristas. Tenemos que salir todas ahora mismo a auxiliar a los baluartes de Santa Cruz y Figarola, hasta las mismas murallas, y en el convento de San Agustín.

–¡Adelante pues! ¡Seguidme! No pasarán los cerdos! –alcé la voz.

–¡Girona no caerá en manos de los franceses! –gritó una del grupo, y levantó el puño.

–¡Resistiremos hasta la muerte! –resopló una tercera con energía.

De repente me di la vuelta al escuchar galopes y relinchos, llegaba un escuadrón de soldados a caballo, y delante de todos ellos, tieso como una lanza, el capitán Alejo Estruch, todo lleno de sangre. Levanté la vista, lo miré fijamente, era él, Alejo Estruch. Parecía que un grupo de cuervos le hubieran rasgado la cara, me costó reconocerlo. Firme encima del caballo, con las botas dentro de los estribos, las manos sucias, la sangre se le escapaba bajo el sombrero bicornio, pero los ojos le brillaban como una fiera. Después de que el polvo volviera al suelo, Alejo me vio, levantó una mano y los hombres que lo seguían se detuvieron.

–¡Julia Vidal! –exclamó, a unos pasos delante de mí, y alzó la hoja de un sable, que llevaba cogido. Me hizo una sonrisa cínica, entonces escupió un trago de sangre en el suelo, que salpicó las patas de mi caballo. Lo miré seria, con las riendas retorcidas en una mano y la bayoneta en la otra.

–No es mi toda esta sangre que llevo: es francesa –me dijo.

–¡Y ahora! Si estás herido por todos lados –respondí con vehemencia.

–Poca cosa... –y se puso una mano en la espalda, estirándose atrás. Aún así continuó diciendo con energía– ¡He perdido la cuenta de cuántos franceses he muerto! Mis hombres han luchado hasta la extenuación pero no ha sido suficiente, los malditos franceses se han apoderado del castillo de Montjuïc. Ahora está lleno de galos hasta rebosar encendiendo el fuego de nuestros cañones –dijo y frunció el ceño, resoplando tanto como su caballo.

–¡¿Se han apoderado del castillo de Montjuïc ?! –exclamé y levanté el cuerpo de la silla de montar.

–Sí. Y desde allí los franceses quieren atacar el sector de la muralla más cercana, el lugar más alto de la ciudad: la Torre Gironella –añadió con bravura, y señaló una calle con la punta de su sable, sucio de sangre.– El General Castro está consternado.

Acalorado se bebió el agua de un cántaro, que le dio uno de sus hombres, luego se quitó el sombrero y se lanzó encima el resto de agua. Entonces, se frotó la sangre de la cara con una mano. Yo miré a las mujeres de la Compañía que se habían reunido detrás de mí, y grité, girando el cuello de mi caballo hacia ellas:

–Mujeres del Batallón, nuestra misión es subir a la Torre Gironella y evitar que caiga en manos de los hombres de Napoleón. ¿Quién viene

conmigo?

–¡Yo! ¡Yo! –empezaron a llamar las voluntarias, levantando las manos.

–¡Nuestro Patrón San Narciso nos ayudará! ¡Vamos! –exclamó una de las mujeres, sobre una carreta, que empujaba un asno.

Los gritos de las mujeres se mezclaron con unos fuertes cañonazos que estallaron en medio de la plaza. Como si llovieran bolas de fuego del cielo, agujerearon el suelo, levantando espirales de arena y fuego abrasador. Mi caballo alzó las patas delanteras, relinchando, mientras yo agachaba la cabeza, estirando de las riendas para calmarlo.

–¡A la Gironella! –escuché que vociferaba Alejo Estruch, y en medio de bancos de polvo y explosiones que me repicaban los tímpanos, vi como el capitán huía sobre su caballo que corría como un rayo, diciendo –¡Corneta, retirada!

La arena que volaba no me dejaba ver nada, el olor a chamuscado, los toques del corneta, y los caballos de los soldados en masa cruzaron encabritados, en medio tanta confusión. Si afinaba la vista, veía como piernas y faldas de las mujeres del Batallón corrían perdidas con el humo. Sin dudarlo, di golpes al caballo, levantando las riendas. Un cañonazo destrozó un costado de la fachada de la iglesia de Santa Susanna, pasé galopando bajo un alud de piedras y ladrillos, mientras gritaba:

–¡Mujeres de la compañía! ¡Corred!

Destellos de fuego me quemaban las mejillas, resistía sobre el animal para no caer, retorciendo con las manos las crines, y galopaba para salir de la plaza. En medio de la humareda me guiaba por el sable que llevaba levantado Alejo Estruch. Salimos de la plaza, dejando atrás la tormenta de fuego, yo galopaba casi delante de él, por un callejón de mala muerte. Escuché un tiroteo, las casas tambaleaban, el humo rodeaba las calles como la peste. De repente vi una carreta destrozada unos pasos delante de mí. Confié que el caballo saltaría el obstáculo, pero frenó las patas y me lanzó al suelo. Los adoquines de la calle se me clavaron en la espalda. Me levanté y el caballo huyó asustado

–Venga, sube –escuché la voz del Alejo Estruch, que estaba detrás de mí, y desde su caballo me ofreció un brazo, para que subiera. Me cogí, y me senté detrás.

–¡Diantres! –gruñí de impotencia.

–Me gustabas más con el pelo largo –me dijo.

–¡Me molestaban, eso es todo! –le respondí y fruncí el ceño.

Con los brazos me agarré fuerte a su espalda, la casaca la llevaba llena de polvo y salpicada de sangre. Unos cinturones de cuero le cruzaban los hombros, de donde colgaba una bolsa, el fusil y una pistola, cogida de la cintura. Alejo hizo un grito y el caballo, que era negro como el carbón salió al galope en medio una humareda que aún se extendía. Miré atrás y me pareció ver cómo algunos de sus soldados lo seguían. Notaba como la culata de mi fusil me golpeaba la espalda con las sacudidas del animal. Escuchaba la respiración del capitán, como giraba el cuello y vociferaba al caballo para que no se detuviera. Me consumían las ganas de llegar a la muralla de la Torre Gironella y agujerear con la bayoneta a todos los franceses que me encontrara.

Tras galopar con energía para calles desoladas y silenciosas, abrazada al capitán, él me dijo fuerte, mientras unos mechones de pelo me cruzaban ante los ojos:

–¿¡Todavía amas al médico ese?!

Separé el mentón de la espalda de su chaqueta y respondí alzando las cejas:

–¿Qué dices?

–¡Venga, ya sabes de quien hablo! –y dio un grito al caballo. Entonces resopló, estirando con determinación de las riendas. –Catalina me contó que estabas muy enamorada.

–¡No te pienso contestar! Esto es cosa mía, no tuya –le respondí y con una mano le di un golpe en el hombro y con el otro le clavé las uñas de los dedos en la cintura.

–¡Caramba! ¡Estate quieta! –bramó y movió la espalda hacia delante, en el mismo momento en que el caballo saltaba encima de unas ruinas en medio de la calle. Alejo giró la cabeza muy rápido y me miró de reojo. Qué ojos más negros, un escalofrío me recorrió el cuerpo.

No lo soportaba, no me gustaba como me miraba. Notaba como respiraba, el olor que hacía su casaca, el sudor que le bajaba por el cuello. Callada, agarrada a él, notaba la frialdad del viento como me

cortaba la cara. Las pezuñas de la bestia al galope repicaban en el suelo, y aplastaban las piedras. Dejamos atrás los callejones y a medida que nos acercábamos a unos bosques Alejo fue reduciendo la marcha. Vi masías, montañas, árboles carbonizados y setos. De lejos se oían gritos de hombres, disparos de fusiles, cañonazos y una humareda comenzó abarrotarlo todo. Tras pasar una pronunciada curva de un camino, el capitán frenó el caballo bajo la sombra de unos pinos.

–¿Ya hemos llegado? –dije, buscando la torre Gironella en medio de la floresta.

–Sí –y de un salto el capitán bajó del caballo, aplastando con las botas unas zarzas.

Luego me cogió de las manos para ayudarme a bajar y yo me incliné hacia él. Me puso las manos en la cintura hasta que toqué el suelo. Entonces me apretó hacia él, me levantó el mentón y rápido me dio un beso en los labios. Le di una bofetada y le empujé tan fuerte que lo separé cuatro pasos de mí. El capitán chocó de espaldas con el tronco de un pino. Pero de repente, sin esperarlo, estalló detrás nuestro un fuerte cañonazo. Las copas de unos árboles se revolvieron. Con el puño del vestido me sequé los labios mientras el capitán volvía hacia mí. Y me cogió por la cintura.

–¡Ya basta, Alejo! ¿Qué quieres? ¿qué te clave la espada? –grité, poniendo las palmas de las manos en su pecho, empujándolo. Las mejillas me ardían. Con las sacudidas se me desató el pañuelo de la cabeza y los cabellos, aunque eran cortos, se desplegaron, castaños y ondulados, cerca de mis mejillas.

–¿No te gusto nada? –me preguntó y se le escapó media sonrisa.

–¡No! –respondí decidida y lo miré fijamente, notando como sus manos me rodeaban la espalda –¡Tanta sangre te ha hecho perder la cordura!

–Eres la primera chica que se me resiste – añadió.

–Calla y escúchame. He venido aquí a luchar, a vengar la muerte de mis hermanas y no me interesa nada más. Y ahora sácame las manos de encima –y firme puse una mano sobre el cinto donde colgaba mi espada.

–Y lucharemos, me cargaré tantos franceses como pueda. –me soltó, dio un paso atrás y me dijo, más sereno– Con dieciocho años

perdí a mis padres; he aprendido a estar solo, a burlar al peligro. El ejército me ha enseñado el manejo de las armas y no quiero nada más... –suspiró mirándome a los ojos– sólo necesito una mujer.

Se me acercó de nuevo y antes de que sus manos me cogieran los brazos, una serie de explosiones nos arrojaron al suelo. Ambos rodamos cerca de las patas del caballo que resoplando levantó las patas delanteras. El cielo se enrojeció, una lluvia de tierra y fuego nos cayó encima. Nos arrastramos por el suelo, encima de hierbas latigazos y piedras. Los cañones no paraban de vomitar pólvora. Alejo, con los brazos apartó las ramas de unos arbustos. Yo alcé la cara, agucé los ojos, y no muy lejos ante nosotros, rodeada de pequeños desniveles con setos, se hallaba la torre Gironella.

Cientos de franceses escalaban a la torre, con cuerdas, escaleras, ganchos o metiendo los dedos y las botas en medio de las piedras para llegar a la cima donde humeaban cinco cañones, que sacaban las bocas fuera. Vella y fuerte, la torre más alta de la ciudad, la Gironella sitiada de galos, con el muro hecho con las piedras más grandes que había visto nunca. Adosado a un lado de la torre había un recinto amurallado, por donde los franceses también trepaban.

–El punto culminante de la fortificación es la torre Gironella –me dijo Alejo, y tumbado cogió fuerte la empuñadura de su espada.

–Me voy –y de un salto me levanté del suelo mientras una ráfaga de viento me empujaba la falda y el cielo retumbaba de explosiones.

Estruch se levantó con rapidez y arrugando las cejas fue hacia mí y me estiró de una mano empujándome de nuevo hacia él. Lo miré furiosa. Los ojos le brillaban como un felino, me negaba a respirar su aliento.

–¿Y si no te veo nunca más? –me dijo con energía y forcejé delante su pecho.

–¡Reza a Dios que así sea! –y con rapidez cogí una piedra del suelo y con fuerza le hice un golpe en la cabeza

El cuerpo le cayó desplomado al suelo. Lo dejé estaba aturdido. Me incliné para mirarle los ojos cerrados y dije mientras me ajustaba la bayoneta al hombro:

–Te lo has buscado –me di la vuelta para salir corriendo pero no pude al notar cómo me estiraba los bajos de mi vestido. La ropa se me rompió un trozo cuando miré hacia atrás.

–Vayamos juntos –me dijo Alejo, con los ojos bien abiertos.

–Ni loca –y levanté la hoja de mi espada y con un corte rasgué el trozo de falda que me tenía cogida. Antes de que él tuviera tiempo de levantarse del suelo, salí corriendo de allí. Con la hoja del acero fui partiendo con energía los arbustos y ramas que me encontraba al paso. El corazón me latía rápido, quería llegar a la torre Gironella. El viento me azotaba la cara, arrastraba un fuerte olor a pólvora, mientras de lejos oía la voz del Alejo Estruch que gritaba mi nombre.

Capítulo 14

Tras abrirme camino en medio de matorrales y espinos, sudada, levanté la cara al ver ante mí uno de los muros de la fortificación. Y escondida de hierbas vi una escalera de piedra, que conducía dentro del recinto amurallado del castillo de Gironella, donde en un extremo, adosada estaba la Torre.

–¡Julia Vidal! ¡Comandanta!

Me di la vuelta y en medio de zarzas vi las caras de unas seis mujeres, que levantaban el cuello en alto. Eran las mujeres del Batallón. Las más jóvenes iban delante y tres más viejas detrás saltando los obstáculos de la floresta. Llevaban unos pañuelos negros atados a la cabeza, los ojos alerta y las manos arriba. Y no paraban de llamarme:

–¡Espéranos, Julia Vidal! ¡Somos de la Compañía!

–¡Estoy aquí! –les dije, y levanté un extremo de la bayoneta– ¡Subid! ¡Vamos hasta los cañones de la Torre!

No tardaron en llegar donde estaba yo. Enseguida me rodearon, hablábamos con las miradas, y como si todas fuéramos cogidas de una cuerda invisible, comenzaron a caminar detrás de mí hacia la escalera. Formamos una hilera de mujeres, yo delante, subiendo los escalones. Todas llevaban la cinta roja en el brazo izquierdo, decididas a seguirme hasta donde fuera. Eran de piel blanca como yo y resistentes. Parecía que por sus venas corría la fuerza de sus antepasados. Crujían los cestos cargados de enseres y munición, y hacían fuerza apoyando la punta de los fusiles en medio de las piedras. De arriba en el castillo, cada vez se oía más fuerte: disparos, golpes de espadas, bramidos y explosiones. Una de las chicas de la Compañía, que caminaba detrás de mí, resoplaba con la subida. Me di la vuelta, llevaba un moño apretado en la nuca y con las manos llenas de rasguños cogía un cántaro y un fusil.

–¡Mira Julia, la torre Gironella! –exclamó.

Levanté la cabeza y bajo el fondo de las humeantes tinieblas, de

lejos, vi el torreón. Las piedras de los escalones se perdían en medio de las hierbas, y tuve que arrastrarme por tierra para llegar hasta el corredor de la muralla que rodeaba el patio de armas, que estaba dentro de la fortificación. Las Bárbaras hicieron lo mismo que yo, procurando no ser vistas por cientos de soldados franceses y catalanes que luchaban en la muralla, y en todo el interior de la fortaleza. Trepé por una pared de rocas y metiendo los dedos en medio el granito salté por el muro. Jadeante me puse de pie dentro de la muralla, ensordecida por la violencia de las luchas.

–¡A los cañones! –bramé y con el dedo índice señalé la torre Gironella donde arriba de todo, las bocas de dos cañones escupían fuego– ¡Corred compañeras, poneos a cubierto! ¡La torre está llena de galos! ¡Dispersaos y a luchar!

Qué matanza, qué horror. Corrí por la muralla, mirando a derecha e izquierda, con la bayoneta preparada, pisando hombres muertos. Para esquivar los disparos me escondía detrás balas de paja y cuando no veía peligro volvía a salir corriendo, para llegar a la torre. Empujé muralla abajo a dos franceses que subían. Oí sus gritos ahogados en el campo enemigo y con energía continué luchando en la muralla, blandiendo el sable. Los cuerpos de los franceses caían heridos a mis pies, la primera balsa de sangre me impresionó, con la segunda y la tercera ya no sentía nada, ni los gritos. Fuera en el pecho, en una pierna, o en la cabeza, levantaba el fusil y disparaba.

Bajé la punta roja de mi bayoneta, tenía los zapatos dentro unos charcos de sangre, sólo veía soldados en el corredor de la muralla. Alguien me estaba llamando. El sable me cayó al suelo, la humareda de los fusiles subió y vi a Ignacio Campeny.

–¡Julia, Julia Vidal! – me dijo, y su voz se perdió en medio del griterío. Fui unos pasos hacia él, notaba como unos ríos de sangre me resbalaban hasta el cuello mezclados con el sudor. Le veía borroso, la cabeza me daba vueltas, el mal olor a pólvora me subía hasta el cerebro, los brazos me dolían de tanto levantar la bayoneta; ¿cuantos galos había muerto? Había perdido la cuenta, ver tanta sangre ya no me daba escalofríos, sólo me asediaban constantemente las caras de Luisa, Catalina y Magdalena; me daban fuerza a cada golpe de espada.

Me quedé inmóvil mirando a Ignacio, mientras el cielo se ensuciaba con el humo de los cañonazos. Ignacio, que tropezaba con los cadáveres que había por el suelo, procuraba esquivar los golpes de bayoneta de franceses y gerundenses que pasaban a su lado. Andaba jorobado, le crecía como musgo una barba gris y le bajaba hasta las

mandíbulas; estaba tan delgado que parecía un palo vestido. Arrastraba un maletín negro y la bata de médico la llevaba rasgada y ensangrentada.

–¡Ignacio –dije, aguzando los ojos para verlo mejor, sólo nos separaba una niebla de humo que corría como la peste por la muralla. El corazón me latía con fuerza, ¡era Ignacio! Estaba vivo, pero tenía más ganas de continuar cortando pescuezos de casacas azules, que de correr a sus brazos. Con las manos heladas, me agaché para coger de nuevo la bayoneta, y los dedos sucios de rojo me resbalaban de la empuñadura.

–Julia, te has vuelto loca ¿o qué? –me dijo, dejó el maletín y se puso tenso. Entonces se acercó a mí, y me cogió por un brazo y me dejé llevar hacia una esquina de la muralla, donde el empedrado hacía un pequeño porche con arcadas, donde no había soldados. Nos metimos allí debajo, él parecía que no daba crédito a sus ojos, arqueaba las cejas y me miraba de arriba abajo, sucia como iba de sangre y cargada de armas. Yo me dejé guiar sin decir nada, sólo pasé el borde de mi delantal para la hoja roja de la bayoneta.

–¿Que no me reconoces? Soy Ignacio –me dijo exaltado, y me cogió por los brazos y me miró fijamente a los ojos. Sentía como si me hubieran cortado la lengua, con los ojos inmóviles, y las manos cerradas. Tendría hollín y arañazos por toda la cara. El cabello corto me frotaba las orejas, mientras Ignacio me sacudía, como intentando despertarme. Intentó sacarme el sable, y yo le grité, sin soltar la espada:

–¡Deja!

–¿Estás bien, Julia? ¿Qué ha pasado? ¿No estás con tu madre y ...? –me dijo nervioso.

–Sólo queda mamá y Inés –le dije con un tono seco. Él se quedó callado, me soltó de los brazos lentamente y bajó la cabeza. Los ojos me ardían, la voz me salía ronca –No me pidas que vuelva a casa porque no puedo, derramaré tanta sangre francesa hasta que me sienta satisfecha.

–No, la lucha no las hará volver –dijo, con los ojos húmedos.

–¡Calla ..! –grité, y con brusquedad di media vuelta sollozando como una tonta.

Él me siguió, la voz se le cortaba, mientras escuchaba como las

suelas de las botas chocaban contra las piedras.

–Espera... Acabarás como todos los que están agonizando en el hospital, sin pies ni manos; ¿quieres esto quizás? –respirava trabajosamente mientras yo le escuchaba. No le contesté y él continuó diciendo –Me he hartado de pegar trozos de piel, de sacar balas y amputar de todo... ¡Encerrado en el hospital día tras día!

–Soy del Batallón de Santa Bárbara.

De repente apareció un francés gritando y rápidamente le di un golpe de espada y cayó herido.

–Una bárbara. ¡Y lucharé hasta que me muera! –exclamé.

–¿No me dijiste una vez que me amabas?

–Ya no te quiero; déjame –y clavé la bayoneta a otro francés que se me quería lanzar encima. Furiosa le di una patada una vez en tierra. No era consciente de lo que decía, no sentía nada, sólo odio que me rastreaba por dentro, nada me importaba más que matar a los franceses. ¡Que estúpida! La sangre me hervía, hice un grito mientras movía la espada a derecha e izquierda. Después detrás de mí oí la voz entrecortada de Ignacio.

–Ojalá un cañonazo se me lleve de este mundo y todo se acabe de una vez –y me di la vuelta para mirarlo. Estaba firme de pie encima de unas piedras, rodeado de combatientes, lívido, mirando el cielo con las manos arriba, mientras el viento y el polvo le despeinaban pelo –Señor, ven a buscarme. ¡Que no me escuchas, caramba!

De repente, una bola de fuego, tan grande, que parecía que el mismo sol hubiera bajado del cielo, salió del bando francés y estalló donde se encontraba Ignacio. Toda la muralla se tambaleó, buena parte se derrumbó, y sepultó de piedras y llamas, largas como serpientes, el cuerpo de Ignacio y otros soldados y voluntarios. Corrí hacia allí, gritando su nombre. Y como si la explosión me hubiera despertado el corazón, dejé el sable y la bayoneta. Tendido sobre el montón de piedras, el fuego quemaba su cuerpo. Me quité el chal que me rodeaba el pecho y empecé a dar golpes sobre las llamas. Ignacio, se levantó de tierra asustado, intentando apagar el fuego con golpes de manos.

–¡Ayudame, Julia! –exclamó, y se desgarraba la bata blanca, llena de fuego. Yo no dejaba de darle fuertes golpes con el chal y con el delantal. El pelo se le chamuscaba, olía el olor, las llamas le

envolvieron todo el cuerpo, la ropa, la piel, la cara, los brazos enrogecidos. Gritaba como si estuviera poseído:

–Julia! –y cayó al suelo.

–¡Aguanta ...! –le dije, y arrodillada ante él con el chal le envolvió la cara con rapidez.

De repente él se levantó y se puso a correr vociferando con los brazos en alto y el chal envuelto en la cara y la cabeza. Sus gritos resonaban bajo la lana y respiraba como un loco. Corrí tras él. Se subió encima del borde de la muralla y se lanzó rodando hacia la fosa que rodeaba la fortificación. De golpe frené al borde del muro, miré la altura que había, uns veinte pasos hacia abajo. El corazón me latía y de un salto me lanzé pendiente abajo, exclamando: ¡Ignacio!

Encontré el cuerpo de Ignacio apagado por el fuego. Medio sumergido dentro de las podridas aguas que había en el foso, que rodeaba la Torre Gironella y sus murallas. Yo caí encima de unas zarzas llenas de espinas, la bayoneta la había arrastrado toda la bajada y la punta se había torcido un poco. Me saqué tierra de la cabeza, hundí las piernas en medio de matorrales que bordeaban el agua encercada del foso. Con nervio me metí dentro del agua, que era verde y viscosa, y me llegaba hasta las piernas. Para poder coger a Ignacio, tuve que apartar a varios franceses muertos, que flotaban a su lado. Rogué al Cielo que estuviera vivo, y para que el Señor me castigara a mí y no a él. Con la bayoneta atada a la espalda, movía las manos para caminar más rápido, dentro del agua, había de todo, ratas que nadaban.

–Ignacio, Ignacio, ya estoy aquí... Perdóname, nunca he podido dejar de amarte, desde muy pequeña que... –le dije y respiraba acelerada. Las manos me temblaban cuando lo toqué y él se movió. No le veía la cara. Le levanté un poco el busto, él se giró y le vi el rostro, tenía toda la piel roja, quemada, sangrando. Cerré los ojos estremecida, gemí sobre él, hasta que le di un beso, provando la sangre que le bajaba de la boca.

–Jú... lia... no me dejes –me dijo, y noté que le salía calor de la boca.

–No, nunca –y bajé el busto hacia él, abrazándolo.

Noté que unas uñas me arañaban el hombro y el cuello. Giré la

cabeza y vi sobre mí la gruesa cola de una rata. Rápidamente cogí la cola y lancé al animal lejos. El roedor, que no era más grande que un gato, se aplastó contra las paredes del foso, sobre unos soldados aplastados, con disparos y cuchillos en el pecho. Había lados donde se amontonaban los cuerpos llenos de moscas y aves del cielo. Saqué a Ignacio de dentro del agua, lo tumbé sobre las hierbas y él levantó la cabeza chamuscada. Por todos los santos aún le quedaba fuerza, y me pidió, con los párpados cerrados:

–No me mires...– gruñó, y con una mano negra se terminó de sacar mi chal de sobre del pelo.

–Te he de vendar todo el cuerpo –le dije con voz calmada, pero estremecida de verle tantas quemaduras, tenía la piel destrozada. Me arrodillé delante de él, apreté los puños. Ignacio abrió un poco los ojos y como si tuviera fuertes contracciones, llamó:

–No veo, estoy ciego... ¡Julia, Julia, ciego! –y empezó a revolcarse por la hierba, se movía como un bicho furioso. Me puse las manos en la cabeza.

–No abras los ojos todavía, tranquilo, tranquilo –le dije, con las cejas encogidas, y me acerqué a él, que no dejaba de dar coces. Levantó la espalda de tierra muy firme, y me dijo, mientras abría la boca con dolor:

–Matame, Julia. Date prisa.

–¡No! Te curaré todas las quemaduras y volverás a ser...

–No, que soy médico. Empuña la bayoneta y líbrame de esta tortura. ¡Maldita sea!

–¡No, no lo haré nunca, me escuchas! –grité con fuerza, me puse de pie, con las piernas bien tensadas. El corazón casi me saltaba del pecho, y los ojos me brillaban mirando a Ignacio tumbado en el suelo. La voz me resonó dentro de aquella trinchera, donde el humo de los cañones se extendía como una niebla negra y la humedad se metía dentro de los huesos. Escuchaba los gritos de los que luchaban arriba en la muralla, caían algunos soldados y otros con cuerdas y escaleras querían cruzar. Ignacio, bajó la cara y oí como sollozaba, diciéndome:

–Abandoname aquí y vete...

–Callate, callate –le dije, con brusquedad. Y lo abracé, las manos me quedaron negras cuando le acaricié el pelo, procurando no tocar la

piel herida. Él gemía como un niño y no abría los ojos. Después levanté la vista hasta arriba la muralla. Teníamos que salir de allí dentro.

Miré hacia arriba, de repente bajaron dentro del foso, cinco soldados, tiroteados por un fusil que dejaba una humareda. El tirador se puso de pie sobre el borde de la muralla y miró orgulloso como los hombres muertos se aplastaban contra las rocas. Rápida corrí hacia allí y levanté los brazos gritando con toda la fuerza de mis pulmones:

–¡Eh, ayuda! ¡Aquí abajo! –y guiada por un presentimiento o un deseo dije– ¡Estruch! ¿¡Eres tú!?

Arriba de la muralla, el hombre bajó la vista, me miró, y me apuntó con su fusil. Sin darme tiempo a volver a gritar, me lanzó un disparo, que resonó en el foso. El brazo que tenía en alto recibió la bala, me hirió a la altura del codo izquierdo, donde llevaba la cinta roja de la Compañía. Rápidamente me lanzó al suelo. ¡Era francés! Continué disparando y me arrastré por la hierba hasta que quedé escondida bajo unos arbustos. Me esperé, ya no escuché más disparos, y miré a Ignacio, que continuaba tendido y medio cubierto detrás unas zarzas. La herida tenía sangre pero no veía la bala. No me hacía daño, así que me desgarré una tira de tela de los bajos de mi delantal y la até sobre la herida. Entonces, me continué arrastrando en medio de los matorrales hasta que llegué donde estaba Ignacio.

–¿Estás bien ...? –me dijo él, cuando notó que le cogía la mano y la abrazaba en medio de las mías.

-Nada, un loco que quería aniquilarme a tiros -le respondí, mientras le miraba los ojos cerrados, y pensé que como no podía verme podía esconderle la herida del brazo. De repente escuché más disparos de fusil, que azotaron unas zarzas que teníamos detrás de nosotros. Con mi cuerpo intenté cubrir a Ignacio de las balas, y nos quedamos inmóviles debajo de unos espinos que se me pegaban en el pelo. Abrazados allí bajo podía escuchar su respiración acelerada. Con tantas quemaduras que tenía, ¿se moriría? Estaba vivo porque se movía, y me hablaba, pero ¿aguantaría mucho más? No sabía qué hacer, maldecía los disparos de aquel galo, que desde la muralla parecía que gozaba dándome caza. Hacía frío, comenzó a oscurecer. Ignacio se durmió en mi pecho, mis ojos estaban al acecho, bien abiertos, mientras la noche avanzaba. Pensé en el capitán Alejo Estruch, que mataba franceses a montones, ¿donde estaría ahora? ¿Por qué pensaba en Alejo cuando tenía a Ignacio apoyado en mí. Le miraba y no me lo podía creer, allí tumbado, con la piel destrozada,

era una pesadilla, no podía ser. La noche allí abajo era negra como la boca de un lobo, a cada ruido levantaba la cabeza y miraba ansiosa. Si la hierba se movía, si el agua me salpicaba; o si un bicho gruñía cogía la bayoneta por la culata, preparada para atacar. No me dormía y la herida del brazo cada vez me dolía más. De lejos me llegaban gritos de los soldados aún luchando en la torre, y en medio de aquellos, empecé escuchar más fuerte una voz. Diría que se acercaba a donde estábamos, cada vez más, hasta que escuché muy claro:

–¿Hay alguien...?

Miré atrás, y una sombra negra caminaba hacia mí, llevaba una antorcha de fuego. El corazón me empezó a latir, estiré el brazo para coger la bayoneta, le sacaría las tripas a quien hiciera falta. Las pupilas me brillaban con la luz de la luna, como un animal escondido que espera ver pasar a su presa. Era una mujer, levantaba la antorcha de fuego buscando en medio de las hierbas. Me calmé cuando dijo:

–Antes hemos visto una mujer que pedía ayuda... ¿Hay alguien por ahí? Soy Enriqueta Prat del Batallón de Santa Bárbara. Vengo a ayudarte, no te haré ningún daño, chica... –decía buscando por tierra, mientras yo, todavía agachada, miraba sus alpargatas como aplastaban los matorrales –Eh... llevabas una cinta roja en el brazo... ?

–Soy yo, Julia Vidal –dije fuerte, saliendo de debajo de los arbustos, después de ver la cara arrugada de la mujer con la luz de la antorcha. Ella se dio la vuelta con rapidez y exclamó al verme.

-¡Comandanta! ¡Bendito sea el Señor, Julia Vidal! ¿Qué haces aquí?

-Es largo de explicar, necesito que me ayudes a coger a este hombre ... -y separé las berdizas que tapaban a Ignacio. Ella le alumbró con la antorcha, y cuando le vio, encogió las cejas y la nariz. Y sin perder tiempo, me ayudó a levantarme del suelo, diciendome

-Tenemos una escalera para salir de aquí... Vamos para allá.

Y así era, de lejos vimos una escalera de madera muy alta apoyada en el muro de la muralla, que subía hasta arriba del todo.

Capítulo 15

Ignacio hacía esfuerzos para aguantarse de pie, pero cada vez se le veía más débil, la piel se le encogía en el cuerpo. Levantaba las piernas y los brazos cuando Enriqueta y yo le cogíamos para subir la escalera, seguía con los ojos cerrados y respiraba lentamente. Enriqueta Prat, viejecita y pequeña pero tenía fuerza suficiente para cargar a Ignacio en el hombro. Una vez llegamos arriba, nos esperaba una chica, llevaba dos fusiles cruzados en la espalda, una cesta y una cinta roja atada en el brazo izquierdo.

–¿Dónde tiene las vendas?

Le dije y ella enseguida sacó de dentro del cesto unos rollos de tiras de ropa blanca. Tumbamos a Ignacio en el suelo y Enriqueta y yo le vendaron los brazos y la cara, donde las quemaduras se veían más profundas.

–Le hemos de llevar a la Catedral, es como un hospital –dijo Enriqueta.

–Dejadme, dejadme...– decía él serio, y con los dedos intentaba quitarse la ropa de los ojos y de la frente. Levanté la vista con determinación y miré el estado del largo corredor de la muralla, donde nos encontrábamos. Como estaba todo. La negrura de la noche escondía cientos de cadáveres que se amontonaban en el suelo, sólo brillaban con la luz de la luna, los hierros de las bayonetas y sables que habían sido abandonados sobre los cuerpos. Aunque había algunos soldados que combatían. Nada me sorprendía, y cogí la antorcha de fuego de Enriqueta y la levanté, mientras gritaba:

–¡¿Hay alguna camilla por aquí ?!

Caminando en medio de los muertos, algunas mujeres buscaban heridos y algún padre hacía la señal de la cruz a todos los que podía, y levantaba un Cristo. Me quedé callada, escuchaba gemidos de moribundos enterrados, alguien rezaba un padrenuestro, mientras golpes de espadas y chillidos de pájaros se perdían en la noche. Diantres, tendríamos que llevar a Ignacio en brazos. El frío empezaba a congelar, ¿era media noche? Una camila ¡por favor! Sino llevaría a

Ignacio sobre los hombros y hacia la Catedral. De repente me di la vuelta al escuchar una voz ronca que me contestó:

–¡Aquí tienes una camilla!

Miré la gente que había caminando entre los muertos, y al final del corredor me llamó la atención la figura negra de un hombre. Estaba de espaldas, rígido como el hielo y robusto como el tronco de un árbol, el pelo oscuro y despeinado le frotaban las hombreras de la casaca. A continuación desplegó los palos de una camilla. Aguzé la mirada, fui hacia él, mientras olía la ceniza que revoloteaba silenciosa en medio las tinieblas. Él se giró y me miró fijamente.

–Demonios, Julia, te he estado esperando arriba en la torre.

–¡Alejo!

–¿Dónde te habías metido? Te he guardado un par de franceses, el resto los he aplastado contra la boca de los cañones –me dijo mientras me miraba de arriba abajo, movía las pupilas y se le escapaba una sonrisa maliciosa.

–¡Bien hecho! –le dije, e hice un gesto para coger la litera que tenía entre las manos.

–¡Podridos franceses! –gritó. Detrás suyo un francés que parecía muerto, tumbado en el suelo, levantó la cara. Y Estruch, sin mirarlo, pero con agilidad, levantó el sable y le hundió la hoja en la garganta. Después, me miró, yo estaba impaciente por coger la camilla, él la dejó caer al suelo, ante sus pies y me sonrió de nuevo. Rápida como una chispa de fuego, desenvainé mi sable y mordiéndome el labio de abajo, le dije con voz grave:

–Dame la camilla, Estruch.

–Cógela tu misma, ¿no eres tan atrevida?

–¡No me hagas perder el tiempo! –y de golpe cogí del suelo la camilla, tan ligera que él casi no se dio ni cuenta. Sin decirle nada más, con las cejas arrugadas, di media vuelta para ir donde se encontraba Ignacio y las compañeras del Batallón. Pero él me siguió. Escuché sus pasos detrás de mí, de reojo vi como hacía aspavientos y me decía:

–Ven conmigo, Julia Vidal, y deja este hombre calcinado que en realidad no lo has querido nunca –y soltó un resoplido. Yo me giré,

levantando las cejas.

–¡Qué dices ahora! –le dije, su rostro tenía una claridad extraña, salpicado de sangre francesa, me observaba que parecía que quería que me lanzara a sus brazos. Lo miré un momento y sin decirle nada más continué caminando hacia donde estaba Ignacio. Él en cambio, no dejó de acosarme detrás de mí, diciéndome –Venga, si tú eres todo fuego, Julia. –y me puso las manos en el hombro y me empujó hacia él con fuerza.

–¿Qué sabes tú de mí? –le dije seria, y separé la cara de su pecho mientras le daba un empujón. Diantres, pesaba como una roca, pero ya se movió hacia atrás. Me sonreía irónico y se estaba ganando un puñetazo. Enriqueta Prat y yo, colocamos a Ignacio sobre la litera. Cerca de mi Alejo no paraba insistir me, sin quitar los ojos del cuerpo de Ignacio.

–¿Es este el hombre que quieres más que a mí? Si tiene el cuerpo mordido por el fuego, si está consumido. Debe de estar más que muerto. Que esta vieja encargue de él y tu sube conmigo a la torre, que los galos aún salen de debajo de las piedras –dijo y acercó la cara al rostro de Ignacio, medio cubierto de vendas y lleno de heridas en la piel –Caramba, si parece que haya salido del mismo infierno, si es una alimaña carbonizada –y se le escapó una risa, que hizo temblar las llamas de la antorcha.

Cuando aún tenía la boca abierta, de repente, las dos manos de Ignacio se levantaron de la camilla y agarró el cuello del Alejo Estruch. Con los dedos le rodeó la garganta, sin soltarlo. Alejo Estruch, cayó de rodillas en el suelo, con la cara roja, gruñía sin poder respirar.

–¡Maldito! –gritó el capitán estrangulado, que con una mano desenvainó su sable y cuando estaba a punto de darle un golpe a Ignacio, yo le di un empujón. Alejo cayó al suelo y arrastró a Ignacio que continuaba agarrado al cuello del capitán, como un perro que muerde la comida.

–¡Ignacio, suéltalo! –grité, al ver que ambos salían rodando hacia unos escalones de piedras, que bajaban hasta el patio de armas de la Torre. –¡Ignacio, Ignacio! –exclamé afónica, corriendo detrás de ellos, con la antorcha en alto. Después de bajar unos veinte escalones, con las venas del cuello hinchadas de tanto gritar, los vi revolcándose por el suelo, sobre los montones de cadáveres que llenaban la explanada del patio de armas. Ignacio parecía un muñeco de paja a manos de Alejo, este logró deshacerse de sus manos. Vi a Ignacio

tendido en el suelo, Alejo a su lado con un cuchillo, que brilló con la luz de la madrugada.

–¡No le hagas nada, Alejo! –y como una fiera, fui corriendo hacia ellos, y con una mano encajada en el gatillo del fusil, vociferé, saltando sobre las piedras y combatientes muertos –¡Dejalo o te mataré, te lo prometo Estruch!

Estaban uno al lado del otro, Alejo encima de Ignacio a punto de clavarle el cuchillo en el cuello. Estruch respiraba como un felino, sudaba, a Ignacio le sangraban las quemaduras, abría y cerraba los ojos sin energía.

–Julia es mía –le gruñó al oído Alejo, y levantó la nariz y se le vieron los dientes. A continuación, se incorporó y le hizo un corte rápido en el cuello con el cuchillo. A Ignacio se le escapó un trago de sangre y musitó:

–Ella me quiere a mí...

Al ver aquello, los ojos me ardían, el pulso se me aceleró, apunté a Alejo Estruch y apreté el gatillo del fusil con fuerza. Disparé una vez y otra y otra, lo toqué, porque mis mejillas notaron el calor de unas salpicaduras de sangre. Alejo quedó tendido en el suelo, tenía sangre en el pecho, no sabía dónde lo había disparado, no me importaba, la odiaba, quería matarlo de una vez. Pero ante la presencia de su cuerpo inmóvil, débilmente iluminado por los primeros rayos de sol, tuve ganas de llorar y lo hice, agachada a su lado. ¿Por qué tenía tanta prisa por hacerlo callar? Cubrí con mi delantal el corte de Ignacio, lo tenía a un lado del cuello. ¡Alejo, Alejo! Grité mirándolo y le puse las manos en las orejas mientras le movía la cabeza para que abriera los ojos. ¿Por qué lo has hecho, Alejo? Escuché como los cañones de la torre volvían a lanzar proyectiles: salía la luz de la mañana detras de unas montañas, sólo veía hombres muertos en el patio de armas, no había nadie vivo, la herida del brazo me escocía. ¿Por qué nadie me mataba de una vez?! Arrastré una mano por el suelo y toqué los dedos de Ignacio, que tenía al otro lado, mientras dejaba caer la cara sobre el pecho de Alejo. ¿Como podía morirse tan rápido? Notaba los botones de su casaca en mis mejillas, olía su ropa, olía a humo y a pólvora. Me estaba volviendo loca, ¡era una salvaje! El fusil, todavía caliente, me resbaló hasta la falda y bramé:

-¡Compañía del Batallón! ¡¿Donde estáis?!

Lloré, lloré y lloré. Los cabellos, húmedos por el rocío, me caían

por la frente, pálida, me tragué los sollozos uno tras otro. Levanté la cara enrojecida y vi dos mujeres que se levantaban del suelo, moviendo unos soldados muertos de tierra, cargadas con cestas y cántaros. Miré hacia el otro lado y tres bárbaras más salieron de detrás un muro, y otra saltó de una muralla, con una mecha para encender cañones. Todas caminaron hacia mí rodeadas de niebla, parecía que las hubiera traído el viento, que soplaba y les movía las faldas, los pañuelos de la cabeza y las cintas granadas. Respiré, mientras acababa de quitar la cara del pecho de Alejo y escuché que gruñía. Lo miré a la cara, tenía los ojos cerrados y dijo con voz muy ronca:

-Sabía que me amabas al menos un poco.

Allí medio tumbada sobre su pecho, sus palabras se me clavaron en el corazón como una lanza, me separé un poco de él, no le dije nada y con el puño de la camisa me sequé las lágrimas. ¡Qué vergüenza! No, a él no lo querría nunca. ¿Donde estaba Ignacio? Me di la vuelta y continuaba estirado en el suelo, mutilado por las quemaduras, noté que la vista se me nublaba, me dolían todos los huesos, la herida me había palidecido el brazo y no podía agarrar con fuerza la bayoneta. Pensé que tal vez ya me había llegado el momento, me sentía desfallecer y enseguida que una de las mujeres de la Compañía me cogió por el hombro, me dejé caer.

Capítulo 16

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero me despertó un fuerte olor a incienso y a mirra. Antes de que abriera los ojos escuché unas voces que cantaban, como unos ángeles dentro de una fábrica de ladrillos:

–Pater noster nobis..... (Padre Nuestro ayúdanos)

San Narciso de Dios amado,

y de divina potencia,

líbranos este Principado,

de guerra, hambre y peste.

¡Oh, pequeña Girona, resiste!

Las voces resonaban en mi la cabeza, ¿eran monjes en una iglesia? Escuchaba niños y mujeres que gemían, pero flojo. ¿Donde me encontraba? Poco a poco abrí los ojos, lo primero que vi fue la claridad de cientos de velas ante un altar. El suelo era frío, estaba tumbada, la vista se me perdió en lo alto donde unas columnas de mármol subían arriba y en el techo penumbroso entreví las pinturas de Jesucristo con su Madre. Y más abajo en el altar, la imagen de nuestro Patrón y mártir San Narciso, de pie sobre una nube, con su báculo de obispo en una mano. Aún no sabía si estaba despierta del todo. Era en la capilla de San Narciso, dentro de la iglesia de Sant Feliu. Una hilera de monjes esparcían el incienso delante del Santo, muchos niños harapientos sentados en el suelo y mujeres arrodilladas rezaban. Detrás, donde me encontraba yo, cientos de moribundos, cantaban con el clero. La sangre derramaba de sus cuerpos y clamaban al mártir con fe, que brotaba de sus ojos. Me sentía como descolocada. Ayúdanos San Narciso, se me escapó. Temblaba de frío, levanté la espalda, llevaba la herida del brazo vendada. Los cánticos de los religiosos me abrumaba, no escuchaba ni los cañonazos franceses, debía irme de allí ¿donde estaba Ignacio? ¿Cantar? ¿Rezar? ¡Mejor luchar! Pero mi cuerpo ya no se movía, me notaba como si me hubieran dado una paliza, como si tuviera los huesos troceados. Giré

la cabeza por si veía a Ignacio.

–Me buscabas, ¿verdad? –me dijo Alejo Estruch, y me miró inquisidor.

Estaba sentado en el suelo, detrás de mí, con el hombro apoyado en una columna dorada. Con su sombrero tricornio casi encima las negras cejas y una mano dentro de un bolsillo del pantalón. Con la casaca desgarrada, tenía un lado del pecho con vendaje, un buen trozo bajo el brazo izquierdo. Las mujeres de la Compañía eran milagrosas para curar a los heridos porque los colores no habían huido de la cara del capitán, mi pesadilla. Los cánticos de los sacerdotes se intensificaron, y le respondí, subiendo un poco la voz:

–Estás vivo... –y lo miré fijamente.

–Nos casaremos antes de que esto termine –y se inclinó ligeramente hacia mí, que estaba sentada, inmóvil.

–¿Te has vuelto loco? No me casaré contigo –le respondí, y me levanté un poco del suelo, mirando a derecha e izquierda, buscando a Ignacio.

–Por supuesto, ahora mismo en esta capilla. Mira, tenemos los cantos y allí a un cura –me dijo y señaló con un dedo uno de los sacerdotes que caminaban en medio de los enfermos repartiendo la Sagrada Hostia. Alejo se quitó el sombrero de la cabeza y lo lanzó a una esquina de la capilla y luego hizo un gesto para que el sacerdote se acercara. Me puse las dos manos en la cara a punto soltar un chillido, unos mechones de pelo castaño me cayeron en el frente. ¿Era una pesadilla? ¡Diantres! ¡No, no me casaría con Alejo! Qué se había creído. Me encogí de cejas, ¡no llevaba ni la espada! El cura, con una sotana bastante desgarrada, caminó hacia nosotros, mientras a su alrededor muchos agonizaban. El corazón me latía muy rápido, Alejo se acercó a mí, y mientras me sonreía noté como sus manos me cogían los brazos. Intenté levantarme, pero no pude, me miraba con deseo, su ropa olía a polvo y a sangre. No lo quería, por nada del mundo lo quería. Rodeada por sus brazos, los cantos y los gemidos de los enfermos me aturdieron, él me dijo algo que no oí bien. Su aliento me recorrió todo el cuerpo. No podía soportarlo y grité:

–¡Déjame! ¡No seré nunca tu mujer! –y exclamé–: ¡Ignacio!

–Ignacio no te ama, yo sí.

Y acercó tanto su cara a la mía, que le hice un mordisco en una

oreja. En ese momento le habría arrancado la oreja y la habría escupido fuera de la capilla. Alejo hizo un grito y me soltó, yo me arrastré hacia un lado. Aplasté a un viejo que con una pierna ensangrentada levantó las cuentas de un rosario. El capitán se levantó firme y, sin darme tiempo a huir, me cogió en brazos como si cargara con un saco. Ni la herida se lo impidió. Yo movía los brazos impotente. Antes de que la gente comenzara a gritar por el revuelo, el capitán sorteando con las piernas los cuerpos de los enfermos me llevó hacia la salida de la capilla. El sacerdote, al verlo levantó una mano pero Alejo le dijo:

–Después padre...

Una pared de barrotes de hierro y una puerta enrejada, cerraban la entrada de la capilla, que conducía a la nave central de la iglesia de Sant Feliu. De repente, una de las columnas que sostenían el arco de la entrada se derrumbó. El ruido me aturdió. Las piedras de mármol, se aplastaron contra los barrotes de hierro de la reja, taponando la salida y dejando entrar unas llamas de fuego que se multiplicaban como demonios en medio del polvo. Alejo de pie ante los escombros, se quedó quieto, todo gris del polvo, sin dejar de apretarme contra su pecho. Los cantos de los monjes callaron y como un enjambre de abejas, todo el mundo se asustó. La capilla parecía que tambaleaba. De repente, levanté la cabeza, al oír la voz de una mujer que gritaba fuerte.

–¡Deja a mi hija!

Y en medio del grupo de gente que rogaban a San Narciso, vi a mi madre, sí, ¡era ella! Venía hacia mí, me miraba. Con las manos tiraba de las ruedas de su silla, y con tanta fuerza, que la cara se le enrojecía y las venas cerca de los ojos se le dilataban. El fuego se extendía por la capilla y le hacía brillar sus cabellos grises, mientras todos corrían a su alrededor.

–¡Mamá! ¿Qué haces aquí? –exclamé. Y aprovechando la confusión empujé a Alejo y caí de sus brazos en el suelo.

Cuando levanté la cabeza, vi como mi madre quedaba escondida en medio de religiosos y enfermos, que se precipitaban para salir. Alejo me llamó, corrí hacia donde había visto a la madre, buscando con las manos temblando. La llamé, recibiendo empujones y golpes de la gente. De fuera se oían explosiones, los candelabros de hierro llenos de velas rodaron por el suelo, los sacerdotes levantaban la cruz de Jesucristo.

Apartando la gente con las manos, con ganas de llorar, vi a pocos metros de mí a mi madre. Estaba de pie y caminaba vacilante, se había levantado de la silla de ruedas. Un milagro. Con los brazos en alto, me buscaba en medio del caos.

–¡Julia, hija!

–¡Mamá! –le dije con la voz entrecortada, y cuando la tuve delante, me lanzé a sus brazos. Acurrucada en el regazo de su vestido de algodón, froté la cara en la ropa oliendo su olor, mientras le decía:

–Mamá… ¿Por qué no estás en casa? ¿Qué haces aquí?

–A buscarte, Julia. Ya estaba harta de esperarte.

–Y estás de pie…

–Dios me ha premiado después de tantos rosarios para que volvieras –me dijo. Entonces me cogió la barbilla con los dedos y me levantó la cara, sucia de sangre y hollín. Me miró fijamente. Había envejecido, tenía los ojos más pequeños y la piel de las mejillas le colgaba más flácida. Con los dedos me dio un golpe en la frente y me dijo–: Mira que tendría que pegarte para hacerme sufrir tanto. Cuando vuelvas a irte de casa te ataré como a un perro a la pata de tu cama. ¿Escuchas a tu madre?

–Sí…– le respondí y dos lágrimas se me escurrieron hasta los labios.

En medio del bullicio, gritando llena de alegría, apareció Inés; delgada como un palo, el vestido deshilachado le resbalaba de los huesos de las piernas y de los brazos. Tenía una sonrisa tan ancha que la cara se le deformaba. Al verme enseguida me abrazó, parecía que no daba crédito a sus ojos. Decía mi nombre sin dejar de gemir en mi pecho. Le acaricié el pelo rubio y revuelto.

–Vuelve a casa, Julia, por favor.

–Inés, hermanita.

Las tres nos abrazamos. Un poco de ceniza caía encima nuestro, el fuego se subía por las paredes de la capilla, detrás nuestro en el altar donde la imagen de San Narciso estaba intacta.

–Tenemos que salir de aquí ahora mismo –les dije, y moví la silla de ruedas hacia mi madre.

Después volví a escuchar un tiroteo de fusiles, un grupo de seis galos, casacas azules, entraron en la capilla, profiriendo gritos de alegría. Cargados con trabucos y antorchas de fuego y saltando en medio las piedras de la columna derribada. Todo el mundo chillaba para huir, los franceses prendieron fuego a varios confesionarios, a unos bancos de madera y a la ropa blanca que cubría la mesa del altar. Un humo negro como el aliento del demonio empezó a oscurecerlo todo. Mi madre, al ver que la hoguera llegaba a los restos del Santo, se inclinó, y decidida recogió del suelo un candelabro de hierro, que tenía un pie tan largo como una espada y con tres brazos, de cirios apagados. Mamá, con fuerza, lo levantó y fue andando hacia los franceses, que prendían fuego a unos tapices del Santo.

–¡Malditos seais! –bramó mi madre, y dio un golpe con el candelabro en la espalda del primer francés que se le acercó. Inés y yo corrimos detrás de ella.

–¡Mamá, no! –le dije a punto de cogerla.

–¡Basta, madre! –gritó Inés con los ojos llorosos.

–¡Iros de la Casa del Señor! ¡Os mataré a todos, *cerdos*! ¡Nos lo habéis quitado todo! –vociferava mi madre, el pelo canoso se le deshacían del recogido, la voz le salía áspera, resoplaba cada vez que daba una sacudida. El candelabro pesaba y dejaba aturdidos a los franceses que recibían golpes de todos lados. Hasta que uno de ellos se levantó, empuñó su trabuco y la disparó. Mi madre de pie, herida, se tambaleó, a punto de caer. Bajó los párpados poco a poco. ¡Desgraciados! grité, de pie delante de mi madre y abrí las manos para cogerla. La vista se me nubló cuando la tuve en mis brazos. No oía nada, ni las burlas del francés. Dejé a mamá en las manos de Inés que se agachó gimiendo. Entonces me levanté y furiosa cogí el palo del candelabro y estrangulé al francés contra el suelo.

Recuerdo cuando salí por la puerta principal de la iglesia de Sant Feliu, caía una llovizna de agua del cielo, las manos sucias de sangre me resbalaban empujando la silla de ruedas, con mi madre sentada. No podía dejar de ver como el cuello le colgaba hacia un lado. Inés corría detrás de mí, la escuchaba como sollozaba, cogida a un trozo desgarrado de mi falda. Nos quedamos inmóviles ante las largas escaleras. Habría cincuenta escalones de piedra, todos llenos de civiles y militares, sentados y tumbados, resistiendo dolor y hambre. Una niebla se extendía como la peste, una ráfaga de aire me heló la cara

sofocada, allá arriba en la escalinata de la iglesia, me sentía destrozada pero no vencida. Girona era un cadáver humeante. Cogí en brazos a mi madre. Dejamos la silla de ruedas abandonada junto a la puerta del templo. Mamá, estaba blanca, la nariz parecía más afilada y una negrura le empezaba a voltear los ojos. Más débil, la estreché contra mí, mientras Inés le cogía una mano. Poniendo los pies en medio los moribundos empecé a bajar la escalera. De vez en cuando me estiraban de la falda y yo le decía a Inés, que me seguía indecisa:

–No te pares, Inés.

Miré hacia delante y en la calle que había abajo cientos de gerundenses como haciendo una procesión caminaban muy despacio, parecían espectros, andrajosos, vacilantes, casi no se podían mantener en pie. Inés y yo nos giramos de repente al escuchar que un viejo chillaba, tambaleando en medio de las escaleras:

–¡Girona se ha rendido! ¡Mirad cómo han ganado los franceses! –y levantaba un bastón, moviéndolo en el aire, mientras abría la boca con dientes rotos. –¡Se ha terminado la guerra! ¡Órdenes del brigadier Juliá de Bolívar, que nos entregemos a los *cerdos*! ¡Que salgamos por la puerta del Areny! ¿Salir de Girona? ¡Qué demonios, antes me matarán, malolientes franceses! –y el viejo achacoso cayó escaleras abajo.

Mi madre estaba muerta. Las manos me temblaban cuando le cogía la cabeza para que no le cayera hacia delante. La llevaba en brazos y notaba como la frialdad se apoderaba de su cuerpo. Allí, bajando las escaleras de la iglesia de Sant Feliu, tenía ganas de gritar, notaba por detrás como Inés me tiraba de la falda y lloraba. En cada escalón metía el pie en medio de cuerpos de cientos de heridos que cubrían la escalinata. Les pisaba los dedos y la ropa para poder bajar. No dejaban de gemir agonizando. Cuando nos veían pasar levantaban la cara y los brazos, les faltaban ojos, manos y pies, desprendían un olor muy fuerte, las heridas cruzaban sus cuerpos de arriba a abajo. ¡Dejadme pasar! ¡Quiero volver a casa! ¡Mi madre ha muerto! ¡Todo eran heridos y más heridos! A coces los habría empujado escaleras abajo. Mamá tenía los ojos cerrados y la sangre se le escapaba del pecho. La apretaba contra mí como si quisiera escuchar los latidos de su corazón. La cara se le descoloria por momentos mientras unas gotas de lluvia, muy fina, le humedecía el pelo. Nada me importaba, ni tener bayoneta. Girona entera parecía haber desaparecido bajo el fuego. Sentía que algo me roía las entrañas.

Noté que cuatro o cinco manos me estira la falda de mi vestido, la ropa se desgarró y grité: ¡Madre! Aunque eran enfermos les di patadas por todos lados. Sanguijuelas. Me di la vuelta y Inés acababa de caer de rodillas en el suelo, empujada por un moribundo que reía y le decía, mientras intentaba romperle la falda a tirones:

–Una mujercita, hace tiempo que no veo ninguna así de tierna.

–¡Deja a mi hermana! –le vociferé, mientras Inés me llamaba, haciendo fuerza para ir hacia mí, con el pelo rubio desplegado por los hombros. Y como si brotara fuego de mis ojos, le dije al mutilado–: Déjala o te clavaré un cuchillo que tengo, que es tan largo como mi brazo.

El hombre, que le rechinaban los dientes y parecía un esqueleto cubierto de ropa andrajosa, me miró encogiendo la nariz. Yo me mordí los labios con los dientes y fui hacia él. Y sin perder tiempo levanté una pierna y con fuerza le di una patada en la cara, sobre la nariz, que estalló de sangre. El desgraciado, cayó al suelo encima de otros heridos, Inés se arrastró por el suelo hasta llegar frente a mí y se levantó tapándose las mejillas encendidas con las manos.

–¡Tenemos que salir de aquí! Sígueme, Inés –y sin dejar el cuerpo de mi madre, de repente vi que la escalinata tenía una barandilla a cada lado. De piedra maciza, donde ningún herido se había subido. Decidida, pasé en medio de la gente para acercarme a la barandilla que me quedaba más cerca. Era de piedra, hacía unos tres palmos de ancho, larga y bajaba hasta la calle. Lo suficientemente alta como para poder subir. Haciendo fuerza, con mamá en brazos, subí de pie encima de la baranda. Inés hizo lo mismo y las dos caminamos ligeras hacia abajo. Sorteando las manos de los moribundos que querían cogernos.

Los gemidos de los tullidos, el olor a quemado que habían esparcido los cañones, y un airecillo que nos movió el pelo con la bajada. El cuerpo de mi madre no me pesaba, me daba fuerza. Sólo deseaba cruzar el patio de casa y estirarla en su cama. ¡Perdóname madre! ¡Que estúpida que he sido! Ya no escuchaba el fuego del enemigo francés, sólo oía un lejano repicar de tambores. Harían una entrada triunfal, estos malditos. Acaloradas, llegamos abajo, Inés saltó a la calle y entonces me ayudó a bajar de la barandilla. Cruzamos la calle, en medio de una riada de gerundenses, que se encaminaban a la puerta de la ciudad, sucios y hambrientos. Una ráfaga de viento los podía lanzar a todos al suelo, la lluvia caía del cielo con más fuerza.

Se entregaban a los *cerdos*. Inés detrás de mí, me estrujaba la falda, mis pasos eran firmes encima de los adoquines de la calle. Con la mirada fija en el entramado de calles busqué la calle *Ciutadans*, el muro destrozado de casa, ¿donde estaba? ¡¿La chimenea, las ventanas de vidrios rotos ?! Cercadas de desolación y resoplando cruzamos la plaza del *Vi*, la fachada del ayuntamiento estaba derribada. De vez en cuando me giraba para mirar a Inés, mojada por la lluvia, arrastraba los pies, se dejaba caer hacia delante y se frotaba los ojos. El humo se había apoderado de las calles. Los brazos me dolían de tanto llevar a mi madre, me sentía mareada, hasta que le dije a Inés que ya estábamos llegando. Y miré hacia la calle *Ciutadans*, aún estrecha y húmeda.

Capítulo 17

¡Bendito sea el Señor! ¡La casa seguía en pie! La vi de lejos, en medio de bancos de niebla. Nunca había deseado volver a casa con tanta ansia, aunque las paredes de ladrillos fueran escombros, y que los árboles frutales sólo quedara un tronco calcinado. Inés, al ver el muro de casa cogió energía y corrió hacia allí. Casi no notaba los brazos, mi madre estaba cadavérica. Con los zapatos destrozados pisé la puerta de madera que había caído al suelo. Los setos subían por las esquinas del patio, las piedras del muro derruido no me dejaban andar. La claridad del día intentaba traspasar una extraña neblina, de vapor y ceniza, que sumergía la casa. Notaba como soplaba una ventisca que empujaba la puerta de entrada. Tambaleaban los cristales agrietados de los ventanales del comedor y por un momento recordé cuando las cinco hermanas nos acercábamos en el alféizar para ver llegar Ignacio. Inés, movió la manija de la puerta y me dejó pasar. Fue como meterme en una cueva oscura, sucia, polvorienta, llena de corrientes de aire que silbaban por las rendijas y los agujeros. Empujamos la puerta del comedor, que chirrió. Inés abrió de par en par los postigos mientras yo tumbaba a mi madre sobre el sofá del comedor. Era bastante largo y la estiré del todo. Le puse una almohada roja de borlas debajo de la cabeza, y con una manta de cuadros le tapé el cuerpo hasta el cuello, que tonta, con la esperanza de que dejara de estar tan fría. La claridad de fuera entró suavemente, los armarios parecían espectros en la penumbra. Me senté en el suelo, sobre la alfombra, junto a mi madre, y la quietud se me metió dentro. Allí me quedé con los ojos observando el perfil alargado de mamá, los pelos canosos que le caían en la frente. Inés se sentó en una silla, miraba a mamá y luego a mí. Al anochecer, Inés se levantó de la silla, se inclinó hacia mí y me susurró:

–Julia, está muerta... No podemos hacer nada...

No me moví del suelo, recordaba cuando mamá cosía en el sofá y yo me sentaba en el suelo a su lado y le daba las agujas de coser.

–La habríamos de enterrar... –me dijo Inés y me miró arrugando de cejas. Yo aparté la vista de mi madre y me miré las manos sucias de sangre seca y el vestido roto, no le contesté. Ella en cambio se agachó

a mi lado, con la palma de su pequeña mano me acarició una mejilla. Entonces me dio un beso. Le bajó una lágrima mientras apoyaba la cara enrojecida sobre mi hombro y se durmió. Pasó un día entero de silencio. No me salía la voz, no tenía energía, no me levantaba del suelo, sólo tenía ojos para mi madre, que continuaba tumbada en el sofá. Su cuerpo cogió un color azul extraño y ya no hacía el mismo olor que antes. Inés, entraba y salía del comedor, me abrazaba y me miraba. La angustia le empezó oscurecer el borde de los ojos, hasta que una mañana de bruma, me agarró por los hombros y me dijo exaltada:

–¡Julia, ya basta...! Mamá no se puede quedar aquí, despierta... ¡Levántate Julia, Julia...! –y me tiraba de los brazos para levantarme. Pero yo dejaba caer las manos sin fuerza. Pobrecita Inés, por la ventana del comedor, vi como con la azada hacía un agujero para enterrar a mamá en el patio. Entonces entró con las uñas llenas de tierra negra, goteando sudor y no me dijo nada. Con las mangas de la camisa subidas, estiró mi madre por los pies: –Ya la enterraré yo sola...

–¡Inés! –grité de repente. Me puse de pie, las manos me temblaban y la voz me salía ronca. ¿Por qué la teníamos que enterrar? Olía su olor a muerte... Viendo que Inés no podía con el cuerpo de mamá, larga y gruesa como era, la ayudé a llevarla al patio. Entre las dos la pusimos sobre la hierba. Y junto a la tumba de Catalina, Luisa y Magdalena la enterramos; bajo la sombra de las ramas calcinadas del cerezo.

Después de una noche de llantos y silencios, vagando por la casa. Inés se cerró en la cocina, la escuchaba como removía cucharas y cazuelas, como encendía la chimenea e iba a buscar agua al lavadero. De golpe abrió la puerta y me pidió que entrara un momento.

–¿Qué haces, Inés ...? –le pregunté y el pelo grenyoso me frotaba las mejillas.

–Tienes que comer un poco y bañarte –me respondió, mientras abanicaba con un paño las brasas de la chimenea donde hervía agua en una olla. Vi a Inés con la cara limpia, el cabello recogido en la nuca y un delantal bien atado a la cintura. Entonces cogió la olla por las asas y lanzó toda el agua caliente dentro de la tina de bañarnos. Que estaba al lado de la chimenea, rodeada de cazuelas, una escoba y cestas. Delgada y más pequeña que yo, Inés me cogió por un brazo y

me empujó hacia la tina. Diantres, estaba llena de agua caliente, que subía con forma de vapor hasta el techo de la cocina.

–¿Ahora me tengo que bañar? –me quejé mientras me miraba la ropa manchada de sangre y hollín.

–Venga, Julia, no seas burra. ¿Que no te has visto como vas? –y cogió una pastilla de jabón. Me quitó los zapatos y cuando me agaché adelante para mirar dentro, ella me vació sobre la cabeza una jarra llena de agua.

–¡Inés! Mira que eres pesada, ¡no quiero bañarme ahora!

–No seas tonta –me dijo, y me rozó la pastilla de jabón para la espalda. Me quitó la camisa y la sumergió dentro de un cubo para que se lavara. Finalmente caí de pies dentro de la tina, rodeada de agua caliente y aguantando las cepilladas que me hacía Inés por todos lados– Ya verás como te volverá a crecer el cabello... –y me la enjabonaba, añadiendo – después te comerás un buen plato de legumbres.

En la cocina, el agua caliente del baño me sacó del cuerpo todo rastro de lucha y de suciedad. El jabón me dejó la piel suave y blanca. Dentro de la tina, que derramaba agua, me quedé acurrucada respirando el vaho mientras me miraba la herida del brazo. Ya cicatrizada. Con qué ganas Inés me mojaba la cabeza una y otra vez, no sé qué quería, ¿que volviera a ser la Julia de antes? Borrar de mí cualquier señal que me hubiera dejado el combate. ¿Y quién era ahora? Julia la guerrera. Sentía que no volvería a ser nunca más la que era. La cinta roja de la Compañía se quedó encima de una silla. Cuando salí de aquel caldo, Inés me ayudó a secarme y a vestirme. La notaba muy serena cuando me abrochaba una hilera de botones en la espalda, de un vestido de hilo marrón. Y con qué nervio me cepilló el pelo, como si quisiera hacerlos largos de nuevo.

–Venga, cometelo todo –me dijo saliendo de la cocina. Y me dejó un plato lleno de legumbres sobre la mesa del comedor al lado de un trozo de pan. Me senté y con cuatro cucharadas casi me lo acabé. Sola en el comedor, escuchando como la cuchara rozaba el borde del plato, me llamó la atención una silueta que se movía fuera, en el patio. Levanté la cabeza, para poder ver bien a través de los cristales de los ventanales. Arrastré las patas de la silla al ver que alguien cruzaba el patio de casa. ¿Quién era? No lo veía bien, el sol no había terminado de salir y el cielo estaba revuelto. Sólo oía como un gorrión picaba el alféizar de la ventana, no se oía nada más. Me levanté aguzando los

ojos y me apoyé cerca de los cristales. De repente, las pupilas se me hicieron grandes, era un hombre. Qué escalofrío, tenía la cara toda roja, cruzada de cicatrices con bultos y ampollas. ¡Era Ignacio! El corazón me dio un salto. Andaba firme, como si llevara una estaca metida bajo la ropa. Casi aplasté la nariz en la humedad del vidrio para verle mejor el rostro. Nerviosa me precipité hacia la puerta, gritando su nombre. Salí afuera y corrí a sus brazos. Él al verme se quedó inmóvil sobre unas malas hierbas. No dudé y le toqué las manos agrietadas por las llamas.

–Ignacio, ya estás mejor, Gracias a Dios. Ignacio... –le dije y suavemente apoyé una mejilla a su pecho y emocionada me resbalaron unas lágrimas hasta su chaqueta.

–Julia ... –me dijo rígido, sin bajar la cara hacia mí, como si le costara mover el cuello y los labios; parecía que la piel le tensaba por todos lados. Poco a poco levantó un brazo y con la palma de la mano me acarició el pelo. Sentí dentro de mí un pinchazo. Maldito el fuego que lo quemó y lo mutiló de manera tan brutal. Levanté la cara de su torso y le miré el rostro, un escalofrío me recorrió el cuerpo, arrugué la frente; ¡parecía un monstruo! Como tenía la cara, costras, ampollas, cicatrices le cortaban la piel por todos lados, no me atreví a tocarlo. Sus ojos azules ¿donde tenía los párpados? ¿Y el pelo? Sólo se le veía una pelusa bajo el sombrero. Respiré, le cogí una mano. Y encima de unas ampollas le besé.

–Julia, lo siento, pero mejor que no me toques la piel –me dijo sereno y con los brazos, muy lentamente, me apartó un poco de él.

–¿Por qué? –le dije, mirándolo a los ojos.

–¿No te doy asco?

–Yo te quiero igual.

–Eso lo dices ahora, porque no me quieres hacer daño –hizo una pausa y continuó con la mirada fija en unos mechones de mis cabellos castaños –Soy un espectro del hombre que era antes, si quieres huir de mí puedes hacerlo. Noto cómo te tiemblan los dedos...

–Que no, estoy bien, Ignacio –le dije y con rapidez le cogí las manos de nuevo. –Por favor, deja que...

–No sigas, estoy para vivir encerrado toda la vida. ¿Seguro que no te doy miedo?

–No, no, de verdad. –le repetí y nos miramos a los ojos. He venido para saber si estabas viva –y las pupilas se le humedecieron.

–Sólo quedamos Inés y yo –bajé la vista y añadí más flojo– mi madre está muerta también.

Aunque tenía la piel deformada, vi como los ojos se le encogían y despegaba los labios. Bajó la cabeza, estaba muy serio. Después de unos instantes, escuchando su respiración, me dijo, melancólico:

–Esta guerra, se ha llevado tanto –y se acercó a mí y sin quitarme los ojos de encima, continuó con un tono de voz más fuerte–.¿Y por qué tanta lucha? ¿por qué, Julia? Luchar por una tierra que ya no nos pertenece. Lo mejor que nos puede haber pasado es caer en manos de los franceses; ¿lo sabes, no? Girona está llena de franceses, deberías ver cómo nos están ayudando a cambiar costumbres que sólo nos esclavizaban. Siempre lo he visto claro, Francia tiene poder, inteligencia –la voz le vibraba con entusiasmo, su mirada desprendía luz, ni las cicatrices parecían tan profundas. ¿Qué tipo de antorcha flameaba en su interior?

–Estás equivocado, hemos caído en desgracia. No quedará nada de nuestra ciudad con ellos aquí –le respondí con energía.

–No, no, Julia. Estás arraigada en el pasado –me dijo, parecía que las palabras le desentumecían los huesos. Me puso una mano sobre el hombro y añadió– Siempre he querido estar al margen del combate, en el hospital me repetía a mí mismo que yo no era uno de ellos.

–¿Qué dices?! Sí que eres un defensor de Girona –exclamé.

–Ah, Julia si tú supieras de mí –y caminó cerca de unas zarzas que se enreda en las patas del lavadero. Ante la casa, se quedó inmóvil, una oscuridad la rodeaba, el viento me movió la falda marrón, y la luz del sol no se atrevía a salir de detrás de unos tejados. Sentía la humedad muy a dentro. Ignacio, no hables así, tu eres de esta tierra, de nuestros antepasados. No puedes decirme eso. Me acerqué a él, que estaba de espaldas a mí. –Ignacio, estás ofuscado. Si pudiera ayudarte.

–Y yo a ti –me dijo con diligencia y se giró de pronto hacia mí–. ¿Sabes que me sabe mal? No haberte pedido en matrimonio antes.

–Todavía estás tiempo, –respondí, más sosegada y esbocé una sonrisa.

–No. Mírame...

–Me igual, me da igual todo, te quiero y te querré siempre, hasta que me muera –y guiada por la emoción me lanzé sus brazos con los ojos llenos de lágrimas. Un sentimiento me empujaba muy fuerte, casi no podía respirar, no me salían más palabras, sólo los gemidos me colapsaban el cuello. Por más sangre derramada, por más ardor en el cuerpo, aún le quería. ¿Cuántas veces le había confesado mis sentimientos, o había intentado esconderlos? Mejor hubiera sido que una bala francesa me hubiera roto el corazón. Mis brazos le rodeaban temblorosos, él también me cogió lentamente, ¿le daba lástima quizás? No, no, porque después de un rato abrazados, escuchando sólo mis sollozos en el patio, él me dijo con ternura:

–No llores más, Julia querida, venga –y con un pañuelo, que sacó de un bolsillo, me secó las mejillas enrojecidas por la sofocación. Entonces, me rozó el mentón con un dedo, y me dijo, curvando suavemente la boca– ¿Crees que te irá bien el vestido de novia de tu madre?

Capítulo 18

Al cabo de dos semanas: me encontraba de pie frente a la iglesia del Mercadal vestida de novia. No sabía si entrar en el templo. Con el talón de los zapatos rozaba la arena de la plaza. Escuchaba los acuerdos de un órgano. ¿Por qué notaba que toda yo temblaba? Hacía viento y aunque estaba envuelta bajo el velo de mi madre notaba como se me enfriaban las mejillas. El tul blanco era tan largo que lo arrastraba por el suelo y de vez en cuando subía arriba con el aire. El vestido me encorseteaba el pecho hasta la cintura. Olía el perfume de mi madre cuando levantaba la falda para poder caminar. Me notaba las costillas, había tenido que coger la aguja, para ajustar el traje a mi estrecha cintura.

Con la punta de los dedos toqué la puerta de la iglesia, empujé un poco pero entonces di un paso atrás. En la plaza, sólo una bandada de palomas levantaron el vuelo hasta el campanario. No sabía qué hacer. Las piernas me vibraban a cada paso por la calle. ¿Era burra o qué? ¡A las puertas de casarme con Ignacio Campeny! Debería subirme por las nubes y cantar de alegría. ¿Estaba fea? ¿Estaba bella? El cabello no me había crecido, la polvera de arroz no me había escondido mucho la oscuridad que tenía enel contorno de los ojos. ¿Sería feliz? ¿Desgraciada? Me sentía sola, muy sola. Tendría la fortuna que el padre de Ignacio le había dejado en vida, sería adinerada pero la mujer más melancólica. Catalina, Magdalena, Luisa. Hermanas, me caso con el primo Ignacio que venía a casa a tocar el violín. Con él, Catalina, con tu amor. No te duele, ¿verdad? Dile a mamá que el vestido es precioso, con demasiados brocados y botones, pero tan suave que parece que ella me acaricia la piel. Seré rica madre, como tú querías. Ignacio me espera, las velas, la frialdad de las piedras, el viento que me empuja hacia dentro. ¿Por qué añoro coger una bayoneta? ¡Sal corriendo, Julia! No, continúa, por fin serás feliz.

Al final entré en la iglesia. Procurando aguantar los nervios, caminé por un pasillo rodeado de bancos, donde había gente invitada. Todos me miraron, cubierta por el velo. Llevaba las dos manos juntas delante. Y al fondo vi en el altar mayor, a Ignacio que me esperaba, delante los primeros escalones. Poco a poco fui yendo hacia él mientras lo miraba. Estaba tensado en un traje oscuro. ¡Estás loca,

Julia! Él ya no es el mismo. Llorarás cada mañana al mirarle las cicatrices. No queda nada de aquel cabello rubio, pensarás que es una pesadilla. ¡El azul de sus ojos se desvanecerá cuando le veas todo el cuerpo quemado! Los pies se me quedaron inmóviles, escuché los latidos de mi corazón y continué caminando hacia el altar. Hasta que llegué al lado de Ignacio. Él me observó, en la penumbra las quemaduras no se le veían tanto, la luz de las velas le hacía resplandecer la mirada. No, te cases, Julia. Además, admira a los franceses con delirio, no le hacen hervir la sangre, no tiene la vehemencia de Alejo Estruch... Oh, calla, Julia, calla, ¡por el amor de Dios! No sabes lo que dices.

Inés, sentada en los primeros bancos, acurrucada bajo un chal y con guantes de lana, me miró cuando me vio pasar, tenía las pupilas rojizas. Un sacerdote, de pelo blanquecino, comenzó con la ceremonia, la voz le resonaba hasta el techo del templo, donde el gran vitral redondo de colores, que había arriba de todo, dejaba pasar una tenue luz. El cura, leyó unos fragmentos del Libro Santo, y procedió con la boda:

–Hermanos, estamos hoy aquí para unir a estas dos personas en Sagrado matrimonio bajo las leyes Divinas –dijo con voz grave, y continuó mientras levantaba la cara hacia los asistentes– Y si alguien tiene algo que decir en contra de esta unión, que lo diga ahora o que calle para siempre.

–¡Parad la boda! –gritó de repente una voz fuerte, de hombre, que rompió la serenidad de la celebración.

Todo el mundo se giró hacia atrás, la exclamación había salido de al lado de una columna de piedra. ¿Quién era el insolente? ¿Quién? Me di la vuelta, y a través de los hilos del velo, vi al Alejo Estruch. Firme como una roca con una capa azul marino en el hombro, apuntó a Ignacio con un dedo. Y vociferó, mientras caminaba orgulloso por el pasillo, en medio la gente, hacia el altar.

–¡Él es un afrancesado! ¡Ha jurado lealtad al ejército francés!

Ignacio me miró con los ojos dilatados, como si quisiera fundirse. Me quité lentamente el tul de la cara, lo miré fijamente los ojos, un afrancesado, Ignacio. Al sacerdote hizo unos pasos atrás mientras Alejo se acercaba a nosotros. El uniforme le brillaba, apoyó una bota, sucia de barro, en uno de los dos escalones que subían hasta el altar y gritó:

–¡Es un podrido traidor!

–¡No ...! –dije gemiendo y me cayó el ramo de novia en el suelo.

–¡Sí! –exclamó el capitán, a punto de desenvainar el sable.

–Julia, –me dijo Ignacio, con los puños cerrados y la mirada endurecida –no lo hubieras entendido nunca. Te lo quería decir hace tiempo.

Ignacio bajó la vista, y Alejo Estruch, furioso, arrojó al suelo un mapa:

–¡Es un espía francés, cerrado en el hospital! Con él los franceses sabían donde atacar los lugares más débiles de Girona.

Ignacio se giró de espaldas a mí, y bajó del altar, sin decir nada. Yo me aparté la falda blanca delantera y lo seguí. Ignacio, caminó bajo las bóvedas laterales de la nave central de la iglesia, donde la oscuridad era más intensa.

–¡Ignacio...! –grité al ver que se ponía a correr sin freno. Jadeante, se acercó a una esquina detrás de unas columnas, donde en medio unas tinieblas había una puerta de madera. Ignacio entró y yo grité:

–No subas al campanario!

Bajé un poco la cabeza para pasar por la puerta que conducía al campanario, y un túnel de oscuridad se abrió ante mí. Qué lugar más estrecho, qué escaleras de caracol más empinadas. Apoyé las palmas de las manos en la pared y los bordes de los ladrillos y las piedras me arañaron la piel, no veía casi nada. Corrí hacia los escalones que subían arriba y resoplando perdí un zapato. El borde del vestido blanco se me enganchó, hice un tirón y lo rompí. La arena me hacía toser, la escalera daba vueltas y más vueltas, trepando arriba. ¡Ignacio, espérame! Unas telarañas se me engancharon en las pestañas y en el cabello. A cada curva, en medio de las piedras de la pared, unas grietas dejaban pasar un poco de luz. Regueros verdes de agua bajaban por el suelo en medio del olor a humedad. Tuve que ponerme una mano a los ojos cuando la claridad de una puerta abierta me hizo gritar:

–¡¿Dónde estás, Ignacio?! ¡Contéstame!

Salí afuera, a lo alto del campanario. Cinco palomas levantaron el vuelo y una ráfaga de viento me despeinó el pelo. Levanté la cabeza

hacia el techo y una campana, enorme y de hierro, se balanceaba lentamente. Bajo el cubierto de piedra, alto y estrecho, y encima de uno de los elevados bordes, vi los zapatos de Ignacio. ¡Estaba de pie, inmóvil! A unos ocho palmos a ras de suelo. Levanté la cara, la ropa de la chaqueta y los pantalones le temblaban con el vendaval. Él me clavó la mirada, tenía los ojos inyectados en sangre. Y antes de que pasara, caminé hacia él, le habría abrazado las piernas con las manos, pero no lo quería hacer caer. Los ojos se me deshicieron de lágrimas, y le rogué:

–Ignacio, baja por favor ...

–No, Julia, ahora que sabes la verdad de mí, ¡empujame me hacia abajo!

–No lo haría nunca... –le dije, y con las palmas de las manos me tapé la cara, haciendo resonar mis gemidos bajo los dedos.

–Soy como uno de los franceses que desollabas. Un espía, ¿me escuchas? ¡Y me siento orgulloso! ¡La victoria ha sido nuestra! –exclamó tan fuerte que se le vieron los dientes. Entonces, con una mano se agarró a una de las columnas, la corriente del apretaba. Alto y delgado como era, con el fondo azul del cielo, hablaba con una vehemencia desconocida. Encogí los ojos, los sollozos se me secaron. Y él continuó, con voz grave: –

–Julia, no te arrastraré a una vida conmigo. Además, a quien yo quería es Catalina... –y miró lejos, como volaban unas palomas. Después, me observó fijamente, frunció la nariz y las cejas y me dijo, con una mirada que no parecía suya: –¡Envidiosa...!

Al oír aquello, levanté la espalda con fuerza, los labios se me cerraron y abrí las manos. Furiosa corrí hacia él y lo cogí por los tobillos, gritando:

–¡És mentira!

Él para deshacerse de mis manos me lanzó una patada que me rebotó contra el suelo. Maldita sea, la arena del suelo me arañó los labios, me levanté, ya le odiaba, ya me había clavado la lanza hasta las entrañas. Todo él olía a lo que yo más depreciaba. Cogí una piedra, grande como mi puño, y levanté el brazo.

–Ya he despertado a la fiera... –me sonrió. Se reía de mí, lo leía en su rostro plegado de cicatrices y rojeces. La rabia brotaba en su mirada, lo consumía, me habría estrangulado de caer en sus manos.

Ignacio, observó el cielo, como si alguien la esperara, como un héroe. Después, me miró, se rió, tuve un presentimiento y corrí hacia él, dejando caer la piedra al suelo.

–¡Ignacio, no! –grité.

–Adiós Julia –me dijo, y se lanzó de la torre al vacio, mientras exclamaba fuerte– Liberté, égalité, fraternité!

Casi medio cuerpo me salió fuera del campanario, abocada a la punta, mirando como Ignacio caía. No caí abajo de milagro, una mano me agarró por un brazo y me metió hacia dentro. Pero no lo consiguió del todo, porque yo no dejé de tumbarme hacia delante, de mirar hacia abajo y de llamar con las manos arriba. Con los ojos bien abiertos, vi como el cuerpo de Ignacio se aplastó en medio de la plaza, frente a la iglesia. Los gritos se me habían secado. El corazón me daba sacudidas como si me azotaran el pecho. Las manos de un hombre me cogieron, y suavemente me acompañó hasta el suelo. Acurrucada, temblando como nunca, lloré en su hombro, las endurecidas solapas del cuello de su chaqueta me hicieron levantar la cabeza, le miré. Agachado ante mí, a un palmo de mis labios, Alejo Estruch me besó y yo me dejé. Cuando abrí los ojos una mano de Alejo me frotaba una mejilla y con la otra me rodeaba la cintura. No podía huir de él, en medio de sus brazos me encogí. Hasta que levanté la cara, él me miró tranquilo, tenía los ojos marrones, no eran azules. Y me dijo:

-Me vas a decir que soy un bestia, pero estoy loco por ti.

Lo miré, curvé los labios ligeramente. No me salió darle ninguna bofetada, los temblores habían huido de mí, pero las últimas lágrimas de Ignacio me bajaban por el cuello. Alejo, me ayudó a levantarme, fui hacia la puerta pronunciando el nombre de Ignacio, y recordando su cuerpo tendido en la plaza. No le dije nada a Alejo, me sentía aturdida. Las piernas me empezaron a temblar y pasé el umbral de la puerta que conducía a las escaleras.

–Julia, espera –escuché que me decía Alejo.

No podía girarme, sólo bajaba los escalones, sin parar, jadeante y apoyando los dedos en las paredes. Oía la respiración de Alejo, que me seguía una curva más atrás, escuchando como las suelas de sus botas arrastraban la arena. De repente en medio de la negrura del corredor, vi la punta de una bayoneta que brillaba unos escalones más abajo. Y gracias a unas grietas de luz vi como un par de soldados subían con gran tropel. Eran galos y gritaron, cuando me vieron bajar:

—¡¿Capitaine Alejo Estruch!?

–¿Qué buscáis de él? –les dije seria, y me paré delante de ellos.

Agachaban la cabeza de tan altos que eran, metidos en la galería, hacían crujir las armas a cada movimiento. Me miraron de arriba abajo, y uno de ellos me agarró por un brazo, y me dijo:

—Où est? Dónde está?

De un tirón me deshice de su brazo. Arrugué las cejas para salir escaleras abajo, pero ellos me agarraron, ambos me cogieron por el hombro. Y con empujones y jadeos me sacaron del túnel. Yo no paraba de dar empujones para librarme de ellos, y de darles patadas. Ya dentro de la iglesia, donde no había nadie, y me arrastraron fuera del templo. Hasta que a uno de los soldados le di un mordisco en un brazo. Bramó y me dejaron caer sobre el polvo de la plaza. Gruñí, completamente despeinada, de cara al suelo, con los bordes del vestido arañado y sucio. Y cuando me levanté, con los puños en alto, Alejo Estruch salió de la iglesia con la espada en mano:

– ¡Yo soy el capitán Estruch! –dijo y les desafió blandiendo el arma.

El más forzudo corrió hacia él, haciendo aspavientos de rabia. En la gran explanada de la plaza, rodeada por las fachadas en ruinas de unas casas, detrás de mi, una veintena de soldados del ejército francés, armados y en hilera, avanzaron hacia Alejo. Con paso firme, se desplegaron y rodearon al capitán, con los mentones en alto. El polvo que levantaban se mezcló con la grisácea luz del día. Al girar la cara, hacia el otro lado, vi las piernas de Ignacio tumbadas en el suelo, inmóviles. Los invitados se habían reunido en silencio a su lado y bajaban la cabeza. Vi a Inés allí, de pie, se quitó el chal de lana amarilla que llevaba, y tapó el cuerpo de Ignacio. Yo corrí hacia allí y me lanzé al suelo, delante de él.

–Ha muerto, Julia –me dijo Inés, bajando los párpados.

Ni sollocé, medio tendida en el suelo como estaba, cogí dos puñados de arena mientras se me clavaban unas piedras en las rodillas. Después, levanté un poco la cara enrojecida, al oír los ensordecedores disparos de un trabuco. Los soldados habían cogido a Alejo. De lejos oí como lo llamaban, mientras el polvo se me metía en los ojos. Apoyé una mejilla encima de Ignacio, oliendo su ropa. Inés, estaba a mi lado, se agachó silenciosa y me dio una mano.

Me levanté. Las dos nos giramos, al ver pasar a los hombres de Napoleón, que se marchaban de la plaza. En columnas, muy tensos, con las armas al hombro y custodiando al capitán Estruch. Alejo, lívido, caminaba serio y con la cabeza alta, en medio de ellos. Los tacones de las botas de los militares repicaban en el suelo. El capitán me miró, yo corrí hacia él con los brazos abiertos. Me abrí paso en medio de los galos que le rodeaban. Y decidida me colgué del cuello de Alejo, alcé la cara hacia él para mirarlo los ojos:

–Alejo... ¿Dónde vas? ¿Donde te llevan?

–La suerte te sonríe, Julia. –me respondió tranquilo, sin poner resistencia a la guardia. Llevaba las manos atadas a la espalda, sólo me miraba fijamente y me dijo –Soy un prisionero de guerra, me espera el General Álvarez de Castro, con el resto de oficiales, para llevarnos a un calabozo de Narbona, en Francia. No sé si volveré –hizo una pausa, y me sonrió con melancolía, mirándome el cabello – Te has librado de mí.

–¡No, no, Alejo! –exclamé, y con las palmas de las manos le froté el pecho del uniforme.

Un francés de la escolta, se colocó detrás de mí, con el dedo metido en el gatillo del trabuco que llevaba.

–Son órdenes –me dijo Alejo, rígido.

–No, no, que yo te quiero, siempre te he querido... Te lo prometo, Alejo... No te vayas, te quiero de verdad –le dije con lágrimas en los ojos y tocando su su torso. Él al escucharlo cerró los ojos y continuó caminando, mientras yo le tiraba de las mangas de la casaca y le acariciaba el cuello. Nerviosa, me giré y dí un empujón al francés que tenía detrás. El trabuco casi le cayó al suelo.

–¡Dejadlo marchar! –dije vociferando.

–¡No intentes nada! –me gritó Alejo Estruch, levantando las manos atadas. Inés, se acercó corriendo, ligera y bajita como era, pasó bajo los brazos de los galos, y se colocó detrás de mí. Con energía me estiró de la falda mientras me gritaba:

–¡Julia, nos vamos a casa!

La quise apartar con un golpe de brazo, pero ella no me dejó ir. De repente, un disparo de trabuco francés, que iba para mí, lo recibió ella. Inés, cayó al suelo, con el puño estrujando el vuelo de mi vestido.

Las largas trenzas rubias se le mancharon con la sangre que le brotaba del pecho. Alejo bramó al ver aquello y cuatro franceses lo agarraron por los hombros. Yo me lancé delante de Inés, tumbadas en el suelo, intenté separar sus dedos de mi falda blanca.

–Inés, Inés... –dije gemiendo.

–Perdóname, Julia... –me dijo.

–No, perdóname tú a mí, que tonta he sido, Inés...

Mientras la palidez le subía por las mejillas le aparté el flequillo de la frente. Los franceses se alejaron, levantando nubes de polvo y profiriendo gritos. Entonces, froté mis mejillas en la piel del Inés, fría, bonita, blanquecina. Los párpados le subían y le bajaban, mientras le besaba la cara. Grité mientras le sacudía la cabeza con las manos. Y tragándome las lágrimas, la cogí en brazos y volví caminando a casa.